

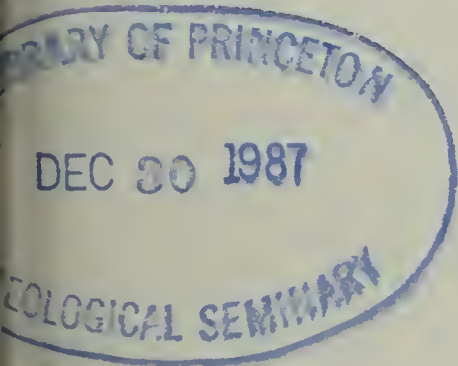
Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

<https://archive.org/details/estudios9105unse>

ESTUDIOS

OSCAR LARSON: "*HOMENAJE NACIONAL*" —
FERNAN LUIS CORREA: "*NUESTRO CONGRESO
EUCARISTICO*" — R. SALAS EDWARDS:
"*SACERDOCIO REAL*" — JAIME EYZAGUIRRE:
"*CUERPO DE DIOS*" — ALFREDO LEFEBVRE:
"*MEDITACION SOBRE LA EUCARISTIA*" —
FERNANDO RODRIGUEZ PINTO: "*LITURGIA
Y ACCION CATOLICA*" — RAFAEL GANDOLFO:
"*LA CRISIS DE LA FE RACIONALISTA*" —
ALBERTO HURTADO CRUCHAGA: "*PANO-
RAMA MUNDIAL DEL CATOLICISMO CON-
TEMPORANEO*".

ROQUE ESTEBAN SCARPA: "*CORRIEN-
TES LITERARIAS ESPAÑOLAS EN, LOS SI-
GLOS XVIII Y XIV*". — CRISTAL DE LIBRERIA.



105 - 106

ESTUDIOS

MENSUARIO DE CULTURA GENERAL

DIRECTOR:
JAIME EYZAGUIRRE

Casilla 13370
Santiago de Chile

SUSCRIPCION ANUAL EN EL PAIS	\$ 58.—
„ „ „ „ EXTRANJERO	Dólares 2.—
NUMERO SUELTO	\$ 5.—
„ „ ATRASADO	5.60

ADMINISTRACION

HUERFANOS 972, OFICINA 501 — TELEFONO 67189

SANTIAGO DE CHILE

AÑO IX — N.ºs 105-106

NOVIEMBRE DE 1941

“EL IMPARCIAL”

DIARIO DE LA TARDE

Las mejores informaciones.

No explota la crónica roja.

Departamento de Propaganda en San Diego 67

INDICE

VIII CONGRESO EUCARISTICO NACIONAL

	<u>Págs.</u>
"HOMENAJE NACIONAL", por Oscar Larson	4
"NUESTRO CONGRESO EUCARISTICO", por Fernán Luis Concha	6
"SACERDOCIO REAL", por Ramón Salas Edwards	11
"CUERPO DE DIOS", por Jaime Eyzaguirre	14
"MEDITACION SOBRE LA EUCARISTIA", por Alfredo Lefebvre	20
"LITURGIA Y ACCION CATOLICA", por Fernando Ro- dríguez	27
"LA CRISIS DE LA FE RACIONALISTA", por Rafael Gandolfo	34
"PANORAMA MUNDIAL DEL CATOLICISMO CONTEM- PORANEO", por Alberto Hurtado Cruchaga	45

LETRAS

"CORRIENTES LITERARIAS ESPAÑOLAS EN LOS SI- GLOS XVIII Y XIX", por Roque Esteban Scarpa	66
--	----

CRISTAL DE LIBRERIA

NOVIEMBRE DE 1941

"SIGAMOS SU EJEMPLO"

Cuando Su Eminencia el Cardenal Copello, actual Legado Pontificio a nuestro VIII Congreso Eucarístico Nacional, era Obispo Auxiliar de la Plata (Argentina), solía llevar al salir para sus correrías apostólicas, una valija llena de Catecismos que, desde la ventanilla del tren en que viajaba, arrojaba en el andén de las estaciones de tránsito.

Hermosa siembra, cuya cosecha no conocía, pero que, una vez por lo menos, tuvo la dicha de comprobar:

Manifestando su admiración por el perfecto conocimiento del Catecismo de una niña que vivía en un sitio despoblado, ésta le explicó: "Un día un padre como Ud. tiró este librito por la ventanilla".

DIFUSION quisiera que todos los católicos sembraran sus buenos libros, como Su Eminencia los Catecismos, por todos los caminos de Chile y América.

EDITORIAL
DIFUSION CHILENA, S. A.

HUERFANOS 1524

VIII Congreso Eucarístico Nacional

"HOMENAJE NACIONAL", por Monseñor Oscar Larson.

Un pueblo fiel a las raíces católicas de su historia.

"NUESTRO CONGRESO EUCARISTICO", por Fernán Luis Concha, Presidente Nacional de la Acción Católica de Chile.

"En esta hora de renovación y de esperanza, toda nuestra nación eleva hacia lo alto una ardiente plegaria, diciendo con la Escritura: "Señor, sé Tú nuestro Dios y nosotros seamos tu pueblo".

"SACERDOCIO REAL", por Ramón Salas Edwards, Profesor de la Universidad de Chile.

"Mediamos y ofrecemos en unión con Cristo el sacrificio de la Redención".

"CUERPO DE DIOS", por Jaime Eyzaguirre, Profesor de la Universidad Católica de Chile.

"Sólo de nuestra entrega sencilla al prodigioso misterio de la cena, podrá brotar la sólida restauración del cuerpo místico de Cristo".

"MEDITACION SOBRE LA EUCARISTIA", por Alfredo Lefebvre.

"Debiéramos temblar al pensar que en la Eucaristía Dios trata de poseernos para que seamos uno".

"LITURGIA Y ACCION CATOLICA", por Fernando Rodríguez, Presidente de los Hombres de la Arquidiócesis de Santiago.

"Sigamos los misterios de Cristo con el espíritu de la Iglesia."

"LA CRISIS DE LA FE RACIONALISTA", por Rafael Gandolfo.

"El más necesario postulado del hereje moderno es la primacía de la razón. Para poder negarla mejor, allí donde quiere negarla comienza por exaltarla".

"PANORAMA MUNDIAL DEL CATOLICISMO CONTEMPORANEO", por Alberto Hurtado Cruchaga.

"Las misteriosas fluctuaciones de la Iglesia en nuestro tiempo."

Homenaje Nacional

La fundación de Santiago el año 1541, por el Capitán D. Pedro de Valdivia, fué también la fundación de Chile. La expedición anterior de Don Diego de Almagro no dejó nada estable ni otras huellas que los españoles rezagados, bastante útiles por lo demás a don Pedro de Valdivia. Fué éste quien, al trazar los límites de la nueva gobernación, desde Copiapó, y al fundar la ciudad de Santiago, creaba la nueva colonia, futuro "reino de Chile" que, como todas las colonias españolas, recibieron existencia y vida de su capital. Al celebrar, pues, el IV Centenario de la fundación de Santiago, celebramos en verdad nuestro nacimiento histórico: Chile empezó entonces.

Y no carece de importancia esta observación. La fiesta jubilar de Santiago no es simplemente local sino nacional; el pasado que ella evoca, trasciende los límites de la ciudad fundada por don Pedro de Valdivia y abraza toda nuestra historia. El sentimiento de gratitud a Dios, Señor de las naciones, que esta evocación arranca del pecho, inflama el corazón de todos los chilenos.

Acertadísima fué por eso e inspirada idea del Episcopado chileno la de celebrar un Congreso Eucarístico Nacional como parte del programa de festejos del cuarto centenario de la fundación de Santiago. Ninguna manifestación religiosa más solemne que esa, porque ofrece a Dios, junto con multiplicadas renovaciones del Sacrificio gratulatorio por excelencia y miles de comuniones, el homenaje público y colectivo de la Fe de todo un pueblo.

Dios, Nuestro Señor, recogerá sin duda este inmenso homenaje que sentimos ya crecer y palpitar a lo largo de todo el país, para concentrarse en Santiago en una especie de estremecimiento eléctrico que está sacudiendo las almas, aun a las más adormecidas. Dios lo recogerá, como expresión emocionada de nuestra gratitud, por los innumerables beneficios que a lo largo de 400 años ha hecho a nuestra Patria. Dios lo recogerá, como humilde expiación por nuestras faltas, también innumerables, faltas colectivas, por las que hemos pisoteado aquellos preceptos de la justicia y de la caridad que, según la expresión del Salvador, claman al cielo. Dios lo recogerá como el gemido de un pueblo que, cansado de peregrinar a través de doctrinas, partidos y promesas, vuelve sus ojos a la Cruz y pone en ella su esperanza.

Tiene nuestro Congreso Eucarístico una nota especial, que consideramos augurio de días mejores y prenda de la aceptación de Dios, y es que realmente es nacional. Diferencias de clases, de partidos y hasta de ideología, han

desaparecido y fundiéndose en una sola plegaria, en un solo acto de fe, en una Comunión. El Supremo Gobierno, ha cooperado eficazmente al mejor éxito del Congreso, no sólo dando todas las facilidades que están en su mano, sino aun tomando parte oficialmente en algunas de las ceremonias. No parece sino que esa gran Cruz blanca,alzada en el corazón del más antiguo y más bello de los paseos de Chile, atrajera efectivamente a todos los hijos de esta nación, unidos al fin bajo el único signo de redención y de paz. Y como el Señor ha dicho: "en esto conocerá el mundo que sois mis discípulos, en que os améis los unos a los otros", tenemos derecho a creer que su bendición ha descendido hasta nosotros.

Las naciones de América han escuchado generosamente nuestra invitación y, representadas, a lo menos por algunos de sus Obispos, se han asociado a nuestras fiestas jubilares. Es también signo del cielo y honra para Chile servir, en esta hora, de lazo de unión entre todos los pueblos de América.

No está ausente en estas horas de Fe, de caridad y de patriotismo, la madre patria. España verá con emoción, desde lejos, cómo se reúnen sus hijas, que a ella le deben su religión, su lengua y su fraternidad, para honrar esa divina Eucaristía, que trajeron a tierras de América sacerdotes españoles. Y nuestra gratitud llega hasta ella, mezclando en un solo sentimiento de amor a Dios, que nos dió la patria, y a España, que fué el instrumento de Dios.

OSCAR LARSON.



Nuestro Congreso Eucarístico

En la armoniosa unidad de todas las obras creadas vemos que al igual que para los hombres llega para los pueblos una hora solemne. Es la hora que marca la mano de la Divina Providencia en ese reloj que tiene grabados los siglos sobre su misteriosa esfera de eternidad.

Es la hora de Dios para nuestra Patria. Se ha detenido el veloz correr de los tiempos en este día al que llegamos doloridos, como todos los pueblos de la tierra, con el cuerpo curvado por la fatiga de la azarosa jornada, y la vista melancólica clavada en un horizonte sin esperanza oscurecido por las tinieblas de todos los rencores y egoísmos, sin calor en el corazón, sin fe en el alma, porque el mundo ha extraviado la senda de la justicia al alejarse de Dios en su búsqueda afanosa de felicidad, olvidando las palabras de la Escritura Santa, "que la verdadera sabiduría es una exhalación de la virtud Divina".

Es la hora de Dios para la Patria, es el momento lleno de promesas de una nueva jornada. Momento trascendental: el gran Desconocido, el Cristo de la resurrección y de la vida se ha levantado como aurora de un nuevo amanecer y hay mucha luz en los caminos que bajan de las montañas, que cruzan la verdura exuberante de los valles y llegan a descansar sobre la blanca espuma de las playas.

Todo se ha conmovido. Es el momento de la partida, y la senda se abre amplia y luminosa. Una energía desconocida se ha infiltrado en el alma colectiva de todo un pueblo sediento de bienestar y de paz.

Es la realeza suprema del Amor de los Amores que abraza en su fuego ardiente a todos los hombres y que ha levantado su altar aquí en el corazón mismo de la Patria para bendecirnos y para guiarnos en el camino que nos ha de llevar a un porvenir mejor: de armonía, de prosperidad y de mutua y general comprensión. En este momento podemos repetir con el profeta: "la tierra estará cubierta de tinieblas, y de oscuridad las naciones, mas sobre ti nacerá el Señor, y en ti se dejará ver su gloria, y a su luz caminarán las gentes".

Su Eminencia, el Excmo. Legado Pontificio, los Ilustres Prelados presentes y la selecta representación de la Acción Católica de los pueblos americanos han querido, en hermandad de ideales y de afectos, que nos llenan de orgullo y gratitud, asociarse íntimamente a nosotros en esta

hora en que Chile con renovadas esperanzas marcha hacia adelante, hacia la conquista de los ideales cristianos. Ideales de amor y de paz.

Bienvenidas sean estas embajadas de la fraternidad cristiana. Todo el pueblo católico les presenta su calurosa adhesión.

* * *

En este VIII Congreso Eucarístico Nacional, que marca el punto de partida del nuevo camino que tenemos trazado, busca la Iglesia, con vehemente afán como uno de sus principales fines, la restauración del orden social cristiano al cual sólo puede llegarse por la recta formación de las conciencias. Para obtenerlo, la Iglesia Universal no se da tregua ni descanso, moviliza todas sus fuerzas, despliega sobrehumanas energías, y lleva el nombre bendito de Cristo a todos los ámbitos de la tierra venciendo obstáculos, aceptando todos los sacrificios, despreciando los sufrimientos y la muerte.

La Iglesia, "esta Ciudad espiritual, Ciudad de las almas", quiere que dentro de sus linderos, que son los del mundo, se reconstruya el magno edificio de la solidaridad social para que allí vivan los hombres y los pueblos la paz vivificante, la alegría fraterna de los hijos de Dios.

Los Sumos Pontífices han llamado con apremio y clamorosa angustia a todos "los hijos de los hombres" para que participen en la edificación de esta Ciudad fuera de cuyos muros toda felicidad será nostalgia, y toda concordia yana esperanza, espejismo en el camino interminable del desierto.

La Iglesia quiere, necesita, que cada hombre sea un apóstol "que el hermano ayude a su hermano, que la ley evangélica sea el aire que se respire en todas las actividades humanas, que ella informe las leyes y las instituciones de los pueblos, que sea orden en la sociedad, obediencia y respeto en las familias, alegría y unión en el taller, luz en las ciencias, foco inmarcesible de belleza en las artes y en las letras, que sea justicia y caridad en el mundo, en una palabra, que se llegue a encarar con criterio cristiano todos los actos y acontecimientos de la vida, sean ellos grandes o pequeños.

Para conseguir esta substancial transformación la Iglesia ha llamado a los seglares a participar en su apostolado. Jerárquico alistándose en el ejército "compacto, unido y disciplinado" que se llama la Acción Católica y que posee una propia organización única, jerárquicamente constituida y coordinadora de todas las fuerzas católicas.

Ella "no es una hermosa novedad de nuestros tiempos", tiene veinte siglos como el cristianismo, pero se ha adaptado en su organización y en sus métodos a las costumbres y a la manera de vivir actuales.

No necesita demostración el afirmar que muy escaso valor aportan al bienestar general las fuerzas aisladas e individuales. El combate no está trabado de un hombre a otro hombre, sino, como dice un ilustre autor: "la lucha hoy día es de sistema contra sistema, de organizaciones contra organizaciones; es la lucha del mal organizado contra el bien organizado".

¡Con cuánta razón pudo decir Su Santidad Pío XI: "La Acción Católica es la manera de apostolado que más responde a las necesidades de estos tiempos!"

Los cristianos somos incorporados por el bautismo al Cuerpo místico de Cristo, y un organismo para que tenga vida fecunda necesita de la vigorosa actividad de todos sus miembros, cada uno de ellos debe mutuamente dar y recibir.

La inactividad de los miembros de la Iglesia de Cristo tiene por consiguiente no solamente importancia individual, sino trascendencia social.

Vive el mundo contemporáneo en un movimiento dinámico de proyecciones incalculables en cuyo fondo chocan fuerzas elementales de vida, forjándose en sus entrañas una nueva etapa de la humanidad. Nadie puede sustraerse a ella porque el campo de batalla se extiende por toda la extensión del universo y las fuerzas del bien necesitan el aporte de todos los hombres de buena voluntad. La acción nuestra debe ser no solamente como seres aislados, sino como componentes del cuerpo social. Actuación en el medio ambiente en que a cada cual le corresponde vivir: en la fábrica, en el comercio, en la profesión, en los campos, en donde quiera que haya un hombre que lleve con legítimo orgullo su frente en alto porque se sabe redimido por la sangre del Hijo de Dios.

* * *

El fin supremo de la Acción Católica lo constituye la restauración en Cristo de la Sociedad humana y su lema es conocerlo íntimamente y darlo a conocer y a amar; tengamos presente las palabras de Pascal: "Fuera de Cristo no sabemos qué es nuestra vida ni qué es nuestra muerte, ni quién es Dios ni quiénes somos nosotros mismos".

"Este es mi precepto, que os améis los unos a los otros como yo os he amado". Esta sentencia evangélica sirve de sólido fundamento al apostolado social de la Acción Católica y es la síntesis última de toda la doctrina social de la Iglesia, doctrina magistralmente expuesta en las diversas encíclicas papales y en numerosos documentos emanados del episcopado universal.

Hace ya cincuenta años decía León XIII: "la salud que se desea se ha de esperar principalmente de una grande efusión de caridad cristiana en la cual se compendia la ley de todo el Evangelio y que está siempre dispuesta a sacri-

ficarse por el bien de los demás”, y Pío XI refiriéndose directamente a la Acción Católica escribía en *Quadragesimo Anno*: “A nuestros amados hijos inscritos en la Acción Católica y que comparten con nosotros de manera preferente el cuidado de la cuestión social los exhortamos una y otra vez en el Señor a que no perdonen trabajos ni se dejen vencer por dificultades, sino que cada día se hagan más esforzados y robustos”.

Y ¿en dónde encontraremos esa fuerza de que nos habla el Pontífice sino en el Cristo de la Eucaristía ante cuya presencia sacramental la palabra se quiebra, el pensamiento enmudece y de hinojos adora el corazón?

El hombre llega a El a abismarse en el foco luminoso de esa luz que no ciega porque su acción corre oculta, misteriosa, potente, como sangre viva, por las venas de la humanidad. Y esa vida, que a nuestros sentidos parece inmóvil en la Hostia blanca, prende en las almas como germen fecundo de actividad divina.

Así, divinizado el ser humano por la Eucaristía, reconstruirá grandiosa la ciudad de Dios porque es Cristo mismo quien trabaja en cada hombre.

Para la Acción Católica no puede haber, en consecuencia, jornadas de más alegría y esperanza que estos días gloriosos en que Jesucristo viene a resucitar las almas para quedarse en ellas para siempre.

La Acción Católica para cumplir su misión providencial debe estar revestida íntimamente de la vida Eucarística, debe renovar el milagro de la transformación del paganismo antiguo a la Iglesia primitiva de Mártires y Santos, debe ser un Tabernáculo vivo que irradie por cada corazón la luz y la vida de Cristo.

*
* * *

En esta hora de renovación y de esperanza toda nuestra nación eleva hacia lo alto una ardiente plegaria diciendo con la Escritura: “Señor, se Tú nuestro Dios y nosotros seamos tu pueblo”.

Señor Jesús, en esta tarde, cansada del camino llega a Ti nuestra Patria Chilena como la Samaritana hasta el pozo de Jacob para decirte: “Danos Señor, esa agua viva para que no tengamos ya más sed, danos esa agua Tuya que mana sin cesar hasta la vida eterna”. Señor, la Patria tiene sed, dadle de beber: ella calmará los sufrimientos y angustias de unos, será luz en el entendimiento y dulzura en el corazón de otros y para todos será vida y salud.

Te la pedimos para gobernantes y gobernados, para todos, Señor, por igual, sin excepción, para que todos los habitantes del país unidos en tu amor y por tu amor sigamos nuestro camino en íntima hermandad de afectos para

alcanzar el verdadero progreso que tiene por fundamento la paz y la justicia.

Señor, como a nuestro Padre queremos adorarte humildemente en el secreto de nuestro interior pero como a nuestro Rey te debemos en esta hora de gracia la plegaria colectiva de todo Chile que te proclama solemnemente por su Dios y te aclama como Redentor de los hombres y los pueblos.

La Acción Católica Chilena dirige al Todopoderoso su más ardiente súplica para pedirle por el Sumo Pontífice reinante, Su Santidad Pío XII, por su Eminencia el Legado Pontificio, quien sobrellevando intensas fatigas para llegar a nuestro suelo, ha dado especial realce a este Congreso Eucarístico Nacional, y por toda la Iglesia Santa a la cual ofrecemos una vez más nuestra fidelidad y absoluta obediencia.

Cristo Señor Nuestro, la Acción Católica alinea hoy día sus huestes aquí, al pie de tu altar, para rendirte los honores de Supremo Capitán, y con la frente inclinada sobre el polvo te presenta la ofrenda fervorosa de su fe inquebrantable y de su perenne amor.

LA EUCARISTIA,

por J. G. Treviño, Misionero del Espíritu Santo	\$ 10.—
LA EUCARISTIA, por Raúl Plus	4.50
LA EUCARISTIA, Culto, Comunión y Conmemoración, por el P. Juan de Guérnica.. . . .	9.—
LECTURAS DE HISTORIA NACIONAL, relacionadas con el Stmo. Sacramento, por Reinaldo Muñoz Olave	6.—
LA IGLESIA, LA EUCARISTIA Y LA CULTURA, por Rafael Maya	4.50
JESUS, REY DE AMOR, por el P. Mateo Crawley Boevey (tela)	15.—
NUESTRA PARTICIPACION DE LA VIDA DIVINA, por Adolfo Tanquerey	1.60
CONFIEMOS EN EL, por J. G. Treviño	14.—
LA ESENCIA DEL CATOLICISMO, por Karl Adam	20.50
DIOS Y MI ALMA. Instrucción para el provechoso cumplimiento de los ejercicios de piedad, por el P. Guillermo Gier S. V. D. (tela).. . . .	22.50
DIOS Y MI ALMA (en rústica).. . . .	13.50
ESPIRITUALIDAD CRISTIANA, por A. D. Sertillanges O. P..	22.60
LA ORACION DE TODOS LOS MOMENTOS, por Pierre Charles, S. J..	20.50

Aproveche nuestros "PLANES DE VENTA", pida listas. Estas obras y muchas otras están en venta en nuestras:

LIBRERIAS Y EDITORIAL "SPLENDOR"

Santiago: Avda. Bernardo O'Higgins 1626, Casilla 3746.
Valparaíso: INDEPENDENCIA 2042.

Profesor de la
Universidad de Chile

Sacerdocio real

1. Al releer las epístolas del primer Papa, que la inspiración del Espíritu Santo ha impregnado del más sublime amor paternal, se ve al viejo Pedro abrir en cruz sus brazos por el trabajo, y mostrar su pecho, antes del glorioso martirio sangriento como una hoguera de caridad hacia nosotros sus hijos, dejándonos en testamento las más inauditas bendiciones.

2. Nos dice que estamos regenerados en la esperanza viva para recibir una herencia incorruptible por la resurrección de Jesucristo, de que fué testigo.

Que allegados al amado Jesús, la piedra viva, despreciada por los hombres pero elegida por Dios y preciosa, somos también piedras vivas de su casa espiritual, que es la Iglesia.

Que somos el pueblo de Dios, un sacerdocio santo, un sacerdocio de reyes, para ofrecer sacrificios, que por Jesucristo son agradables a Dios y para anunciar sus virtudes.

Que a Jesús le debemos la vocación que nos levantó desde las tinieblas hasta la luz admirable de las promesas más grandes y preciosas, por las que somos participantes de la naturaleza divina, habiendo huído la corrupción del mundo.

3. San Pedro es, en verdad, el primero y el más tierno de la sucesión romana de nuestros beatísimos padres, a quienes amamos sobre todos los hombres.

4. Cada día en la hora máxima, en la Santa Misa, en la aurora, cuando se alza la hostia blanca como sol de amor sobre la Iglesia que vive la esperanza, ningún miembro de este sacerdocio santo y real es extraño al ofrecimiento del sacrificio eucarístico.

En nombre de nosotros implora el sacerdote que va a consagrar el pan y el vino que cubre emocionado con sus manos diciendo:

Acepta esta ofrenda que no es sólo ofrenda de este siervo tuyo, sino que es ofrenda de toda tu familia.

Y después del misterio, agrega jubiloso:

No sólo yo, tu siervo, sino que todo tu pueblo santo te ofrece de tus dones este pan de vida eterna y este cáliz de eterna salud.

Y la Iglesia entera, instruída por Jesús, con magnífica osadía exclama: ¡Padre Nuestro!, asociándonos a nuestro jefe y hermano mayor, presente en el altar.

5. En teología, en esa cumbre de las delicias del es-

píritu, es un solaz recontar e inventariar estos ricos tesoros de los hijos de Dios.

He aquí algunas joyas elegidas en la Suma de Santo Tomás.

6. Dios nos ha transmitido cuando recibimos el bautismo, una participación suya, haciéndonos divinos y comunicadores de lo divino.

Un carácter, un sello indeleble fué impreso sobre nuestra alma el día del bautismo, como el cuño en la moneda.

Este sello fué Cristo y se hizo más profundo en la confirmación para alcanzar la virilidad espiritual, ese día en que nos ungió el Obispo con el signo de la Cruz, quedando destinados a la milicia de Cristo, y al combate con sus enemigos.

Este carácter indeleble no es otra cosa que una participación del Sacerdocio de Cristo y por ella somos destinados a recibir y a transmitir a otros, cosas pertenecientes al culto de Dios y finalmente a la Gloria.

Hemos recibido la letra en la frente.

7. Complacidos consideremos pues, nuestra doble vocación.

Es propio del sacerdocio ser mediador entre Dios y el pueblo, transmitiendo las cosas divinas; sacerdocio es dación de cosas sagradas.

Es Cristo el supremo y eterno sacerdote, divino mediador que reconcilió con Dios a la humanidad.

Bajo El y participando de El, en la jerarquía del sacerdocio hay por antonomasia un orden, el sacramento del orden, en la Iglesia; pero el orden sacerdotal no supone servidumbre porque, según el agudo distinguo tomista, en él, el que manda debe buscar la salvación de sus súbditos y no la propia utilidad.

Todos están distribuidos dentro de la Iglesia en círculos concéntricos, cada vez más reducidos en su número pero más excelsos en su orden, mientras más cercanos al sacramento de la eucaristía que irradia vida espiritual.

Somos el círculo más numeroso la gran mayoría de la Santa Iglesia; pero mediamos y ofrecemos en unión con Cristo y comunión con los santos el sacrificio de la redención y nuestras acciones y oraciones.

8. Una afirmación absoluta del sacerdocio universal ha sido desgraciadamente en boca de algunos una negación indirecta del Sacramento del Orden, que sella nuevamente las almas de los presbíteros y obispos y les confiere algunas potestades exclusivas.

Los presbíteros nos absuelven, consagran el sacrificio eucarístico para que todos participemos de él, y al fin de la vida nos ponen la santa unción.

Los obispos a todos nos confirman y a los futuros sacerdotes confieren el orden.

Los invitados a participar en las bodas del sacerdocio de Cristo, no tomemos sino el último lugar, no sea que

llegue otro invitado y el esposo haya de decirnos: amigo da lugar a este.

9. Las ondas sonoras que propagan la buena nueva y la santa doctrina nacen en la sede infalible, se extienden a través de las cátedras sagradas y tienen en nosotros los últimos portavoces; pero somos los únicos capaces de llevar sus ecos hasta escondidos rincones del mundo donde sufren almas sedientas de verdad, muy amadas por esto de Jesús.

10. Con dones de amor viene inspirando el Espíritu Santo en la Iglesia una explicitación cada vez más tierna y hermosa del sacerdocio real:

Maurice de la Taille en "Mysterium fidei" dice que Cristo nos redimió haciendo oblación de su propio sacrificio; pero que agregó la Iglesia universal como corredentora.

Que en la Iglesia todos ofrecen el sacrificio de redención por mí, como yo por todos, y así somos corredentores entre nosotros; pero que en grado incomparablemente más alto la Santísima Madre de Dios.

Que María es sacerdote y reina de los sacerdotes, que a ella le corresponde en grado eminente el sacerdocio real, que es común a todos en la Iglesia.

11. Dulce compañía: es la madre de nuestra Eucaristía: madre de todos los hijos de Dios que formamos la Iglesia y el sacerdocio real: reina de reyes.

12. La magnífica vocación nuestra dentro de la Iglesia, al sacerdocio, y al apostolado es el fundamento de la vocación positiva a la Acción Católica, que nos ha hecho nuestro Santo Padre.

La vida de esta acción es la unión con la jerarquía de la Santa Iglesia, canal por donde desciende hasta nosotros la gracia de Cristo, cabeza del cuerpo.

13. En función de dignidad tan grande, tenemos una responsabilidad grave y ante nosotros un largo camino; pero confiamos porque tenemos el pan y el vino; no podemos desfallecer.

Al que se ha hecho nuestro alimento cotidiano le decimos con el Padre de la Colombiere, animados de una confianza infalible:

"Esperamos amarte siempre y que tú siempre nos ames, y para alzar nuestra esperanza a la mayor altura posible, lo que nosotros esperamos de ti, eres Tú mismo".

C u e r p o d e D i o s .

Desde las nubes que velan el día único y ausente de bordes, donde ha refugiado su grandeza la triple dimensión del Amor, ha salido para bregar en el cenáculo del mundo el brazo providente de Dios. Y allí, anudando destino con la libertad del hombre, ha ido afirmando paso a paso, en el camino de limitación del tiempo, las imágenes de angustia y de esperanza de la historia.

Cinta de inquietudes y sorpresivos repliegues es está del tiempo, en que el peregrino humano va grabando los ecos de su transcurrir desde que el viento creador de la eternidad vino sobre él para animarle y echarle el impulso de actividad, hasta la hora desconocida en que se le llame a reintegrarse en las fronteras de la patria que no acepta acabamientos. Y todo desde lo alto parece un solo instante, un fluir del seno de Dios para caer en la contingencia y un refluir definitivo al cauce de la unidad necesaria.

Cuando el Padre, en los esplendores de su momento eterno, pronunció esas palabras de cargada ternura y profecía: "Tú eres mi Hijo. Yo te engendré hoy. Pídeme y te daré por herencia las naciones y por posesión tuya los términos de la tierra" (Ps. II, 7-8), definió un misterio de prodigiosa complejidad y amor. Todo una entrega de Sí mismo en la persona de su Hijo, todo un llamado paternal de incorporación a la vida de Cristo, se revelaba en ese instante. Y allí, en presente afirmación, nacía la imagen de la Iglesia, desborde a los humanos de un amor que ya no cabe en sus límites.

Una paradójal necesidad de ensancharse, una urgencia de comunicación, a manera de hambre agujoneadora, se advierte en esta Palabra que llega de la eternidad al tiempo como un refrescante beso del Padre sobre la frente de la humanidad caída. Jesús es la vid que transmite a los sarmientos exánimes la savia vivificadora: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que está en mí y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque sin mí nada podeis hacer" (Juan, XV, 5). Jesús es la buena oliva, de la que fueron podadas por su incredulidad las ramas secas del pueblo judío y en la que se injerta por pura misericordia el acebuche gentil mientras le dure la fe (Rom. XI). Jesús es la piedra angular ofrecida como único soporte de un colosal edificio que, en palabras de Pablo: "Va creciendo para ser un templo santo en el Señor" (Ef. II, 20-21). Jesús, en suma, es la cabeza de una generación sobreelevada en dignidad, de un cuerpo gigante que llenará cielo y tierra, que unirá indisolublemente el destino del hombre a la glorificación de Dios.

Pero este cuerpo místico, integrado por el oro de la Divinidad y el barro del hombre, no es el producto de la fantasía de un artista o de la abstracción sutil de un filósofo. "Místico, ha dicho con razón Prat, en su "Théologie de Saint Paul", no es opuesto a real; hay realidades fuera de lo que se palpa y pesa". En este organismo se advierte una vida que parte de la cabeza y va a dar impulso hasta al más distante y humilde de los miembros. Es la sangre pura y reanimadora del nuevo Adán que viene a infundir existencia a la generación restaurada. Es el soplo de la Gracia que se derrama con fecundidad de misericordia sobre los surcos abiertos para plantar allí la simiente de la salud.

Y la unión de Cristo con cada uno de los hombres no se realiza sólo en el orden del espíritu, sino también de la materia, porque El no se ha desposado únicamente con las almas, sino con los cuerpos de sus hermanos. El dominio de lo creado le pertenece sin restricciones, ya que "todas las cosas por El fueron hechas y sin El nada de lo que es hecho, fué hecho", (Juan I; 3), y por el misterio de la Encarnación se incorporó a la materia para sobrellevarla y poseerla plénamente.

"Decir, ha expresado San Cirilo de Alejandría" que no tenemos con Cristo ninguna suerte de unión corporal, es estar en contradicción absoluta con la Sagrada Escritura. ¿Qué hombre de buen sentido dudará que por esta unión Cristo es la vid y nosotros los sarmientos, que saca de sí la vida para darla a nosotros, mientras San Pablo dice que: "Todos los que participamos del mismo pan, bien que muchos, venimos a ser un solo pan, un solo cuerpo" (1 Cor., X, 17). Que nos diga la razón, que nos enseñe al pasar la virtud de la Eucaristía: ¿por qué la recibimos en nuestros pechos?, ¿no será para habitar a Cristo en nosotros de una manera asimismo corporal, por la participación de su carne sagrada?"

La historia de Cristo es la historia de su Iglesia y es también la historia de cada uno de nosotros. Al través de las etapas de su vida se van operando en forma admirable y profética las vicisitudes de su cuerpo místico. Su nacimiento es nuestro propio nacimiento, puesto que como dice San León: "La generación de Cristo es el origen del pueblo cristiano, y la natividad de la cabeza es la natividad del cuerpo". Su predicación y sus milagros, se dan y prolongan al través de la Iglesia, que esparce con la guía del Espíritu la Palabra de bien y con los sacramentos devuelve la existencia a las almas muertas. Su pasión y su cruz se reproducen en la sangre de los mártires y en la silenciosa vergüenza de los humillados y perseguidos. "Cristo, afirma San Agustín, sufre aún sobre la tierra, no en su propia carne, que ha elevado a los cielos, sino en mi carne que sufre aquí abajo. Cristo sufre en mi carne: "Vivo yo, pero no yo sino que Cristo vive en mí" (Gal. III, 20). Y como del Adán dormido extrajo Dios a la mujer, así, del costado

abierto de Jesús, manadero sacramental de agua y sangre, ve el Crisóstomo nacer la Iglesia de los santos y escogidos, que está llamada al desposorio eterno de su reino.

La plena formación de la Iglesia, el crecimiento acabado del Cristo total, si bien no puede realizarse un instante con prescindencia de la gracia, exige a la vez la colaboración efectiva y permanente del hombre. A cada uno toca una misión, una vocación definida que llenar en esta tarea que Pablo de Tarso llama "la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado del hombre perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo". (Efes. IV, 12-13).

Pero esta obra no es otra, según lo señala el mismo Apóstol, que el humilde y voluntario cumplimiento de "lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia" (Col. I, 24). Y así, entre lágrimas y dolores de mártires casi siempre ignorados, se va engendrando esta Esposa inmaculada, que camina con la cruz a cuestas por los senderos del mundo, sin dejarse coger de engañosos halagos, hasta caer en el final del tiempo en los brazos del Esposo que la reclama para convivir los goces de un amor eterno:

Nada más reacio a la inclinación natural del hombre que este llamado a la cruz que va implícito en la esencia del mensaje cristiano. Aun en ciertos optimismos fáciles del triunfo de la Iglesia, suele ir escondido este rechazo de la pasión de Jesús, pues se la quiere ver victoriosa y dominadora, más por propia comodidad de sus miembros que por amor, olvidándose así que en la Esposa han de reproducirse los quebrantos y humillaciones del Esposo y que el sello supremo de la resurrección de gloria vino para éste después de las vejaciones del Calvario. La cruz sigue siendo al través de veinte siglos el gran escándalo del mundo y la conciencia de cada uno de nosotros sabe con qué razón podrían repercutir en nuestros oídos miserables las terribles palabras de Jesús a Pedro, cuando éste rehusó conformarse con la pasión que le anunciaba su Maestro: "Quítate de delante de mí, Satanás, que me escandalizas, porque no tienes gusto de las cosas que son de Dios, sino de las de los hombres" (Mat. XVI, 23).

Hay en el sermón de la montaña, sumario el más bello y enjundioso de la Buena Nueva, un detalle que no debería escaparse a la atención meditativa del cristiano. De las ocho bienaventuranzas con que el Divino Maestro traza los perfiles del reino de los cielos, seis importan una promesa para el futuro, mientras la primera y octava tienen una inmediata realización. Los que lloran, recibirán consolación; los mansos poseerán la tierra; los que tienen hambre y sed de justicia, serán hartos; los misericordiosos alcanzarán misericordia; los limpios de corazón verán a Dios. Todos, en suma, obtendrán un galardón en la gloria ve-

nidera. Pero hay dos tipos de bienaventurados cuyas obras tienen una eficacia tal que les abren de inmediato las puertas eternas y les conceden ya sin dilaciones la carta de naturaleza del reino de los cielos: "Bienaventurados — dice Jesús — los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos". "Bienaventurados — agrega más adelante — los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos" (Mat. V, 3-10).

Hay, pues, dos llaves que por sí solas abren las puertas del reino de los cielos: la de los pobres de espíritu y la de los perseguidos. Los pobres de espíritu no son sólo los que han desapegado el corazón de las riquezas y atractivos del mundo, sino los que han reconocido humildemente la propia limitación frente al poder omnipotente de Dios. Es el adoptar con Teresita de Lisieux la infancia espiritual y comprender en lo hondo las palabras de Cristo de "que el que no recibiere el reino de Dios como niño no entrará en él" (Marc. X, 15). Es el nacer de nuevo de que habla Jesús a Nicodemo, como condición de ingreso al reino de los cielos (Juan III, 5), y que libera al hombre de la muerte del pecado, puesto que como dice San Juan: "Todo aquel que nació de Dios no hace pecado, porque la semilla de Dios mora en él y no puede pecar porque es Hijo de Dios" (Juan, III, 9). Pero, por sobre todas las cosas, es el negarse a sí mismo y tomar la cruz en seguimiento del Maestro, para completar así lo que falta a la pasión de Cristo por su Iglesia.

He aquí este ineludible llamado al dolor que, choca con la innata cobardía y egoísmo de todos los tiempos. Como nosotros, los discípulos de Jesús, hombres al fin, sintieron también el escándalo de la cruz y el futuro primer Papa no trepidó en negar al amigo la víspera de su muerte. El Gólgota oscila en una inmensa soledad y nadie encuentra las figuras de los pescadores que rodearon al ahora ajusticiado cuando éste subyugaba a las muchedumbres y parecía el señor invencible de la vida y de la muerte. Sólo hay uno en pie y que opone el resplandor de su dulzura a los gestos brutales de la soldadesca. Es el más joven y ningún relieve humano le ha marcado destaque. Mientras Pedro vegetaba en sus arranques de efusión, supo él replegarse en la soledad para coger la sustancia del corazón de Cristo. Y el hombre silencioso no tiene ya más que una palabra que es todo su lenguaje, una palabra que llena el cielo y la tierra, porque es la definición misma de Dios: Amor. Esta es la fuerza que le mantiene sin oscilaciones y que le hace soportable y llevadero el cruento espectáculo. Y este es también el secreto consolador y la clave de triunfo que para los temerosos queda como inapreciable legado de Juan el Evangelista. Al través suyo la humanidad ha comprendido que la cruz tan sólo se sostiene en el amor.

Pero ¿cómo hacer brotar de una naturaleza como la nuestra, una tendencia tan noble y depurada? ¿Cómo salvar

con el estrecho impulso de nuestro corazón el abismo que nos separa de la Divinidad? Sin duda que esto es imposible y precisamente a superar este obstáculo ha venido la misericordia de Dios proporcionándonos la fuente misma del amor. Por eso pudo decir con razón San Juan que el amor consiste: "No en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó a nosotros primero y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados" (Juan IV, 10).

Jesús es la máxima expresión que el Padre ha querido dar de su amor a la humanidad. El, en palabras de Pedro, "llevó en su cuerpo nuestros pecados sobre el madero, a fin de que nosotros, muertos a los pecados, vivamos a la justicia" (Ped. II, 24). El, como reitera Pablo, "fué entregado por los yerros nuestros y resucitó por la justificación nuestra" (Rom. IV, 25). Y El, que no ha agotado en el Calvario la sustancia de su amor, la renueva día a día, en su anhelo de establecer una comunicación permanente con la humanidad necesitada y para enseñar a ésta a amarle con su propio amor. La Eucaristía es este instrumento de prodigio de que se vale la incomparable ternura de Cristo para borrar las distancias del cielo y de la tierra y para hacer sostenible con brazos divinos el escaso peso de nuestra cruz. Allí se da la plenitud del Amor y no podrá la inteligencia del hombre descubrir ofrenda de satisfacción al Padre más alta y digna que el propio cuerpo de su Hijo consustancial. Es el principio de nuestro desasimiento interior y el inicio de toda la reconstrucción del espíritu. Es el cambio de nuestra mente carnal, por la límpida y clarificada de Jesús; es la dejación de nuestro corazón de piedra, egoísta y utilitario, a cambio del corazón de Cristo, llama de un amor inextinguible que abraza caritativamente a todas las criaturas.

Pero si de la ingestión de este alimento depende nuestra propia vida, cuánto más la de la totalidad del cuerpo místico en que nos hallamos incorporados. No hay en él crecimiento posible si ese pan milagroso no viene a robustecer su estructura. Y si sus miembros no se vitalizan uno a uno, el conjunto no pasará de ser un organismo famélico y desfalleciente. Porque hay en este inmenso cuerpo tal trabazón entre sus componentes que, como dice San Pablo, "si un miembro padece, todos los miembros a uno se duelen, y si un miembro es honrado, todos los miembros a uno se gozan" (Cor. XII, 26). Cuánta participación le cabe pues a cada uno en la salud del conjunto y qué inmensa responsabilidad gravita sobre los que desechan el gratuito don de la mesa eucarística, único capaz de producir en el cuerpo místico la efusión de caridad que le es necesaria para su mantenimiento y expansión. ¿Y no será precisamente en esta hora en que el mundo envilecido, porque apartado de Cristo, rinde culto a la violencia, exalta mitos idólatras de la sangre, de la raza o de la clase y desgaja en mil pedazos el principio del común origen y destino del género hu-

mano; no será, repetimos, cuando parece más necesario acudir a ese cenáculo de renovación integral que es la Eucaristía? Nunca se siente más fuerte que ahora ese gemido de angustia de los miembros que sufren y nunca el reclamo de auxilio se nos prodiga con más insistencia. Y para cicatrizar esas heridas y aliviar esos dolores no basta el amor humano. Lo que se pide de nosotros, miembros de la Acción Católica, milicia escogida por Dios para su testimonio en el fin de los tiempos, es revestirnos del corazón de Cristo mediante la comunicación, más que frecuente, diaria con su cuerpo, para prodigar así al hermano caído, no nuestro amor de carne, que nada sana, sino el amor divino que todo lo restaura.

Sólo de nuestra entrega sencilla al prodigioso misterio de la cena, podrá brotar la sólida restauración del cuerpo místico de Cristo y perfilarse esa plenitud de su estatura que es la prueba inconcusa del advenimiento de su reino.

Y mientras se cumple la hora en que el nuevo Adán congregue a sus resucitados para el goce de la eterna presencia del Padre, en esos cielos nuevos y tierra nueva de que nos hablan Isaías y Pedro, digamos a igual que los cristianos del primer siglo, con la alegría de la firme esperanza: "Gracias te damos, Padre Nuestro, por la vida y la ciencia que nos has revelado por Jesús tu Hijo: gloria a ti en los siglos. Como este pan que rompemos estaba disperso sobre los montes, y recogido ha venido a ser uno, así tu Iglesia, desde los extremos de la tierra sea reunida en tu reino, pues tuya es la gloria y el poder por Jesucristo en los siglos" (Didache IX, X).

YRARRAZAVAL, RODRIGUEZ Y CIA. LTDA.

BOLSA DE COMERCIO

CORRESPONSALES EN EL EXTRANJERO

T. E. RODRIGUEZ B.

R. YRARRAZAVAL R.

J. A. BARDELLI A.

S. YRARRAZAVAL L.

**Cables: YRAVI — Casilla 8003 Teléfonos: 69106, 69107, 68695
y 84161.**

Meditación sobre la Eucaristía

La revelación más grandiosa que el Cristianismo ha traído al mundo, penetrando de gozo el corazón de los hombres, es que "Dios es amor y El nos amó primero, y de tal manera nos amó Dios, que envió a su Hijo Unigénito para redimirnos de todos nuestros pecados, a fin de llegar a ser hijos de Dios y lo seamos".

Aquí, al terreno del corazón ha llegado la luz con su fuego de verdad a purificarnos, donde surge todo nuestro egoísmo o donde puede inclinarse toda nuestra entrega. Allí, ha llegado la palabra buena, al centro de nuestras intenciones, donde la sangre acumula malicia y repliega sus venas a fin de buscarnos a nosotros mismos y afirmarnos en nuestra propia alma.

Pero, también, es en esa piedra de la sangre donde despiertan voces pidiendo el rocío del cielo y los ojos claros del Justo, pues, allí, donde se empieza a querer a Dios, mora su Espíritu gimiendo por nosotros, ya que no podemos decir Señor, sin que el Espíritu de Dios nos inicie todo acto de buena voluntad, porque "en Dios nos movemos, vivimos y somos".

A esa queja que oprime el corazón del hombre con el peso de su libertad, Dios le responde llamando: "Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. Yo soy el pan de vida, el que a mí viene nunca jamás tendrá sed." "El que en mí cree, de su vientre brotará una fuente de agua viva hasta la vida eterna."

Así canta siempre el amor muy cerca de nosotros, los pecadores, para borrar con la suavidad de sus pasos las huellas de nuestra injusticia e ingratitud, con un deseo inenarrable de curar nuestras dolencias y enderezar nuestras mal inclinadas naturalezas, hasta la plena realización del cristiano. Por eso, sobre el páramo de nuestras acciones, una cascada de gracia divina está cayendo para refrescar nuestros ojos y desvelar nuestra amarga noche de vida sobre el mundo.

Dios es amor. El nos amó primero. Pero lo terrible de la situación del creyente es que el Dios verdadero es un ser invisible, a Cristo lo palpamos lejano como una bandera hecha girones, como un horizonte que se cubre de tinieblas, y a la obscuridad del rostro de Cristo solemos unir la sombra de nuestro pecado.

La palabra de Dios nos hiere entonces en lo vivo cuando dice: "Todo aquel que peca no le ha visto ni conocido". Y con más violencia nos fustiga aún al manifestar que nadie puede considerarse exento de esa muerte, ni seguro de su salvación, porque "si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos y no hay verdad en nosotros. Y hacemos a Dios mentiroso".

Es que, cuando el alma ha sido tocada por el llamado de Dios, cuyas palabras “espíritu y vida son”, ya que no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de boca de Dios”, cuando ésta no ha tocado el alma, o mejor, cuando el alma se hace piedra y resistencia al leve toque del amor divino, no posee la conciencia clara de esa tremenda sentencia sobre nuestra ignorancia acerca de la persona íntima de Cristo, ignorancia de fe, no ignorancia de libros, que señala la inmensa miseria del corazón humano y su incapacidad para comprender el suprémo mensaje del amor — mucho menos podrá comprender —, y hablo de un comprender total con el corazón, alma, mente y espíritu, un comprender de vida a vida —, mucho menos puede comprender entonces, y desear con pasión, la Eucaristía, cuyo misterioso calor de vida se encuentra tan vinculado a esa experiencia de nuestra inutilidad y miseria como los grandes lotos al fango de las lagunas.

Con razón el Señor dice:

“Cuando hayáis hecho todo lo que tenéis que hacer, decid: Siervos inútiles somos. Hicimos lo que debíamos hacer”.

Ante esta afirmación divina se revela todo lo doloroso del desarrollo de la vida de todas las almas que deambulan en una ilusión de amor constante, sin coger jamás lo divino escondido en el rostro de las criaturas, ni lo divino del amor verdadero, que es siempre un darse, un morir a nosotros mismos en el amor a las criaturas, porque el amor a las criaturas es la manifestación sensible del amor divino. Cristo quiere amar a través de nuestros corazones de carne. Por eso es que en toda forma de amor, el Santo Espíritu está llorando, a causa del egoísmo con que solemos amar, tan solo para nuestro bien, con deseo de poseer, para no darse... Y a veces cuando se da, se cae en la ilusión de esperar gratitud, cuando absolutamente nada puede esperarse del corazón humano, en cuanto corazón y en cuanto humano. Lo que es de carne da frutos de la carne.

El que ama desea el bien de la persona que ama, y se muriera por traerle todo el bien.

Pero, cuando no nos abre el corazón la palabra de Dios, creemos amar y no hacemos sino cultivar la galanura de nuestra alma, “porque el hombre ama su propia y obscura vida solamente”.

La Eucaristía no se puede presentar entonces como una necesidad profunda, como un alimento cotidiano, porque no se evidencia como un don de Dios, como un regalo simplemente, que sea aceptado y codiciado en vista de la imposibilidad del hombre para transformarse por sí, ni para adquirir ningún primor, que no hay virtud posible por las meras fuerzas humanas, es decir, abandonadas a nuestro corazón, sólo conseguimos acrecentar nuestra soberbia.

Tenemos por un lado un llamado infinito de vida eterna con participación a una vida que supera nuestra naturaleza, capaz de levantarla y purificar, suficiente para llenarnos de sabiduría y discreción de espíritu, en la plenitud del amor verdadero.

Por este otro lado tenemos un corazón de hombre todo cubierto de cizaña, de hierbas amargas y peñascos retorcidos, donde azotan olas y rebeliones de orgullo, de oposición frecuente contra la soberanía y voluntad de aquél, por quien todas las cosas han sido hechas. Corazón nuestro que nunca puede sacarnos a la claridad pacífica del espíritu.

La solución capaz de abrazar esa bondad con esa miseria no es sino una simple aceptación, un sí generoso, una buena voluntad sencilla y muy alegre, sin temor, porque "Dios ama al que se da con alegría"; un sí humilde y simple, muy humilde, porque "Dios resiste a los soberbios y se da a los humildes; una aceptación plena de nuestra incapacidad y malicia porque El ha venido para curar a los enfermos y no para los sanos; un reconocimiento de que la persona de Cristo es la única solución de todos nuestros problemas y de toda nuestra santificación: "Yo soy la resurrección y la vida, el que en mí cree, aunque hubiere muerto vivirá".

Así, pues, con un acto simple de fe, empieza la oración del cristiano: "Creo, Señor, salva mi incredulidad". Antes de alabar y después de alabar debe pedir misericordia, antes de la Eucaristía, o acción de gracias, el llamado certero al amor: "Señor, ten misericordia de mí, porque soy un pobre pecador".

Y todo lo que Dios ofrece, no es sino un abrazo infinito de amor misericordioso: "Misericordia quiero, no sacrificio".

¡Ah! Si estuvierais en mí y mis palabras estuvieran en vosotros, pediríais cuanto quisierais y os será hecho".

Entonces es cuando la Eucaristía se empieza a ver como inconcebible don de Dios, porque el que se encuentra menesteroso e indigente recibe con gozo el regalo y la suprema riqueza. Es aquí donde la Eucaristía empieza a aparecer, no como una falsa coronación de vida cristiana, sino como el camino de la vida, como el pan nuestro de cada día, y así, en la claridad de la forma sagrada, va despertando el nuevo día, "hasta que luzca en nuestros corazones el lucero de la mañana".

Creemos, a veces, que con la Eucaristía poseemos a Dios; más bien, debiéramos temblar al pensar que en la Eucaristía Dios trata de poseernos para que seamos uno; así como el Padre y el Hijo son uno en el Espíritu de amor, y que Cristo es tan nuestro como que es regalado por Dios, gratuitamente. Pero ese creer, a veces, no posee la fuerza de su implícita verdad, pues, nuestros frutos no revelan tanta unidad, ni tanto amor, a causa de la dureza de nuestros corazones y de la primacía que damos a nosotros mis-

mos, despreciando nuestra propia muerte de resignación y de paciencia de cada hora, de cada minuto, de cada persona que tenemos que amar y nunca sabemos soportar.

En un acto de amor verdadero, en un gesto de paciencia, en una aceptación de la voluntad de Dios, siempre manifestada en el cumplimiento del deber y del trabajo, se ve de inmediato la presencia de Cristo en nuestros corazones.

Pero no creemos que nuestra oración puede conmover los fundamentos del universo, así como la Eucaristía mantiene al universo a través de nosotros mismos, porque "su carne es dada para la vida del mundo".

Si creyéramos en el don de Dios, amén de todos sus frutos de transformación radical en el alma, cuán gran conocimiento tendríamos de su amor, ciertamente que seríamos más fieles a la gracia, porque entonces comprenderíamos toda la resonancia de puro silencio divino, que trae nuestra unión verdadera a Cristo, no sólo para el cuerpo místico sino que temblaríamos de gozo ante el pavor de nuestra soledad, al ver el divino rostro tan íntimo como nuestras deficiencias, tan íntimo como nuestras propias debilidades, porque eso es lo que importa y lo que interesa al alma misma del sacramento de la Eucaristía, esa presencia personal de Cristo que ha sido conservada por la Iglesia en forma de Hostia viva, para que sea lo más íntimo de nuestro ser, así como el alimento material es lo más íntimo de nuestro cuerpo.

Y el amor que ha descendido del cielo pondría todos nuestros pensamientos en celestial morada, porque "entre el Cristo que está en la hostia — como expresa un autor —, y el Cristo que está a la diestra de Dios Padre, no hay ninguna distancia; entonces, seríamos inocentes, en el sentido de que pensaríamos lo puro y lo bueno, veríamos primero la verdad en cada frente, y después, comprenderíamos la maldad, nos despojaríamos, justamente, de la ciencia del bien y del mal; entonces, amaríamos, porque empezaríamos a separarnos de los dones que nos ha brindado Satanás, y llenos de compasión por el prójimo tendríamos la libertad de los hijos de Dios.

Estaríamos rodeados de más alas que las que pudo desear nuestro amor.

Si alguna vez descubriéramos que no somos dignos ni de coger las migajas del banquete que aprovechan los perros, y Dios nos da a su Hijo...

* * *

Sin duda, que el escándalo de la cruz en nuestros corazones, como condición para aceptar a Cristo, es motivo para apagar nuestra fe, obscurecer la esperanza, y rebelarnos contra la reyecía de Cristo, que el demonio se encarga de hacernos sentir como imposible de soportar. ¡Y cuán tremendo es el espectáculo de un rey crucificado!

La Eucaristía es también la señal de nuestra crucifixión, la sentencia sobre el desprendimiento de nosotros mismos, la mano sobre nuestra agonía, porque — nos dice San Pablo —, “cuantas veces comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciareis la muerte del Señor, hasta que venga”.

La aceptación de esta crucifixión de nuestra naturaleza es condición decisiva de vida, so pena de negar a Cristo: “El que no lleva su cruz y me sigue, no es mi discípulo”.

Interminable sería comentar todo lo que el hombre debe soportar, empezando por soportarse a sí mismo, con su inmensa soberbia de vida que se opone totalmente a la vida eterna.

Sin embargo, la dulzura del amor de Cristo nos sigue llamando:

“Mi carga es liviana y mi yugo ligero. Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis el reposo para vuestras almas”. Y Dios es bueno, nunca nos permite más humillaciones ni más dolores y desasosiegos que los que podemos llevar, porque Dios es Amor, y el amor siempre adivina el bien de la criatura que ama y nos da, en dolores y alegrías, lo que necesitamos. Si el Señor tiene contados hasta nuestros cabellos, cuanto más tendrá en cuenta las posibilidades de sufrimiento que necesitamos. Dios no es un ogro, ni Cristo un hombre malo.

Además, es fundamental comprender que la fe es probada, y que de nuestros males, caídas y padecimientos, Dios sabe sacar bienes para nuestra vida, a causa de que el dolor, la humillación, las caídas en el pecado, nos hacen palpar más y más nuestra nadería, en la cual, allí en el límite de nuestras almas, Cristo y Satán están luchando, la Luz y el Príncipe de las tinieblas, por la conquista del corazón humano. El resultado de esta batalla que contemplan los ángeles del cielo porque su alma es más hermosa que una estrella, está en manos de nuestra libertad, en nuestra aceptación o rechazo de la cruz.

Y la cruz es un madero que consume el fuego del amor.

Nuestros corazones deben estar atentos a toda muerte, a fin de continuar la pasión de Cristo en nosotros, porque nadie se va a escapar de morir en vida, si quiere llegar a ser hijo de un Dios y hermano y amigo del Hijo del hombre, si no se deja y quiere despojarse del hombre viejo para dar paso al nacimiento del hombre nuevo, de que nos habla San Pablo.

Si es preciso nacer de nuevo como dice el Apóstol, es preciso morir para siempre. Y la lucha que el cristiano sostiene a diario contra los desórdenes e ilusiones de su naturaleza, la lucha fundamental entre nuestro orgullo y el amor de Dios, que se nos da para apacentarnos como ovejas del rebaño verdadero, no es — esa lucha — sino la manifestación del lento trabajo de la gracia en nuestras almas, la separación del espíritu y del alma que opera esa espada de doble filo, la palabra de Dios, el Verbo Unigénito, se-

milla de vida eterna, que entona el canto del amor, hasta quebrantar las murallas de nuestra soberbia, de nuestro creernos y buscarnos, de nuestro plantarnos frente a Dios, como si tuviéramos grandes méritos y derechos, cuando todo no es sino una gratuidad, un regalo del amor misericordioso, cuando todo no es sino sacramento.

Y el santo es el hombre nuevo resurgido del agua y del fuego, el hombre que todo lo espera del amor de Dios y todo lo sabe soportar, pudiendo afirmar como un convertido francés, "que todo lo que sucede es adorable".

He aquí, pues, la crucifixión que está señalada desde la custodia de oro, "cuantas veces comiereis este pan y bebiereis esa sangre, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que venga".

No hay más testimonio de la muerte divina que la propia muerte. Así palpita nuestra vida escondida bajo los velos de la muerte de Cristo. Por esto que "el silencio es sacramento".

* * *

Pero está el reverso de esta medalla, el clarín de este silencio, y el canto de toda resurrección.

Así como la Eucaristía nos señala la seriedad de nuestro paso por la tierra, cuando es recibido como don de Dios, con toda sencillez y humildad, sin mayores especulaciones, sino con fe de niño y con el cumplimiento diario de la voluntad de Dios en el deber, es capaz de, por modo eminente, hacer soportar la inmensa presión de nuestros pecados y la implacable miseria que somos. De hecho, fué San Juan, el discípulo que estuvo más cerca del amor, el que pudo contemplar con valor y sin espanto, de pie frente a la cruz, la muerte del Señor; por eso que él es quien nos entregó la revelación que esperaba el corazón del hombre: Dios es amor.

Si alguien quiere conocer "al amor que mueve el sol y las demás estrellas", que incline su cabeza al suelo, porque no es sino polvo y ceniza, y reconozca la pequeñez de su corazón, la malicia de su alma, y la rebeldía de su espíritu, que vea que no es fuerte contra Dios, sino pobre y despreciable frente a Dios, y así, deseando la ruptura definitiva entre el hombre carnal y el hombre espiritual, contemple el don de Dios, y pídale como alimento, que Cristo es quien verifica el amor en nuestro pecho, y espere sin desmayo, porque, en la palabra de un aprendiz a santo, "la santidad no es sino una inmensa confianza en Dios". Que se ofrece siempre como salud, se entrega siempre como vida, a fin de completar nuestro gozo. Eso es Eucaristía.

Hay una escena del Evangelio que nos hace palpar honda y bellamente todo este doble aspecto de muerte y vida, de conocimiento y amor, de silencio y canto, que posee la Eucaristía. Es ese prelude evangélico a la gloriosa

manifestación del Cristo resucitado, el encuentro de los discípulos de Emaús con el Señor.

Dice el Evangelio que "estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo y habiéndolo partido se los daba, y fueron abiertos los ojos de ellos, y lo conocieron"... Después, cuando contaban esta inefable entrevista a los apóstoles, decían "como le habían conocido en la fracción del pan", y como ardían sus corazones cuando les explicaba las Escrituras".

Lo más inmediato que podemos ver, en medio del tesoro sin término de esas palabras, es que Cristo se da a conocer por medio de la Eucaristía, acontecimiento el más ortodoxo, y está se ofrece como el recuerdo vivo de la muerte del Señor. ¡Le conocieron en la fracción del pan! Lo que era su muerte y la mística ruptura de su muerte, traía esa luz pura que está más allá de la tiniebla y de la agonía, y que nos ilumina el divino rostro.

He aquí, el total de las posibilidades del hombre en la muerte del Señor; he aquí, el total de las posibilidades del Amor en la fracción del pan vivo.

Esta es la única claridad verdadera, "para que conozcamos cuál es la anchura y la extensión, la altura y profundidad del amor de Nuestro Señor Jesucristo, que supera todo sentido", quien, hoy, noviembre de 1941, se ofrece a toda la ciudad de Santiago, para que le entreguemos el peso de nuestras miserias y maldades, porque El solo es capaz de sanarnos y superar la impotencia de nuestra voluntad y lo pequeño de nuestros corazones. "Yo soy el pan de vida, el que a mí viene nunca jamás tendrá sed".

Y lo maravilloso sucede cuando estamos unidos a Cristo en la Eucaristía, que todo el fuego providente que sostiene al universo sobre la nada, pasa por nuestro pecho hasta alzar la más lejana estrella, de modo que el destino de los astros va regido por nuestros actos de fidelidad o negación a la Eucaristía, en esta nueva astrología, ya que su carne "verdaderamente es dada para la vida del mundo", y así como los demonios se apoderan de la materia y hay los espíritus del aire que combaten con nosotros según San Pablo, por medio de esta armonía del Pan vivo, logramos apoderarnos totalmente del universo, con más seguro abrazo que los mismos ángeles.

¡Gustemos y veamos cuán suave es el Señor!

Alfredo Lefebvre.

Liturgia y Acción Católica

Es de todos sabido que, la oración es un deber principal del católico, puesto que orar significa unirse a Dios, elevar el espíritu hacia la Verdad Increada y la Sapiencia Infinita; es, si se me permite la expresión, anticipar en este mundo sensible y dentro de sus posibilidades la unión beatífica que todos esperamos realizar en el más allá. Como unión con Dios por esencia, la oración produce en el que la practica sus frutos lógicos de iluminación interior, de gracias y fuerzas espirituales.

La oración puede y debe ser practicada por el católico en tres formas diferentes: individual, apostólica y colectiva.

La primera forma de orar responde a la individualidad propia y distinta que cada hombre tiene, en cuanto poseedor de un alma inmortal que tiende hacia su Creador. La segunda, la forma que hemos llamado apostólica y que también podríamos denominar activa, es, en cierto modo, consecuencia de la oración privada y está constituida por los actos que ejecutamos para honrar a Dios, o sea, es la participación del cuerpo en el homenaje al Creador y, generalmente, se manifiesta a través de la actividad apostólica en que el individuo, con el alma enfervorizada por su oración privada, irradia en los demás el amor de Dios que lo posee. La tercera forma de oración, la oración colectiva, responde a la necesidad de que los católicos, como miembros del cuerpo místico de Cristo, amalgamados por su sangre preciosa, hechos una sola aspiración divina en muchos cuerpos, se unan más estrechamente para cantar a Dios sus alabanzas, implorar por las miserias propias y agradecer el rocío de gracias que sobre la tierra desciende momento a momento.

El hombre ora privada, individualmente, cuando se abstrae en sí mismo; ora activamente cuando es apóstol del ejemplo o la palabra; ora colectivamente cuando actúa como real y verdadero miembro de la Iglesia Católica, como parte del cuerpo místico de Cristo. La oración colectiva supone y engloba las otras dos formas de oración, por cuanto es la más acabada expresión del orar que nos es dada al común de los mortales. Es una forma tan alta de oración, que consagrada por Nuestro Señor Jesucristo en forma categórica al decir que, cuando dos o más hombres nos reuniéremos para orar El se encontraría en medio de nosotros... ¡Supremo ideal del católico: vivir con Cristo!

Nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, para encauzar y valorizar debidamente la oración colectiva, ha establecido la liturgia que, al decir de don Gaspar Lefebvre, es "la realización del sacerdocio de Jesús por la Iglesia en su culto oficial". De modo que, por medio de la liturgia, la

Iglesia, esposa mística de Cristo y prolongadora de su acción inmediata en la tierra, realiza su misión sacerdotal de rendir pleno homenaje al Dios Uno y Trino por la potestad del Hijo Eterno, Dios y Hombre verdadero.

Por ello podríamos definir la liturgia, mirada desde un punto de vista exterior, como el conjunto de cánones dentro de los cuales la Iglesia realiza el culto católico y es, por tanto, la oración colectiva oficial y sacerdotal de la Iglesia, de la cual todos formamos parte. Se distingue la oración litúrgica de la oración colectiva común, por cuanto en ella la Iglesia oficia y eleva las oraciones a la Trinidad Eterna a nombre de Jesucristo, puente de unión entre lo divino y lo humano, participando de su sacerdocio eterno.

Suele el vulgo pensar que, la oración litúrgica es patrimonio propio y exclusivo de los ordenados. Grave error. Tanto el clero como los simples fieles formamos parte de la Iglesia y somos miembros del Cuerpo místico de Cristo y, por tanto, a todos nos incumbe participar en la vida espiritual del todo que nos comprende: de la Santa Iglesia Católica. El clero tiene su rol especial dentro de la liturgia; pero también el laico lo tiene y debe desempeñarlo.

Antes de examinar más en detalle la participación de los fieles en la liturgia, creo conveniente, aunque son de todos sabidas, recordar las grandes líneas de nuestra liturgia.

El culto litúrgico tiene, como es natural, por objetivo rendir homenaje a Dios y desarrolla sus ceremonias alrededor de la Santa Misa que, como reproducción incruenta del sacrificio del Calvario, es el acto más grande y valioso de todo el culto católico. La Santa Misa, a su vez, reconoce como núcleo y centro la Eucaristía, por medio de la cual se recuerdan y renuevan, mística pero realmente, la Encarnación del Verbo, su oblación propiciatoria que nos redimió y la participación eucarística de su cuerpo y sangre preciosos que nos vivifica en la gracia y, en cierto modo, nos deifica al unirnos íntimamente a Cristo.

La liturgia, en su plan grandioso, nos hace recorrer durante el año eclesiástico las tres grandes etapas de la Humanidad: su creación por el Eterno Padre, su redención por el Hijo Unigénito y su santificación por el Espíritu Paráclito; así como también la vida de la Iglesia a través del tiempo desde la espera anhelosa del Mesías prometido hasta el imperio de la Gracia por el sacrificio redentor y la conmemoración de las maravillas realizadas por Dios en los justos. Por último, la Santa Misa, compendio y resumen de la liturgia, nos presenta el mismo plan: preparación para los Santos Misterios, su realización y la participación de los fieles en la Sagrada Cena y acción de gracias consiguiente.

Las tres Pascuas son las que marcan los tres tiempos de la liturgia: la Pascua de Navidad — Encarnación del Verbo —; la Pascua de Resurrección — Redención del género humano —, y la Pascua de Pentecostés — Venida del

Espíritu Santo. Son los tres más grandes momentos de la vida espiritual de la Humanidad, aquellos en que se cumplió la gran promesa y vino al mundo su Salvador; se realizó el sacrificio redentor y, a consecuencia de él, descendió la gracia sobre los hombres. Cada tiempo litúrgico tiene su preparación penitencial y su conmemoración jubilosa, y a ellos van íntimamente unidos los tres sacramentos primarios de la vida cristiana: el bautismo que nos hace hijos de Dios, la penitencia que borra nuestras culpas y únenos al Dios de los altares, y la confirmación que nos unge soldados de Cristo, miembros vivos de la Iglesia militante; ambos tres en función, nuevamente, de Jesús-Hostia que viene a nosotros en las comuniones pascales. Y así como estos tres primeros sacramentos miran hacia la Eucaristía y son su preparación, los otros tres, que sacan de ella su luz, se orientan hacia la continuación de la vida eucarística de unión con Jesús: el orden a mantener la filiación apostólica y proveer de obreros a la viña del Señor, para que nunca falte quien, con sus manos ungidas, consagre las hostias del gran milagro; el matrimonio, al bendecir la unión conyugal, nos lleva a dar nuevos hijos a la Iglesia, haciéndonos participantes del poder creador de Dios mismo, y la extremaunción, finalmente, provee de justos a la iglesia triunfante, pues limpia al hombre de las manchas dejadas en él por el polvo del camino, cuando llega el momento maravilloso de su nacimiento a la verdadera vida, en que el alma, rompiendo como una crisálida su envoltura corpórea, se eleva hacia la Verdad y la Vida.

Sirve a todos de ellos de coronación gloriosa y fundamento inmutable el Sacramento por excelencia, la Santa Eucaristía; de la cual los demás sacramentos son, por decirlo así, vasallos, ya que siempre miran hacia ella, sea para servirle de antecedente y preparación, sea para nutrirse como en manantial perenne de gracia y, las más de las veces, presentan simultáneamente ambos aspectos.

He dicho, hace un momento, que, los tres sacramentos primarios (bautismo, penitencia y confirmación) van estrechamente ligados a los tres grandes tiempos del ciclo litúrgico. Veámoslo en detalle. El gran día bautismal es el Sábado Santo en que la Iglesia arroja, en éxtasis de felicidad, sus túnicas de viuda y canta la redención de la humanidad por el triunfo de Nuestro Señor sobre el mundo que lo crucificó, sobre la carne que salvó de la corrupción del sepulcro y sobre el demonio, cuyos esfuerzos, tenaces y siempre renovados, sólo fueron capaces de añadir mayor sufrimiento al sacrificio redentor. En semejante día los Ministros del altar avisan con cánticos tres veces repetidos que en sus manos está la Luz de Cristo, que guiará a través de los tiempos a los que creen en Él y peregrinan hacia la Patria eternal tras el Cirio Pascual, símbolo de Cristo en medio de su Iglesia; con el hermoso canto llamado de las Profecías adoctrinan al pueblo, recordándole la historia de

la Humanidad que anhelaba la venida del Salvador; bendicen y consagran las aguas bautismales por las cuales pasa el hombre que entra siendo barro y podre y sale, no sólo limpio como el paralítico de la piscina de Siloé, sino llevando en sí la filiación divina: hijo de Dios y heredero del Cielo. Era ese el gran momento en que, antiguamente, la liturgia traía al seno de la Iglesia a los catecúmenos para que, con Cristo resucitado, resucitasen a la vida de la gracia.

El sacramento de la Confirmación, que es para la Acción Católica algo semejante a lo que el bautismo es para la Iglesia en general, ya que nos imprime el carácter de soldados de Cristo, de apóstoles de su ley y de mártires de su fe, marcha íntimamente asociado a la tercera Pascua, a la Pascua Roja, a Pentecostés. A esa fiesta solemnísimamente en que la Iglesia recuerda el momento señero en que el Espíritu Santo, en forma de lenguas de fuego, descendió sobre el Colegio Apostólico y dió sabiduría a rudos pescadores, fortaleza sobrehumana a los medrosos apóstoles que habían huído del Huerto de Getsemaní, constancia infatigable a los que no fueron capaces de velar con Cristo, don de profecía a quienes el Maestro debió explicar la parábola del sembrador, intrepidez en la confesión de la fe al que había negado tres veces al Galileo antes que el gallo repitiera su canto, confianza incommovible a los que habían clamado creyendo a Jesús ignorante de las necesidades humanas cuando faltó pan para las turbas y cuando el terror hizo presa en sus corazones ante el mar embravecido. ¡Aquel hato de tímidos corderos recibió el toque del fuego divino y, con sus vellones más albos aun, recibieron las fuerzas del león para servir a Cristo! Tal fué el efecto de Pentecostés en Judea; tal es el efecto de la Confirmación hoy en día...

A la otra Pascua, a la dulce Pascua de Navidad, se asocia el sacramento penitencial, no en forma adusta, sino en tono suave. No es el gran pecador quien se presenta al Juez con sus manos manchadas por la sangre de su hermano, sino el niño cuya virginal pureza ha recibido apenas el leve toque del mal que, como el bozo del adolescente, no tiñe sino apenas sombrea. Es la criatura de siete años recién investida del tremendo don de discernimiento, que le permite dar valor decisivo a sus actos pero que ¡ay!, lo hace también capaz de ofender a Dios; es ese niño quien viene a pedir al sacerdote que en nombre de Cristo, purifique su alma para acercarse dignamente al Santo de los Santos, al Dios de los altares, en el día inefable de su primera comunión cuando Cristo, como un día en el Tabor, rodeado de toda su gloria y majestad se descubre ante sus ojos, habita en él y recibe la súplica acongojada de sus ansias: "permanece con nosotros..."

Y, de nuevo, en estos tres grandes momentos, la Eucaristía aparece como la meta ideal: bautizarse para en-

troncar con Cristo, confirmarse para llevar la luz de Cristo a los demás, regenerarse para vivir unido a Cristo.

* * *

Creo que, a través de lo dicho, se delinea ya, en forma clara lo que significa la liturgia para todo y, muy especialmente, para los miembros de la Acción Católica que, como nuevos caballeros de la Cruz, aspiramos a ser cada día más integralmente católicos para, en calidad de tales, desempeñar la tarea más ruda en la lucha contra el mal, ser las avanzadas del ejército de Dios, cuyo cuerpo central lo forma la jerarquía eclesiástica. ¡No queremos ser vírgenes necias, ni tampoco pertenecer a aquella parte de la Iglesia que, un mordaz sacerdote llamara, agregándola al cuadro teológico, Iglesia durmiente! Formamos parte de la Iglesia militante y debemos luchar por Cristo dentro de nosotros y fuera de nosotros. Son los dos términos del tradicional e inseparable binomio "Ora et labora". El católico, el que vive dentro de la Iglesia y no vegeta en ella, debe, en primer término, volverse hacia Dios y hacer Acción Litúrgica y, en seguida, vuelto hacia el exterior, hacia el mundo circundante, hacer Acción Católica, como incesantemente lo recomendaran S. S. Pío X, el Papa de la Eucaristía, y S. S. Pío XI, el Papa de la Acción Católica, a quienes Dios tenga en su santa gloria.

He dicho que ambas actividades son inseparables, y ahora digo más, no sólo son inseparables, sino que, en buena lógica, no pueden ni siquiera imaginarse como entes diversos; su interdependencia es tal que aparecen ante el raciocinio como las dos caras de una lente, que podemos ver, estudiar y analizar por separado, pero no llegamos a concebirlas aisladas entre sí... En el momento mismo de imaginar tal separación, se nos escapa la noción del todo. Así es la vida católica, quitado su elemento litúrgico o su elemento apostólico, se evapora su catolicidad...

El apóstol de Acción Católica es cooperador de la Jerarquía; es por decirlo así, el último grado de la jerarquía o el primero del laicado; es el puente de unión entre ambos, sirve de prolongación al sacerdote y constituye la floración del huerto parroquial. Por tanto, como apéndice de la jerarquía está más obligado que nadie a vivir dentro de la Iglesia, a sentir con la Iglesia y a participar totalmente de su vida espiritual; esto es, a empaparse en la liturgia, a vivirla momento a momento, a difundirla entre los demás y a tomar en ella toda la parte activa que el ritual permite a los fieles. Mal puede hacerse labor de Acción Católica si ella no va cimentada en el sacerdocio de Cristo de quien nos viene toda potestad; mal podemos ser apóstoles si no llevamos en nosotros la luz divina; mal podemos acercar a los demás a la Iglesia si no sabemos vivir dentro de ella; mal podemos recoger con Jesús si no cono-

ce mos como el Maestro hace la faena; mal podemos guiar si estamos lejos del Camino; mal podemos enseñar si pensamos lejos de la Verdad; mal podemos vivificar si estamos lejos de la Vida...

Nuestra Acción Católica si aspira en verdad a ostentar su carácter fundamental de actividad apostólica y catolicidad, si desdeña construir sobre arena, necesita, como cimiento de piedra, como acicate eficaz y coronación fecunda, una intensa actividad litúrgica de la cual, como los rayos salen del sol, parta nuestro celo apostólico, la luz que nos ilumine el camino y la fuerza que nos haga capaces de la tarea afrontada. El verdadero apostolado, el único fecundo, comienza en las gradas del altar y termina en ellas.

Hace algunos años, cuando era estudiante de leyes, oí una hermosa comparación al ilustre profesor Roberto Peragallo. Nos decía que, a su modo de ver, la vida católica no era sino "una ordenación de los amores" en la cual cada uno tenía su jerarquía subordinada al más alto, así como distintos círculos concéntricos se abrazan entre sí. Pienso yo que, la actividad católica puede ser también comparada a dos círculos concéntricos. El centro lo forma Dios permanentemente presente en la Eucaristía; de este centro se desprende el núcleo englobado en el primer círculo: la vida litúrgica que mira hacia la Eucaristía e irradia de ella su aureola, marcada por el segundo círculo: la vida apostólica o de Acción Católica. El eterno juego de la fuerza hacia el centro y hacia la periferia, que mantiene su vida de equilibrio estable cuando ambas fuerzas son reales y potentes.

* * *

Ahora, en el terreno práctico, cabría preguntarnos ¿cómo puede el católico iniciarse y perfeccionarse en la vida litúrgica?; ¿dónde encontrará el maestro y el guía?

La respuesta es sencilla. Si el núcleo de la liturgia lo forma la Santa Misa y el centro de ella la Eucaristía, es allí donde encontraremos el guía seguro: oyendo la Santa Misa, no sólo los domingos y fiestas de guardar como es obligación mínima del católico, sino úariamente y recibiendo la Sagrada Comunión, no sólo por Pascua de Resurrección, obligación sub-gravi, sino a menudo, ella sea el Pan nuestro cotidiano. Es allí donde se encuentra el pozo inagotable de gracia y lo tenemos tan al alcance de nosotros, que Dios sólo nos pide un poquito de buena voluntad para dársenos por entero. El nos espera incansable, somos nosotros los que siempre encontramos pretextos para no acercarnos al maná que nutre, vivifica y satisface nuestras ansias.

Peró la Comunión hecha con toda el alma y la Misa realmente vivida; no la repetición de actos maquinales, vacuos de contenido interior. La Comunión preparada por un

día en el cumplimiento de las obligaciones y por una Misa seguida atentamente, y la Misa preparada por las oraciones de la mañana y rezada en nuestro misal junto con el sacerdote, alternando con él rezos y cantos.

Estos dos actos sólo nos traerán todo lo demás de vida litúrgica que necesitamos y, poco a poco, sin saberlo casi, tomaremos parte activa, nuestra verdadera participación, en la liturgia, desde la dialogación de la Santa Misa y el canto llano hasta el profundo sentimiento de la vida litúrgica en que, momento a momento y cualesquiera que sean nuestras preocupaciones y afanes, vivamos como verdaderos católicos, vale decir dentro del espíritu de nuestra Santa Madre la Iglesia Católica.

Fernando Rodríguez Pinto.

El mejor tónico cerebral

“FITOSAN”

del INSTITUTO SANITAS

A base de fosforo, calcio
y magnesio.

Todos los textos de estudio. Todos los útiles de escritorio, dibujo y pintura.

MESAS Y TABLEROS DE DIBUJO

CASA ZAMORANO y CAPERAN

COMPAÑIA 1015 y 1019 — CASILLA 362

TELEFONOS: 80726, 80727 y 80728

SANTIAGO

La crisis de la fe racionalista

“Fuí predestinado a negar, aunque tengo un buen corazón y no propendo a la negativa”. — (El Demonio en “Los hermanos Karamazoff”).

I.—La fe del escéptico

Estas líneas vienen a resucitar un debate tan viejo como la historia del cristianismo. Hay un nudo misterioso que ata la vida del cristianismo al corazón de la Humanidad y ejerce sobre ella un poder irresistible de atracción o de repulsión. Se trata de saber si esa doctrina emerge como uno de los tantos sueños infantiles o complicados que ha inventado el hombre en su historia, o si es la verdad absoluta, integral, que ese hombre desea conquistar. En breve se trata de comprender si el cristianismo es razonable cuando plantea a la razón sus categóricas exigencias, o si no es más que una ilusoria imposición de esa temible irracionalidad que persiste en las entrañas del hombre más espiritual.

Cada época ha tenido su forma peculiar de denegar la racionalidad del cristianismo; los impulsos hostiles de donde brota ese rechazo, así como los recursos especulativos han debido variar y aún progresar sensiblemente con el desenvolvimiento de la razón. Y así para estrechar de una vez nuestro tema, podemos decir que el escéptico moderno, el amable negador del Evangelio que habla de Jesucristo con tierna melancolía casi lamentando no poder reconocerlo Dios, es una de las creaciones más típicas del proceso negador que ha obsesionado al espíritu del hombre.

Naturalmente, el escéptico ha aprendido a negar después de veinte siglos de experiencia, ha afinado su vieja dialéctica, ha realizado una maravillosa obra de depuración en su bagaje espiritual para no guardar sino aquellas armas que ha juzgado invulnerables. Qué anticuados deben parecerle los recursos de un Celso, de un Luciano, de un Wirleff de un Erasmo o aún de un Voltaire o de un Hume. Estos cometieron el insigne error de no enfrentarse al nudo secreto del cristianismo, de no destruir su misma posibilidad. Ahora el escéptico ha descubierto esa absoluta imposibilidad, ahora sabe que ese cristianismo envuelve en sus entrañas mismas una contradicción sin paliativo posible. Estamos lejos de Renan cuando decía en su introducción a la Vida de Jesús: “Rechazamos lo sobrenatural por el mismo motivo por el que rechazamos la existencia de los centauros e hipogrifos: este motivo es

que nunca se les ha visto..." Dentro del progreso lógico, de la duda, los escépticos contemporáneos han debido modificar un tanto la rudeza de esa afirmación y ensanchar algo más el campo de lo inteligible, pero siempre cerrando herméticamente las puertas de una posible evasión a lo sobrenatural.

Quiero hacer notar de paso la enorme diferencia entre la herejía antigua, de acento enérgico, franca en su rebelión, y la herejía moderna, rica en matices y distingos, enemiga de la pasión y la lucha hasta propensa a un posible entendimiento con el cristiano más intransigente. El hereje de entonces —y pienso en la Iglesia primitiva o en la del Medio Evo, en el donatismo, en los albigenses o aún en la irrupción del protestantismo—, luchó siempre contra la Iglesia para defender una cierta verdad, oscurecida e ignorada según él por el cristianismo oficial. La voz disidente no tuvo jamás eco sino porque engañosamente respondía a un cierto anhelo latente en el alma de los pueblos, a un hambre insatisfecha de verdad. Así, pues, el antiguo hereje negó siempre la sólida armadura doctrinal de la fe, a nombre de alguna fuerza, de algún valor positivo entrañado en la existencia del hombre y contenido en el depósito de la Revelación. Pero el nuevo hereje niega a nombre de su incapacidad. No puede invocar nada más alto, nada más profundo como la impotencia de su propia razón. Es el único punto en que es conscientemente dogmático, es decir, en que con plena conciencia nos asegura la existencia de una certeza: certeza de que no puede conocerse lo que excede el campo de la experiencia externa o interna, el campo de lo sensible y lo imaginable.

Digo que el escéptico moderno me parece demasiado seguro, demasiado confiado en su negación, para creerlo decididamente escéptico. Y para no sospechar algo, a saber, la presencia de una cierta metafísica subyacente, algo que debe ser vergonzante, pues se lo disimula con tanta obstinación. Negar rotundamente la metafísica, advertía Hegel, es hacer a su manera metafísica, pero ciega e irracionalmente. Es levantar inconscientemente una imagen ya definida de la naturaleza del mundo y del hombre.

El escéptico, para serlo hasta el fin, debiera dudar de su tan categórica negación y guardar silencio. Pero tiene por debajo su metafísica, o mejor, su concepción ya elaborada en sus líneas fundamentales y su fuerza será tanto más vehemente e irresistible cuanto más subsciente e imprecisa.

Se dirá, ciertamente, que esta argumentación es añeja, y que nadie pretende practicar un escepticismo tan indiscutiblemente estéril. Está bien. Lástima tan sólo que sea aquel el único escepticismo coherente consigo mismo, el

único que no introduce subrepticamente en su punto de partida, un postulado, es decir, una creencia, una fe. Este otro escéptico a medias, este verdadero **incrédulo creyente** no se contenta con afirmar: hasta aquí veo y palpo —en esto es incrédulo— sino que agrega, me es imposible ver y palpar más allá. Y aquí comienza su credulidad. Y verdaderamente se necesita una fe robusta para poder entrar en ese mundo que ha creado el racionalismo filosófico moderno, es la primacía de la razón. Es curioso cómo para ble habitación.

II. La razón del escéptico

El primer postulado, el más necesario del hereje moderno, es la primacía de la razón. Es curioso cómo para poder negarla mejor allí donde quiere negarla comienza por exaltarla.

Preciso es reconocer que el racionalismo filosófico, tal como fué desarrollado desde Descartes hasta Kant, siguiendo con Comte y Spencer y su teoría de la razón autónoma, independiente, capaz por sí misma de cumplir las postulaciones teóricas y prácticas de la naturaleza humana; todo esto, digo, ha puesto en las manos del negador un arsenal copioso de perspectivas y razones para ejecutar a conciencia esa exaltación de la razón humana.

Y abro aquí un paréntesis para anotar esta observación que me parece luminosa. El mundo antiguo del paganismo, lo mismo el medioeval, tuvo conciencia que la razón del hombre era cosa frágil, divinamente frágil, expuesta no sólo a la ignorancia por falta de cultivo y adiestramiento, sino también a la ilusión. Era la conciencia clara de que esa razón vivía sujeta en un cuerpo, en una animalidad apasionada, en una clausura dolorosa, donde podía consumir su más puro fuego. Era, pues, la conciencia latente de que esa razón no era plenamente ella misma, visión abierta al universo, si no guardaba y defendía su lumbre contra las potencias irracionales, y si no elevaba en cierto modo su condición nativa. La fe, el dogma, no fué pensado jamás por la Iglesia ni actuó como una opresión de la razón pura, y los esfuerzos para mantener la integridad del dogma, constituyeron sólo tentativas para salvaguardar la integridad de la razón misma. Que en la práctica esto se entendiera mal algunas veces y que se tomara como dogma o verdad, lo que no pasaba de ser opinión humana, todo esto ocurrió y es lamentable, pero en el fondo se luchaba por algo vital.

El racionalista afecta reconocer la indigencia de la razón. Precisamente hará hincapié en este hecho para explicar la existencia de las religiones, sobre todo del cris-

tianismo. El fenómeno de la conversión religiosa, por ejemplo, de un Chesterton, de un Maritain o de un Bergson, le parecerán la consecuencia de esa irresistible fascinación que origina nuestra ansia de supervivencia, o de visión armoniosa, sobre todo cuando los valores vitales en la etapa de la senilidad inician su agotamiento.

Sin embargo, este mismo racionalista alzará su irritada voz para protestar contra la intransigencia de la autoridad eclesiástica, y la existencia de normas restrictivas y prohibiciones, en fin, contra todo lo que de cualquier modo limita, no digo la libertad del pensamiento, sino su inconsistencia, aunque no sea sino por una imposición moral o una directiva intelectual. Todo esto sin duda apoyado en el ingenuo optimismo de que la razón sola hallará siempre la manera de rectificarse a sí misma y hacer posible su función directriz. Podríamos aconsejarle aquí una estadística siquiera imperfecta para que cotejara el número de casos en que la razón libre se ha rectificado a sí misma, y con el de los casos en que ha persistido en su dirección original. Pero como este tema exige especial atención, lo dejo para más adelante.

Decíamos que el racionalismo había proporcionado al hereje un rico material para justificar sus negaciones. Digo que ha proporcionado, sobre todo, esta noción-clave, a saber que el espíritu es un círculo cerrado sobre sí mismo, vale decir, sobre sus propias subjetivas impresiones. No pertenece a este lugar la determinación exacta de este punto de partida y las muy diversas interpretaciones que ha recibido en las múltiples corrientes de la filosofía moderna. Basta por el momento desenvolver una honda consecuencia que por lo demás está explícitamente reconocida en filosofías tan antagónicas como las de un Hegel y la de un Stuart-Mill.

Me refiero a la imposibilidad de justificar el valor incondicional y necesario de los principios supremos de la razón. ¿Qué significará exactamente para un Stuart-Kill o un Spencer la necesidad de la identidad consigo mismo y de la no contracción? Dejemos al mismo Stuart-Kill que responda: "Las ciencias deductivas, dice, presentan verdades necesariamente deducidas de sus axiomas y definiciones; pero tales axiomas no son verdades necesarias, sino generalizaciones fundadas en una experiencia obvia y superabundante". (Sistema de Lógica, Cap. VI n. J.) ¿Qué pensará a su vez un Hegel o un Brunschvig de esos mismos axiomas? necesidades circunstanciales, dirán, a que está sometido nuestro entendimiento y de las que luego, en una etapa superior de progreso, tendrá que desprenderse. "En el cambio se manifiesta la contradicción interna que es inherente a la existencia y que estimula la existencia a

ir más allá de sí misma". ("Lógica", Hegel. XCV). Y entonces la pobre razón no tiene más ocupación razonable, si no, o la de acumular hechos de experiencia, o la de intentar alguna elaboración estética o práctica sobre ese mundo sin dimensiones e inmensamente monótono.

El racionalismo sólo puede responder a esta ilación de dos maneras. Puede aceptar como un hecho lamentable que la razón humana sea incapaz de justificar sus principios, pero que es forzoso admitirlo y cortar sin piedad todo optimismo.

Pero entonces se le dirá que su razón no es razón, es una mera prolongación de la experiencia sensitiva, puesto que sus aseveraciones no están basadas en evidencias, sino en instintos o hábitos mentales desprovistos de objetividad. Es inútil, por cierto, discurrir con una razón que no tiene sino certezas particulares y carece, por tanto, de cualquier criterio general. O bien el racionalista dirá que esos principios son absolutos y como tales basados en una evidencia, pero entonces el mismo irá a desembocar, sin darse cuenta, a esa aborrecida metafísica y abrirá una puerta para la posibilidad de lo sobrenatural ¿no es acaso su postulado fundamental la imposibilidad de la razón para conocer los objetos supra-sensibles? Pero se acepta una evidencia del valor incondicional de esos principios, acepta inevitablemente una evidencia que versa sobre algo independiente de cualquier contingencia especial y temporal y admite, por consiguiente, una certeza que se refiere a un objeto formalmente supra-sensible.

He aquí, pues, esa pobre razón racionalista incapaz de mantenerse lógicamente en el círculo por ella misma descrito. Y la tragedia de esa razón es esta: querer fijar dogmática y definitivamente sus fronteras, manteniendo la impotencia radical de reconocerse a sí misma como esencia. Está ciega para sí misma, y sin embargo, pretende estar segura de su horizonte. Y así es parecida al niño tan fascinado por su oscura sombra, tan pegado a la tierra, que no quisiera saber de su propio cuerpo.

Esta contradicción insoluble está en el fondo de la razón escéptica y es su debilidad incontenible. Brota límpidamente en esos momentos críticos cuando se esfuerza por justificar su actitud, y sin embargo, siente que huye todo asidero. Cuando quiere socavar la demostrabilidad de Dios siente necesidad de acudir al criterio de la autoridad humana. Dirá, por ejemplo, que los más grandes genios del pensamiento no han estado unánimes sobre la especie de demostración válida. Cuando quiere a toda costa identificar los misterios del dogma con las afirmaciones contrarias dirá que es inconcebible una substancia distinta de la cantidad, una personalidad distinta de la naturaleza específica. Esas diferencias no se ven, no se palpan; por eso ni

existen, ni pueden existir. Sólo una razón muy enferma puede sentirse tan necesitada de los ojos y de las manos.

Sin embargo, lo inesperado y chocante es que ésta tan exesiva discreción especulativa, se transforme de repente en una certidumbre superior a toda vacilación. Teóricamente tan modesto en coartar el movimiento del espíritu, cuando se trata de abatir un dogma cristiano, topa siempre en tierra sólida y está seguro. Está seguro, por ejemplo que la substancia y la cantidad de los cuerpos son idénticos, seguro que persona y naturaleza son inseparables y sólo idealmente distintos, está seguro también que la paternidad y la filiación implican una sucesión en el tiempo. Está igualmente seguro de que el concepto de infinito excede totalmente la razón y no corresponde a nada; seguro también de que el principio de razón suficiente se opone a toda libre determinación: está seguro de las leyes inexorables y ciegas de la naturaleza. En fin, está seguro que una inteligencia no puede ser inspirada por otra a manera de instrumento. Y cuando este escéptico original toma la Biblia entre sus manos, es imposible llevarle una estadística del número de certezas filosóficas y éticas que van aflorando en su espíritu, a medida que avanza su escepticismo. Me parece que se necesita una formidable metafísica o mejor una formidable pseudo-metafísica para poder cosechar tan ligeramente evidencias que escapan a un Platón, a un Aristóteles, a un Beilrvize, a un Bergson, a un Scheler y a tantos otros genios que venera el escéptico.

He hablado de pseudo-metafísica, diría mejor de pseudo-filosofía. En toda esta frondosa tentativa de negación no hallaremos vestigios de honda y penetrante intuición que caracteriza el trabajo del genio, esa precisión, ese rigor de formulación, y esa coherencia interna que es el único signo del saber auténtico, de ese saber, que no se pierde en el terreno incierto de las significaciones inmediatas encuadradas con la fácil imaginación.

Observaré por fin el pueril concepto de misterio que se hace el escéptico y que utiliza contra los dogmas del cristianismo. Según él un misterio para no ser absurdo no debe provocar ni siquiera dificultades, ni siquiera contradicciones aparentes con las intuiciones inmediatas de la razón y el sentido. Es sólo misterioso lo que aparece como no conocido, pero no puede ser misterioso, sino absurdo, lo que, además de no conocido es naturalmente inconocible. El escéptico quisiera que el criterio supremo de la posibilidad de algo, fuera nuestra facilidad de concebirlo. Y así, dogmáticamente supone la razón humana en su forma inferior de conocimiento como el criterio absoluto, supremo para juzgar los demás conocimientos. Allí don-

de no cabe una evidencia empírica o matemática o su posibilidad, no puede haber sino absurdos. Y sin embargo, ese mismo escéptico nos hablará muchas veces de la cautela para no dejarnos arrastrar por las apariencias de los sentidos o las solas exigencias de la deducción matemática. Aceptará la existencia de tantos "irracionales" y aún se complacerá en oponerlos a la razón. Pero, ¿acaso estos irracionales son menos existentes por no ser evidentes al sentido o la intuición matemática? Acaso no desafían aparentemente esas evidencias sencillas y se hacen irreductibles a las mismas? Aceptar como posible sólo aquello que es verificable en alguna imagen, o en algún hecho, es pura y simplemente aherrar la razón y suponer gratuitamente, por la más tiránica y reaccionaria suposición, que las esencias de las cosas han de imitar servilmente al mundo de nuestras apariencias.

Después de esto, todas las contradicciones que el escéptico cree ver allí donde previamente ha declarado no ver nada, resultan pueriles. Cuando dice que las tres personas son incompatibles con la unidad de subsistencia, está pensando solamente en el tres y el uno de la tabla de multiplicación: Cuando afirma que le es imposible a un cuerpo estar a la vez en múltiples lugares, está pensando en esa silla que él nunca ha percibido compenetrada con otra silla. Cuando enseña que el hombre no puede ser libre si Dios lo mueve, piensa solamente en la posible libertad de una bicicleta movida por sus pies. Pero todo esto no puede probar otra cosa sino que usa una razón extremadamente pálida y además algo terca, pues ama su propia debilidad en tal forma, que aborrece salirse de su indigencia y dilatar su breve espacio siquiera en esperanza.

III.—El corazón del escéptico

"Revélame, oh genio bueno, a mí a quien amabas, esas verdades que dominan a la muerte, detienen el miedo y casi hacen amarla".

Ernesto Román.

Grito extraño, absurdo. Esas verdades que dominan a la muerte, el racionalismo ha debido pulverizarlas, convencerlas de ilusión. Uno piensa en ese sueño del Paraíso eterno y de la supervivencia dichosa, uno piensa con Unamuno que solamente verdades de este peso pueden neutralizar el miedo a la muerte y hacerla amable... Pues, nada. El escéptico ha logrado cautivar tan diestramente esa comezón de los deseos, esa pasión de inmortalidad y bienaventuranza, ha hallado tan espléndidas compensaciones en esta existencia, que con sólo eso ha conseguido casi

hacer amable a la muerte. Debo acentuar este casi porque, sin duda, Renan, al colocarlo, deja hablar la sinceridad de su corazón.

A la conciencia del escéptico se le presenta aquí este inesperado fenómeno, que tiene un corazón, una afectividad dolorosamente sensitiva: y que este corazón no parece conformarse tan luego con el mediodía terrestre que puede ofrendarle su señora o tirana razón. Qué sutiles y tortuosos empeños ha debido gastar esa razón para anestesiar un poco su corazón. Mejor diríamos, qué estériles esfuerzos para domar el hambre de eternidad. Sólo un escéptico como Renan puede decir, y esto lógicamente en su actitud, que la verdad es triste.

La razón escéptica debe aceptar este hecho: el hombre quiere eternidad; y lo acepta para explicar el origen de las religiones, el mecanismo de ciertas conversiones religiosas y otros fenómenos. Pero, al aceptarlo, ¿qué otra cosa podría hacer? Contradice su mismo punto de partida: su postulación más esencial. ¿No se debe aceptar como real sino lo razonable, lo reductible a una evidencia? Pues, ¿qué puede haber más absurdo como un corazón que desea lo que es imposible pensar? Porque, en fin, para la razón escéptica la inmortalidad de un espíritu, la infinidad de un Dios, son rigurosamente inconcebibles.

Es así como el racionalista no entiende su corazón ni ese viejo corazón de la Humanidad. Sobre todo, no explicará nunca ese extraño poder de fascinación que posee la apetencia sobre la razón y que le ha hecho inventar tantos mitos, tantos juegos de fantasía, en fin, tantos paraísos de ultratumba.

¿No dan ganas de pensar que si la razón es tan cerrada, más vale créerle al corazón y que en el fondo éste sabe más que la otra y que ve más? Así pensó Unamuno; y era la férrea lógica. Pero el escéptico no puede aceptar esta solución. Nos dice que siente brotar de quién sabe qué meandros de su persona una necesidad de verdad, una aversión a la ilusión. Y se queda en su negación. ¿No será acaso él el iluso en su universo horizontal, no será que habrá elevado sus ojos y ahora está fijo en su verdad, como si ella fuese un islote perdido en la nada?

Pero, además, el escéptico se transforma en este punto en un sentimental. Se es imposible establecer un ideal de acción, una norma imperativa de conducta; en una palabra, una ley, a esa su humanidad y a la humanidad que gime. Porque esa ley, cualquiera que fuese, ¿qué valor tendrá para un hombre que ignora implacablemente su finalidad y su destino?

Así debiera ser, y así lo confesaron aquellos escépticos férreos que fueron Hume, Stuart Mill y Spencer. Pero nuestro escéptico toma un sesgo inopinado. Naturalmente,

el cristianismo como empresa divina ha fracasado, según él. Pero es también una empresa humana, es decir, la gran tentativa de la historia para alzar el nivel del hombre. Y así el escéptico crea a su arbitrio un reino de valores cristianos: es decir, de objetos que deben ser perseguidos para el bien del hombre. Por ejemplo, nos hablará de la fraternidad, de la compasión humana, de la dignidad del hombre y sus derechos frente a la autoridad política o religiosa. Hago notar de paso la confiada utilización de estos valores considerados como supremos, para probar la crueldad moral de ciertos dogmas, como el del pecado, el del infierno, el de la predestinación. Hago notar, en fin, y esto resulta verdaderamente asombroso, que el tal escéptico no cree en la libertad psicológica, sino en el determinismo más riguroso. Tenemos, pues, aquí el fenómeno curioso de alguien que nos habla de los derechos inalienables del hombre, sin saber exactamente por dónde y en qué medida el hombre es superior a la bestia. Nos habla también de la obligación de amar al hombre como hermano y compadecerlo; sin por eso dejar de negar la incapacidad del hombre para amar libre y desinteresadamente. Este amor y esta compasión me son demasiado sospechosas, y al querer conciliarlas con esa flaca idea del hombre que se ha forjado el escéptico, no puedo menos de pensar que esa compasión cuando no es simplemente un egoísmo anticipador y previsor, no pasa de ser un simple reflejo psíquico, una reacción de autómatas, vacía de contenido e intención y animada por un resentimiento oculto: como agudamente la ha analizado Max Scheler en "El Hombre del Resentimiento".

Y así sucedió lo inevitable: el corazón del escéptico ha vencido a su razón, exangüe. Sin embargo, frente al cristianismo él apelaba únicamente a esa diosa razón, severa, inexorable, marcando a cada instante términos infranqueables. Lo que él reprocha a Kant por haber alzado esa razón práctica al servicio del corazón, contra la razón pura, eso mismo, él, sin querer, lo realiza al levantar un reino de valores que no tiene más base que su apetencia secreta. Todo el escándalo que padece su sensibilidad moral cuando nos habla de las vejaciones de la Iglesia contra los derechos del hombre, todas sus quejas por la crueldad del dogma católico, del infierno, todas sus invocaciones a los ideales humanitarios, no se justifican en ninguna evidencia, en ninguna necesidad. ¿Que esos ideales son imprescindibles para el progreso de la humanidad? ¿Que se requieren para la tranquilidad y bienestar de la ciudad humana? Todo esto es inmensamente problemático en la perspectiva del escéptico. Y aunque se concediera esto, ¿qué obligación cabe, qué vínculo puede atarme para impulsar el progreso

de un rebaño de animales ciegos sobre su destino, ciegos sobre su origen? Me parece que en este punto Nietzsche discurría con más sinceridad y coherencia.

Pero, si examinamos todavía más detenidamente esta ética de la razón escéptica, hallaremos en el fondo un extraño trastorno de valores. Lo que mueve al escéptico a construir su mundo de valores supremos, es sencillamente un instinto, en sí sano y legítimo, pero que aislado artificialmente en la estructura afectiva del hombre, se convierte en monstruosa.

Lo que en el fondo valoriza el escéptico y constituye como supremo en el hombre, es su **vida animal**, su subsistencia orgánica, o en el caso más elevado, el bienestar, el reposo psíquico-fisiológico del hombre. Todo lo que da algún modo puede vulnerar este reposo es el mal absoluto, el sólo gran pecado de que podemos hacernos responsables. Será un crimen hacer sufrir a un delincuente o a un pecador por la transgresión del mandato divino, sobre todo si lo es con un castigo eterno. Pero no será crimen hacerlo sufrir por impedir el orden público de la ciudad. Será crimen atentar contra la vida de un honesto ciudadano o aún contra sus caprichos más irracionales, pero no será crimen atentar contra la salud y vitalidad de su inteligencia, o contra la rectitud de su voluntad, con tal que esto se haga discreta y prudentemente. Ninguna ética me parece más sinceramente asentada en el instinto ciego, en el sentimiento egoísta y utilitario como esta cómoda ética construida mágicamente por el ingenio previsor del escéptico. Pero, quedémonos seguros: de todo esto no podía brotar la menor sombra de ese imperativo categórico, estéril ensueño de todas las éticas sin Dios ni alma.

IV.—El jardín de Epicuro

Todavía no hemos dado con el secreto íntimo del escéptico, con esa su raíz afectiva, más luminosa que todas sus vacilantes objeciones.

Es demasiado fácil interpretar el rechazo del cristianismo como una simple rebelión de la sensualidad o del orgullo contra una ley excesivamente dura. Tal vez esto era lo que aguardaba el escéptico de nuestra parte; y por eso estaba prevenido. No, él no es un cobarde, un sensual, menos aún un presumido. Él ha escrito ya su propia apología y ha podido establecer una neta superioridad de su conducta al parangonarse con los ejemplares más altos de la santidad.

El escéptico nos dice que el santo, en el fondo, es siempre un alma interesada, prisionera del más sutil egoísmo: ¿qué otra cosa podría ser la caridad sino un egoísmo con telescopio? Pues el santo no se fatiga en vano esperando

como espera una recompensa definitiva a sus trabajos. El único héroe auténtico es el escéptico. Nada espera, no obra para ganarse un premio, sino para obedecer a su razón demasiado cruel. Ha rechazado las ilusiones a las cuales vive amarrado el creyente; ha debido renunciar a la esperanza del más allá que anima al santo y le impulsa. Su razón le exige el más 'acerbo' de los ascetismos: seguir un camino breve que puede desembocar en la nada.

Sin embargo, a poco de indagar el escéptico que ha asumido su rol de héroe, va descubriendo un cuadro algo menos negro para su existencia. Hay satisfacciones en esta vida, deleites corpóreos y espirituales, y todos ellos juntos, bien ponderados, le van a proporcionar esta consoldaora conclusión: la vida vale la pena de ser vivida. Nuestro héroe, por muy héroe que sea, no se ha contentado con su austero heroísmo, y ha descubierto algo más positivo: comer, beber, amar, investigar apaciblemente la verdad, gozar las fugitivas bellezas de este mundo, etc.

Y con esto hemos vuelto a Epicuro y hemos penetrado en su jardín de delicias, ¡único que nos queda después del otro jardín perdido! Pero no se trata aquí de ese Epicuro grosero que ha imaginado el vulgo, sino de otro más refinado, más espiritual y moderno, que ha sabido conciliar los placeres del vientre con los de la especulación y contemplación más serena. Todo lo que el hombre racionalmente puede desear es este goce tranquilo, hasta que se apague la frágil llama que arde en sus venas.

Me explico que la visión de este jardín puramente humano, aunque acabe en agonía, pueda obsesionar y turbar la visión más segura de sí misma. Y que de esta apetencia brote el horror subconsciente al cristianismo, a su Cruz y a su Dios que exige con vehemencia, no hay más que un trecho breve. No pretendo que sea siempre un proceso consciente el que se verifica en el alma del escéptico y le allana el camino a sus construcciones teóricas. Pero, no olvidemos este principio eterno que el mismo escéptico tantas veces aplica a los demás y que debería aplicar para explicarse a sí mismo: lo que deseamos ardientemente acabamos por creerlo verdadero.

Sin embargo, esta atracción positiva que ejerce el ideal terrestre, es por sí sola insuficiente para explicar el proceso del escepticismo en almas más complejas y espirituales. Me parece que en el escéptico se da el caso de un **miedo vital**, verdaderamente patológico a la muerte, al sufrimiento y, más que nada a la responsabilidad. Aldous Huxley nos ha pintado magistralmente en "Los esclavos en la noria", tras el tipo de Anthony, la figura de esta alma que rehuye doquiera el compromiso, es decir, la entrega de sí mismo a otro, el acto de amor que nos ata a

alguien fuera de nosotros mismos y rompe el ritmo subterráneo de nuestro amor egocéntrico. El mundo del escéptico, con sus vallas estrechas, nos parece triste por su pobreza y su carencia de horizonte: es el mundo de un hombre apocado, porque le está vedada toda altura, toda unidad y toda esperanza. Pero, lo sugestivo es que este mundo sea el único que pueda apaciguar al corazón que ha rehuído toda responsabilidad y se ha negado a todo amor. Es el mundo en que nadie ama a nadie, ni al hermano que sufre, ni a la Belleza que arde sin consumirse... Es simplemente el mundo donde el goce de sí mismo, la voluptuosidad de poder amarse solitariamente, está tan colmada, que el terrible, el verdadero amor al Otro no tiene un rincón para gemir en el corazón del hombre. Y la sola definición que queda para ese espantoso universo, es esta: el universo donde es imposible amar.

Me parece difícil que los factores indicados no influyan preponderantemente en la gestación del alma escéptica. Pero, si nos referimos en concreto al escéptico que ha conocido el cristianismo y aún lo ha vivido sinceramente, podemos suponer que por encima de esos dos factores ha actuado un tercero, a saber: una enorme incomprensión de las exigencias íntimas del Evangelio, una total ignorancia, obra de los prejuicios y la educación, de esa honda e incommunicable libertad a la cual sólo pueden dar acceso no las verdades cualesquiera, sino la Verdad con mayúscula, la Verdad substancial, esa misma que fué carne de amor y sangre silenciosa para despertar al hombre a la profundidad de su destino.

A LA HORA DE ONCES

ENCONTRARA UD. UN AMBIENTE TRAN-
QUILO Y AGRADABLE EN

“LA NOVIA”

HUERFANOS ESQ. DE AHUMADA

Panorama mundial del catolicismo contemporáneo

Nuestro siglo marca una de las revoluciones más formidables de la historia. Pío XI se gloriaba de haber vivido en él, porque pocas veces como ahora se habían ofrecido al hombre problemas más difíciles y un campo más amplio donde ejercitar su influencia.

Estamos en plena guerra. Cruel como pocas. Cada día grandes territorios son destruidos por la aviación, mientras familias enteras quedan en la calle, sin vestido, sin comida... Los nervios de toda esta generación de combatientes van a quedar lesionados por el continuo sobresalto en que viven.

El mapa de Europa ha sido completamente transformado, y ¿se ha pensado en la justicia, en el cumplimiento de la palabra empeñada, en los derechos que tienen las naciones a su libertad y autonomía?

ORIENTACIONES FILOSOFICAS.— Pero más destructora que la guerra material es aún la guerra espiritual: el choque de ideologías. El comunismo, mística religiosa de la materia, ateísmo absoluto, negación de todo valor espiritual, está dominando una inmensa región de Europa y desde allí, penetra en todos los países, incluso en el nuestro, como la más formidable Quinta Columna, destructor de todos los valores cristianos. En México y en España, mientras tuvo influencia en la vida pública, proscribió la religión, asesinó sacerdotes, incendió las iglesias, hizo atea la enseñanza. En México inició una campaña sistemática para pervertir las costumbres: la educación sexual más descarada fue introducida en todas las escuelas en forma horriblemente realista (1).

Las teorías filosóficas que profesan el racismo y los sistemas totalitarios auténticos, con apariencia de mayor cultura, de sabiduría occidental, encierran un fondo tan pagano y tan materialista como el comunismo, con el agravante que el veneno está más disimulado bajo vocablos tradicionales pero que expresan conceptos totalmente diferentes de los de la filosofía cristiana. Una filosofía que tiene como razón suprema justificar el triunfo de una raza determinada, "que niega todo valor a una idea ética que puede constituir un peligro para los pueblos de raza superior", es fundamentalmente anticristiana. Desconoce el valor del espíritu,

(1) La revista argentina "Criterio", 25 de enero de 1941, se refiere a la campaña desmoralizadora de México. Afirma con documentos "que las escuelas secundarias, salvo muy pocas excepciones, con la coeducación no son otra cosa que centros de perversión para los jóvenes de ambos sexos". La educación sexual se practica con todo lujo de detalles ante niños y niñas juntos. En cierta escuela, la directora descubrió que todas sus alumnas, jovencitas de 15 a 20 años, tenían tarjetas de salubridad para ejercer clandestinamente la prostitución. Un diario mejicano en su editorial afirma: "En nuestro hospital de Morelos, quien quiera puede convencerse de una realidad en extremo dolorosa: la mayor parte de los asilados son adolescentes".

la dignidad de la persona humana, el valor absoluto de la religión y de la ley moral, fundada en la existencia de un Dios trascendente. Lógicamente, estas filosofías justifican la esterilización y todos los medios que tiendan a asegurar el predominio de la raza. ¿Se ha llegado en algunos sitios a los excesos de una política racial poligámica? Es dudoso, pero esta aplicación fluye lógicamente de los principios racistas.

Por eso el Sumo Pontífice ha elevado su voz contra la concepción pagana moderna del Estado, y la Congregación de Seminarios ha condenado las principales proposiciones de la filosofía racista.

El fondo general de la filosofía moderna es el materialismo agnóstico, el pragmatismo o utilitarismo y el relativismo. Sus tesis fundamentales son la negación de los valores espirituales, la incapacidad de la mente para alcanzar una verdad que no sea de inmediata experiencia; el criterio de utilidad como norma de verdad en tal forma que llegan algunos utilitaristas a afirmar que algo es verdadero si es útil, que la verdad es variable y relativa según las satisfacciones que acarrea. Estos son los conceptos con que filósofos norteamericanos desde James a Dewey vienen plasmando la mentalidad de la moderna generación.

RECRUDECIMIENTO DE LA MORAL PAGANA.—Este materialismo agnóstico en religión junto al pesimismo que ha pesado sobre el mundo estos últimos 20 años, han sido los grandes responsables de la pérdida gradual de las costumbres. Los jóvenes europeos han crecido con la convicción que iban a servir de carnaza en una guerra que nadie podía atajar; y en ello tenían razón. En esta situación, habiéndose perdido los valores que dieran un sentido al sacrificio, no quedaba otro camino que el de abrir las compuertas al placer, y darse a la vida fácil, despreciando los llamados "prejuicios de moral y de religión".

En este punto se ha llegado a extremos inauditos en Europa y en América, ostentándose la impudicia más repugnante en representaciones teatrales y espectáculos groseros que habrían ofendido en tiempos del paganismo romano. El deceso de la natalidad en algunos países es alarmante (1).

Manifestación palmaria de tomar el goce y suprimir el deber. De ello se ha quejado recientemente el Mariscal Petain, atribuyendo la derrota francesa al ansia de jolgorio, de vida fácil, a pedir y no dar. El número de divorcios es alarmante. Así en Alemania, hace 60 años, sobre 100.000 matrimonios, había anualmente 80 divorcios; hace 30 años, 133; hace 15 años, 278. En 1925 había, pues, 36.450 divorcios al año, cifra que debe ha-

(1) En Francia la familia bajo Francisco I tuvo 7 hijos como término medio; 4 bajo Napoleón; 2 en el siglo pasado. Ahora en muchas regiones no cubre siquiera el número de defunciones. El mismo problema se ha comprobado en Alemania e Italia, con la diferencia de que la política nacional de estos países ha fomentado la natalidad por motivos bélicos y económicos. La baja en la natalidad está en íntima relación con la pérdida de las convicciones religiosas, como se puede comprobar en países como Bélgica, que tiene zonas muy diferentes en su vida religiosa y también en su natalidad.

ber crecido enormemente estos últimos años. En Francia han llegado los divorcios algunos años a 32.557 (1).

El número de abortos declarados es alarmante. Este crimen de homicidio, tan real como cualquier otro homicidio, se comete centenares de miles de veces cada año por padres desnaturalizados que no se horrorizan siquiera de la monstruosidad que han hecho. El Dr. Clement (2) estima que en Alemania llega casi al millón el número de abortos que se ejecutan cada año, de manera que puede admitirse que la mitad de los seres en camino de la vida no llegan a nacer por el crimen de sus padres. Esta proporción pavorosa se repite en otros países. En Chile según cálculos de médicos conocedores del problema, se estiman en 50.000 los abortos anuales.

Todos los moralistas sanos se quejan amargamente de la relajación de las costumbres y piden una reforma seria, si no se quiere que perezca la sociedad. Alexis Carrel en un bien meditado artículo resume así la mentalidad moral contemporánea: "Todo ha sido demasiado fácil para la mayoría de nosotros. Todo viviente ha ambicionado una existencia de fin de semana inglesa; unas vacaciones de jueves a lunes, con un mínimo de esfuerzo y un máximo de placer. Las diversiones han sido la aspiración nacional; "darse buena vida", nuestra principal preocupación. La vida perfecta como la entienden el promedio de los jóvenes y adultos, es sucesión de diversiones: películas, programas de radio, fiestas y excesos alcohólicos y eróticos. Este sistema de vida indolente e indisciplina ha agotado nuestro vigor individual... Nuestra gente necesita con urgencia nuevos aportes de disciplina, de moralidad y de inteligencia. En el siglo XII los estudiantes caminaban más de 150 kilómetros para escuchar una conferencia de Abelardo. Hoy día, la gente joven se apoltrona en un cine para ver una película tonta o busca el estímulo enervante al son de una orquesta radiofónica. Este notorio derroche de la vida en los años de su fundación no mueve a los padres a protestar contra ellos como debieran. Es cosa que consterna. En tanto que recios problemas políticos y sociales son como alimento que pide vigorosa masticación, las inteligencias de toda una generación, la llamada a resolverlos, causan la impresión de una boca donde las caries han ido apoderándose de la dentadura que dañó la falta de uso" (3).

APOSTASIA DE LAS MASAS.—Una de las causas más profundas del recrudecimiento de la moral pagana es la pérdida gradual de la fe en las masas. "El gran escándalo del siglo XX es que la Iglesia haya perdido la clase obrera", decía con profundo dolor S. S. Pío XI al fundador de la J. O. C., canónigo Cardyn.

Las preocupaciones de orden material se han adueñado de las masas. Salir de su pobreza, a veces de la miseria, ha sido su interés dominante. Las preocupaciones espirituales han ido poco a poco relegándose a segundo término. Y cuando los proletarios se han dirigido a los intelectuales, en busca de solución, los han hallado dominados por un subjetivismo agnóstico heredado de

(1) La Crise du Mariage, p. 146, Association du Mariage Chrétien.

(2) Contra la Aparición de la Vida, p. 114, Barcelona, 1936.

(3) Selecciones, Dic. 1940, pág. 1.

Kant, que provocaba en ellos escepticismo o al menos frialdad religiosa. Los obreros que aún son cristianos guardan su fe como una tradición de familia, como un sentimiento, no como una vida que se adueña de ellos.

Las doctrinas de Marx han recibido innumerables adherentes durante el último siglo. En 1929 la Sagrada Congregación del Concilio hacía notar al Arzobispo de Lille que "los progresos sorprendentes del socialismo y del comunismo y la apostasía religiosa consecuente, son hechos incontestables que nos invitan a una seria reflexión" (1).

El P. Robinot Marcy, de la Acción Popular de París, se pregunta con agustia: "¿En la actualidad son fieles a sus deberes religiosos, más del 2 o 3 por ciento de los obreros?" La respuesta es muy dudosa... Las barriadas excéntricas de París apenas reúnen los domingos entre hombres, mujeres y niños, un 5 o un 6 por ciento de los fieles. Un buen número de obreros ni bautizan siquiera a sus hijos (2).

La actual guerra ha confirmado una vez más que el pueblo francés tiene un fondo elemental de cristianismo, pero sin prácticas religiosas. Este terrible azote no ha vuelto al catolicismo a un pueblo que ya se había alejado de Cristo. Ni siquiera ha despertado en la masa francesa ese movimiento ferviente hacia los sacramentos que señaló el comienzo de la guerra de 1914. Los recuerdos cristianos de la mayor parte están hoy muy lejanos (3).

Los sacerdotes soldados han sido repartidos en todos los regimientos, compañías y pelotones del ejército. Su uniforme los ha puesto en íntimo contacto con la masa y su presencia despierta entre ellos en general una franca simpatía. Pero como afirman concordes la mayor parte de los sacerdotes, hay una enorme barrera de ignorancia, de indeferencia y de prejuicios que los separa de sus compatriotas. ¿Qué pasa entre los soldados jóvenes de 25 a 38 años, los que no pelearon el 14? Casi todos son casados pero muy raros los que tienen tres hijos y se felicitan públicamente de haber preparado pocos hombres para la carnicería próxima... Y no es generosidad la que falta a estos soldados: la tienen. Lo que les falta es un ideal. Un ideal superior que les haga ver que esta vida no es más que el primer acto del drama supremo. Cuando comprendan que enviar al mundo un cristiano es hacer un ser feliz, habrán hallado el gusto por la vida. A las misas de Navidad celebradas a medianoche en el frente de batalla asistieron casi todos los soldados; muchos se conmovieron; algunos lloraron al oír el mi "nuit chrétiens", pero todo no pasó de ser un bello espectáculo, no un acontecimiento religioso, pues hubo pocas confesiones y comuniones. Con todo un gran paso se ha dado: se ha separado el catolicismo de la política y los franceses comienzan a comprenderlo.

El pueblo está más cerca de volver a Cristo después de haberse desengañado del ideal comunista. Lo que podrá levantarlo es una religión que le muestre con los hechos más que con las palabras que la vida tiene un sentido y que éste lo han hallado los católicos. A estos se les exigirá la prueba de una fidelidad

(1) Dossiers de l'Action Populaire, p. 983, 15 Sept. 1929.

(2) R. Marcy.—Ante la Apostasía de las masas. Pág. 8. Madrid, 1932.

(3) Etudes, 20-III-1940, Ce que vaut la religion du Peuple Français.

Intransigente a su conciencia y el cumplimiento de su deber en una atmósfera de caridad cristiana.

Refiriéndose a Bélgica, el Padre Arendt, el conocido sociólogo colaborador de todos los grandes movimientos en pro de los obreros, dice que de un millón ochocientos mil trabajadores industriales belgas hay unos 50.000 obreros y obreras entre los 14 y 21 años que yacen en profunda miseria religiosa y moral. La mitad de éstos frecuentan las escuelas católicas, pero en muchas localidades las nueve décimas partes de los jóvenes trabajadores abandonan a la edad de 16 años las prácticas religiosas. Estadísticas detalladas han dado a conocer que en muchas provincias walonas sólo el 2 por ciento de los jóvenes obreros de 20 años cumplen regularmente sus deberes religiosos. Hacia los 17 años abandonan el patronato declarando que no quieren ser tratados como niños. Esto ha cambiado mucho, es cierto, estos últimos años con la formación de la J. O. C., obra providencial para la regeneración de los jóvenes trabajadores.

En Alemania, afirma el Padre Will (1) que han apostatado de la Iglesia entre los años 1919-1930 cuatrocientos mil hombres. Es un número que basta para formar una gran ciudad. En el mismo período egresaron de la Iglesia Protestante 2.100.000 de hombres. En la sola ciudad de Viena abandonaron la Iglesia durante estos mismos años 145.000 hombres. El cisma de la Iglesia en Checoslovaquia hizo que un millón quinientos mil pasaran a engrosar las filas de la Iglesia Nacional o bien apostataran de su religión.

En Inglaterra un interesante artículo del Padre Francisco Hoodlock (2) nos revela que hay en el Imperio una crisis de cristianismo. "Al presente el pueblo inglés es un pueblo religioso sin religión... Una obscuridad se ha echado encima de la tierra, obscuridad la más profunda que recuerda nuestra historia". El señor C. E. M. Joad, profesor de filosofía en Londres, hizo una encuesta entre sus alumnos con estas dos preguntas: ¿Cree Ud. en Dios? ¿Si no tiene creencia, ha sentido alguna vez la necesidad de tenerla? El informe del profesor nos hace saber que la totalidad de sus alumnos eran ateos. Sólo una niña — dice — afirma que de vez en cuando siente necesidades religiosas, cuando las cosas no le resultan bien. El mismo profesor interrogó a un grupo de 20 estudiantes de los dos sexos de 20 años de edad aproximadamente, cuántos de ellos eran en verdad cristianos. Sólo tres declararon serlo; siete afirmaron no haber pensado nunca sobre esta materia, mientras los diez restantes eran francamente anticristianos. De los 20 jóvenes de la encuesta sólo dos iban regularmente a la iglesia; 11 no recordaban haber entrado nunca en un sitio de culto.

Una estadística inglesa algo antigua, nos da a conocer la vida de la iglesia protestante en Inglaterra. El Domingo de Pascua de 1914 sólo un 7,5 por ciento de la población de Londres entró en un lugar de culto. En 1938 se afirmó en un congreso protestante que en Londres, de siete y medio millones de habitantes, menos de cuatrocientos mil están vinculados a un culto religioso, lo que significa que cerca del 95 por ciento de la población, sin ser arre-

(1) J. Will, Problemas de Acción Católica, pág. 198. 1937, Buenos Aires.

(2) The Month, III, 1940: The Future of Christianity in Great Britain.

ligiosa, no se preocupa de practicar su fe. En ese mismo congreso el presidente afirmó que la asistencia a las iglesias ha declinado en un 75 por ciento después de la guerra y que las escuelas confesionales disminuyen en forma alarmante y que los jóvenes abandonan el cristianismo cuando llegan a la edad difícil. Al ponerse los ciudadanos en contacto con los capellanes oficiales, con motivo de la reciente conscripción militar, se ha descubierto que la Iglesia anglicana no tiene significado vital para la mayor parte de los soldados. Un capellán anglicano informa en septiembre de 1939, que de 58 jóvenes que se decían anglicanos, sólo doce habían sido confirmados; sólo dos oían su misa y ninguno estaba capacitado para seguir el Prayer Book, el libro oficial del anglicanismo. Un informe de la Y.M.C.A. sobre el ejército y la religión nos informa que un 7,5 por ciento de las tropas inglesas y un 20 por ciento de las escocesas tienen en tiempo de paz alguna conexión con alguna asociación religiosa. Por su parte un capellán protestante de Oxford nos dice: "Yo estoy seguro que la mayoría de los jóvenes en vienes a Oxford tienen una idea más clara de los dioses paganos que de las figuras de la Iglesia Cristiana".

Estas observaciones que hemos hecho se refieren a la Iglesia Anglicana, la cual está en franca crisis. Contrastan fuertemente estas indicaciones con las que se refieren a la Iglesia Católica que, aunque en ínfima minoría en Inglaterra, lleva una vida próspera. "No hubo una queja de parte de los capellanes católicos durante la guerra pasada en el sentido de ignorancia religiosa de los soldados educados en escuelas católicas".

Inglaterra al alejarse del catolicismo se ha alejado de Cristo. Bernardo Shaw, H. Wells y Bertrand Russel, tres formidables enemigos del Cristianismo, han moldeado el alma de los ingleses más que todos los eclesiásticos juntos. Y su influencia ha sido nefasta. Al caos religioso ha seguido el gran caos moral. Se han abandonado todas las "convenciones" en la vida familiar; la noción de "pecado" se ha perdido. Un gran morlista inglés dice: "Esta generación se ha hecho profundamente amoral en todo lo que concierne al sexo". ¡Qué difícil resulta reconvertir un país en condiciones semejantes!

En España poco antes de la revolución un hombre que conoce a fondo la situación de su patria decía: tenemos que persuadirnos "que las masas trabajadoras, en su gran mayoría, no son ya católicas. Hay personas de buena fe que movidos por la mágica influencia de la frase tradicional de que España es una nación católica, se resisten a creer en esa descristianización", pero es que no advierten "que las prácticas religiosas subsisten en el alma mucho tiempo después de haber desaparecido de ella la fe", (1) y para comprobarlo dice el P. Peiró "que con un 10 por ciento de personas que practican y un 90 por ciento de personas alejadas por completo de sus deberes religiosos, hay una nube de poblaciones rurales del centro y del mediodía de España. En las grandes ciudades como Madrid y Barcelona hay grandes contingentes de la población en pleno paganismo. Así, en la parroquia de San Ramón, de Madrid, de 80.000 almas apenas un 7 por ciento cumple con el precepto de la misa, incluyendo en esa cifra 3.000 niños que asisten a las escuelas parroquiales (2).

Bien se vió lo profundo de esta crisis religiosa en la ruda

(1) Fco. Peiró, S. J.—El problema religioso-social de España, p. 13. Razón y Fe. Madrid, 1936.

(2) Ib. p. 14.

guerra que tanto ensangrentó España y donde frente al heroísmo de los que defendieron su fe, se vió la pasión salvaje de los que la atacaron con odio en verdad diabólico.

Si volvemos los ojos a Norte América, nos llama la atención el paganismo horrible que se ha apoderado de la gran masa. El 60 por ciento del pueblo declara hoy día que no tiene creencias religiosas determinadas. Son hombres cultos, honrados, leales, pero sin preocupación religiosa alguna. La civilización, el confort, los negocios, son su gran interés.

Los problemas de moralidad, limitación de nacimientos, divorcios, ofrecen un espectáculo aún más desolador en la masa norteamericana, que los que acabamos de señalar en Europa. El ideal pagano, materialista, vivificado por una filosofía pragmática, relativista, se ha apoderado de la masa de ciudadanos. Felizmente el catolicismo, a pesar de ser una minoría ha pasado a ser allí la primera fuerza religiosa y cada día incrementa el número de fieles, como lo veremos luégo.

El más serio de los problemas latino-americanos es el del cristianismo que agoniza en muchos países por falta de un cultivo serio. Para 130.000.000 de habitantes sólo hay 15.000 sacerdotes, lo que da un promedio teórico de cerca de 9.000 habitantes a cargo de un sacerdote, promedio que en la realidad es el doble del indicado, debido a las disminuciones por enfermedad, vejez, por los trabajos en la enseñanza y administración que ocupan muchos sacerdotes. El promedio teórico de católicos por sacerdote en los países de Europa y Norte América es de 1 sacerdote por cada 600 habitantes, mientras en la América del Sur es de 1 por cada 9.000 (1).

¿Cómo va a poder existir un cultivo espiritual serio, una fe profunda y racional como la exige la Iglesia? ¿Cómo va a poder existir moralidad en el pueblo, cultura, educación familiar y social, si el llamado por Dios a impartir la educación sobrenatural y a elevar los valores naturales no puede ejercer su ministerio por lo dilatado del campo? En ninguna parte del mundo cobra tanto sentido la palabra del Maestro: "La mies es mucha y los operarios pocos".

Es natural que en esta situación, hasta las nociones más fundamentales del cristianismo se vayan perdiendo entre las masas obreras, las más alejadas de la Iglesia por sus ocupaciones y sobre todo por sus prejuicios. El libro recién aparecido de Vanini, que lleva el llamativo título de "58º", expresión de la latitud de Buenos Aires, nos descubre la vida religiosa del arrabal bonaerense, igual a la de todos los arrabales de las grandes ciudades de la América del Sur. La siguiente anécdota es una instantánea realísima: Un muchachón por sobrenombre Gañote, tipo del joven de arrabal, no malo, pero descuidado, ha sido llevado apuñaleado al hospital. Lo visita el Capellán y traba con él el siguiente diálogo:

(1) El clero católico en el mundo cuenta con 321.000 sacerdotes, o sea un sacerdote por cada mil católicos. Esta proporción es mucho menor en los países europeos y hasta en los de misión. En Inglaterra hay un sacerdote por cada 400 católicos. En Estados Unidos uno por cada 630 católicos. En España, uno por cada 640 habitantes.

—Compañero: ¿Nunca te hablaron de Dios? ¿Nunca te enseñaron su ley?

—¿Nunca!

—¿No has ido al catecismo?

—¿Catecismo?... espere... Una vez en la escuela... yo estaba en segunda grau... y vino un cura como usted... y la directora dijo... el que quiera aprender catecismo que se quede... después de hora... Y yo le pregunté a la maestra: —¿Qu'es catecismo, señorita? Y ella me contestó: —Es cosa de religión, de Dios; pero si no quiere quedarse puede irse... y yo me fui... tenía hambre, era después de la hora de irse...

—Bien... Yo te enseñaré el amor de Dios... Verás... Verás... ¿Has oído hablar de Jesucristo?

—¿Es uno que murió en la cruz?

—Sí... Pues, ese es el Hijo de Dios... que vino al mundo para salvarnos...

—El Hijo de Dios... Pero... ¿Dios tiene Hijo?

—Sí, y tú eres su hijo también...

—¿Quién?... ¡Yo!... Yo soy una mugre... ¡Avisé!... ¿Usted quiere burlarse?

—No, de tal manera te quiso Dios, que mandó a su hijo para buscarte...

—Entonces... usted... es Jesucristo... ¡Usted...!

—Sí, yo soy Jesucristo, porque El me mandó hasta aquí... Te abrazo en su nombre... en su nombre te bendigo...

Gañote, sobre la cucheta de su celda, llora y ruge.

—Soy una mugre... ¿Hijo de Dios?... Mugre pura...

Y por la calle Las Heras, bajando lentamente el sacerdote repasa la Palabra:... "En verdad os digo, los ladrones irán delante de vosotros al Reino de los Cielos".

¿Cuántos Gañotes de corazón sincero, malos porque nadie les ha enseñado a ser buenos y muchos a ser malos, vuelven de nuevo al Padre apenas un corazón de apóstol se los muestra. Y en los arrabales de todas nuestras ciudades muchos gañotes pobremente vestidos se agrupan ya junto a un sacerdote que les explica el evangelio y les habla de Jesucristo y nuestros rotitos están comenzando a conocer a Cristo, a amarlo, con un amor tan puro como el que le tuvieron Pedro y Juan. En muchos suburbios comienza a brotar una nueva mies de puro trigo. Lo que falta son operarios para tanta mies.

RENACIMIENTO CATOLICO. — La impresión que nos ha dejado esta mirada al panorama mundial del cristianismo en el mundo moderno, es sin duda pesimista. Pero si lamentamos los males ha de ser para animarnos y corregirlos, llenos de fe en la fuerza divina de nuestra causa. Durante veinte siglos el mismo problema se ha presentado muchas veces: decaimiento de la fe y corrupción de costumbres. Surgen los santos y elevan de nuevo las almas de buena voluntad al plano sobrenatural. Peligros nuevos se presentan hoy, pero el cristianismo sabrá evitarlos, bautizando todo cuanto hay de sano en estos movimientos.

Indiscutiblemente dentro de este cuadro general de apostasía de las masas, de indiferentismo religioso, hay un hecho bien comprobado en todas partes: el renacimiento religioso de grupos selectos que llevan una vida profundamente cristiana y que compensan con su fervor la indiferencia de los más. Estos grupos serán el fermento que levantará toda la masa.

LA EVANGELIZACION DE LOS OBREROS.—Demos una

rápida mirada a estos movimientos de restauración cristiana nacidos en nuestra época. Hace poco años nació en Bélgica un movimiento humilde en apariencia, la Juventud Obrera Cristiana (J.O.C.) fundada por un sacerdote salido de la clase obrera, José Cardyn, que se propuso renovar la vida de los jóvenes trabajadores. En este pequeño país, sembrado de fábricas, los jóvenes perdían pronto la fe al juntarse con trabajadores de todas edades, minados por las prédicas subversivas. En ese ambiente nació la J.O.C., hermosa realidad que cuenta hoy con más de 100.000 jóvenes trabajadores en Bélgica, con otros 100.000 en Francia, que se ha extendido al Canadá, Inglaterra, Suiza, comienza a penetrar en la América del Sur y ha llegado hasta el Congo, siempre pujante y renovadora. Esos centenares de miles de jóvenes son obreros auténticos, salidos de esa masa que aparentemente es apóstata y son ahora apóstoles ardientes de Jesucristo. Son muchas las biografías de obreros como Carlos Bouchard, rescatados al ateísmo y al comunismo y que han pasado a ser, podríamos decir, "santos genuinos" que bajo la blusa obrera prolongan la vida de Cristo en pleno siglo XX. Semanalmente se reúnen los militantes en círculos de estudios, y actos religiosos. Ha iniciado la J.O.C. semanas de estudio, campañas para el cumplimiento pascual, grandes concentraciones, varias de las cuales han reunido cien mil jóvenes obreros, ejercicios cerrados, hogares de vacaciones, restaurants populares. Ha formado la J.O.C. un ambiente en que se encuadra una vida nueva, vida que aspira antes que todo a ser una prolongación de la vida de Cristo. El alma de todo este movimiento es una doctrina teológica: el dogma del Cuerpo Místico y de la Comunión de los Santos, no sabido, sino vivido. La J.O.C. ha hecho posible que en un país industrial, en un país de organizaciones socialistas y comunistas, los jóvenes obreros vuelvan a Cristo.

Y junto a los jóvenes se ha ido formando una generación de obreros mayores que se agrupan en los sindicatos cristianos prósperos en Holanda, Bélgica, el Norte de Francia. En solo Bélgica la Liga de Trabajadores Cristianos agrupaba unos 300.000 trabajadores. Los campesinos en este país han hallado oportunamente en la Iglesia el medio de juntar su religión con su vida ordinaria, y el Boeren Bond, liga de campesinos, agrupaba a 128.000 familias de pequeños agricultores, proporcionándoles junto a las ayudas materiales para sus trabajos, una educación agrícola, y sobre todo medios para su vida sobrenatural.

Y no sólo ha penetrado este movimiento de cristianización en asociaciones de gente escogida entre la clase obrera, sino hasta en los barrios rojos que se han formado en todas las grandes ciudades que son de ordinario centros del comunismo, de odios y de inmoralidad. En todos ellos aparecen nuevas cristiandades fervientes. En sólo el cinturón rojo de París se han edificado estos últimos treinta años, cerca de cien nuevas iglesias. Bien significativa del carácter del siglo es la anécdota que nos cuenta el apóstol de los suburbios de París, Padre Lhande.

Una de estas abandonadas barriadas obreras, amargadas por el odio de clases, fué escogida por un grupo de jóvenes como campo de apostolado. Una mañana al ver solo a uno de estos apóstoles, un grupo de maleantes lo asalta a pedradas. Una piedra lo hiere en la frente. El joven se detiene, recoge la piedra enrojecida con su sangre, la besa, la muestra a sus asaltantes y les dice: "Gracias, amigos; esta piedra será aquí la primera piedra de una iglesia. Y cumplió su palabra. Años más tarde compró ese terreno y al colocar la primera piedra de la iglesia de Nuestra Señora del

Rosario, en medio de la gran piedra que fué bendecida solemnemente iba incrustada la pequeña piedra todavía manchada con la sangre del joven propagandista. Símbolo precioso de lo que está aconteciendo en el mundo: en medio de una sociedad que se aleja, grupos de cristianos, tan fervientes como los discípulos de Jesús, organizan cristiandades ajenas completamente al espíritu del mundo y enamoradas de la Cruz de Cristo.

EN EL CAMPO INTELECTUAL.—El resurgimiento del espíritu cristiano en la juventud estudiosa, es un hecho. Los colegios y escuelas católicas parecen animados de nuevo espíritu, se nota en los alumnos mayor conciencia de su fe; el espíritu misional ha prendido en ellos, no menos que el ejercicio del apostolado entre los obreros, sobre todo mediante la formación de grupos catequistas. En los propios centros oficiales de enseñanza han surgido movimientos magníficos, como los que han logrado imponerse en las escuelas superiores de Francia. Los alumnos del Politécnico de París, que constituyen lo más selecto de la intelectualidad estudiantil francesa, contaba hace pocos años, apenas con cuatro muchachos que se declaraban católicos; hoy entre los 570 alumnos, hay unos 430 que comulgan juntos en la fiesta de Pascua, un tercio de los alumnos son apóstoles de la Acción Católica, y domina en todos ellos un nuevo espíritu de fe sin respeto humano alguno.

En otras universidades francesas se hacen apreciar cada vez más claramente los grupos católicos. En la Facultad de Medicina de Lyon ha habido años en que los dos tercios de los alumnos que son promovidos al cargo de internos de los hospitales, forman parte de la Asociación Católica.

En la que fué Austria, donde la enseñanza particular era deficiente, se preocuparon los católicos de organizar frente al liceo fiscal el "Heim" u hogar católico, donde los alumnos de liceo, terminadas las horas de clase, se reunían a estudiar, a ejercer sus deportes, a organizar sus excursiones y sobre todo a vigorizar su fe. Uno o varios sacerdotes atendían la dirección espiritual de los alumnos. Una piedad franca y viril había surgido entre los alumnos de liceos oficiales que se reunían en gran número a comulgar diariamente en las capillas de los "Heim", y ejercían un ardiente apostolado entre sus compañeros. Las mejores vocaciones al sacerdocio estos últimos años estaban saliendo de los "Heim".

Los egresados de colegios y universidades forman fuertes instituciones católicas, como la U.S.I.C., unión sindical de 8.000 ingenieros católicos que es la primera fuerza gremial de los ingenieros de Francia y sus colonias. Asociaciones semejantes han fundado los médicos, los profesores, los escritores, los artistas y en todos estos sectores se descubre una vida religiosa basada en el dogma, que se alimenta con los sacramentos, se renueva cada año en los ejercicios espirituales y se muestra en obras de apostolado.

El movimiento de los intelectuales hacia la Iglesia en todas partes del mundo, es notable. El presente siglo que ha visto tantas apostasías en las masas, ha visto también un afianzamiento de la fe en los grupos escogidos de la intelectualidad y una vuelta al cristianismo de muchos hombres de élite. Escritores como Bourget, Francis James, Mauriac, Claudel, Rivière, Papini, Chesterton, Verkade, Joergensen, Vernon, Pschicari, Schwob, Maritain, Bloy. Algunos venidos muy de lejos a la fe, han dado y están dando público testimonio de ella y preconizan un cristianismo integral.

“Le sentiment religieux et la science” (1) es el título de las conclusiones de una encuesta dirigida por Roberto de Fliers, de la Academia Francesa, Director del Figaro, cuyas respuestas marcan un franco avance de la religiosidad entre la alta intelectualidad francesa. ¿Qué lejos estamos de las burlas sarcásticas de Voltaire, del desprecio de la religión de la pseudo-ciencia! Otros pensadores, como por ejemplo el Dr. Alexis Carrel y W. Foester, si bien no han llegado a una profesión de fe, reflejan en sus obras una gran admiración por el catolicismo, ensalzan su moral y llegan a proponer a los santos católicos como los ejemplos que ha de seguir la juventud de nuestros días para salvarse de la bancarrota moral. El filósofo Henry Bergson, uno de los más altos exponentes del pensamiento filosófico contemporáneo, es un ejemplo de la ruda etapa de vuelta a Dios de un sabio. Comenzó su carrera imbuido de materialismo craso; después de largos años llegó a la idea de Dios; luego a las tesis de la filosofía cristiana las más discutidas, y termina recibiendo el bautismo, como lo ha hecho público en forma definitiva Raïssa Maritain, amiga del filósofo.

Movimientos que se alejaron del catolicismo, como l'Action Francaise, vuelven abiertamente a pedir su reconciliación, aunque hay en él muchos que están lejos de ser católicos.

LAS CONVERSIONES.—Las conversiones al catolicismo no han cesado en todas partes. En Inglaterra son unas 12.000 anuales, mientras el protestantismo se vuelve cada vez más materialista y hasta ateo. Sólo tres diócesis inglesas han disminuido en población católica, mientras todas las otras señalan un aumento. En Estados Unidos el movimiento de conversiones es sorprendente. En 1939 llegan a 73.677 las personas que abrazaron el catolicismo.

Desde el año 1930 el número de conversiones parece ser el doble que antes. Es admirable la ardiente campaña que han iniciado los católicos norteamericanos por volver su patria a la fe. Para eso se valen de todos los medios modernos, como las misiones rodantes que recorren en una capilla automóvil las regiones más reacias al catolicismo. Comienzan su tarea con una función de biógrafo para los niños, siguen luego himnos, canciones populares, cánticos religiosos, diálogos públicos sobre temas religiosos y varias predicaciones. Los padres esperan que dentro de cincuenta años la mayoría de esas regiones hoy hostiles a la Iglesia sean católicas. Ciertamente han conseguido deshacer prejuicios entre los adultos y dar una instrucción seria a los niños que dentro de poco serán ya hombres. El éxito de estos trabajos de evangelización es franco: uno solo de estos misioneros, el P. Berhard L. Conay, lleva convertidos 7.000 norteamericanos y en 1939 recibió 16 000 cartas sobre asuntos religiosos. Su obrita “Buzón de Preguntas” ha llegado ya a 2.500.000 ejemplares de tiraje.

La radio es aprovechada como instrumento precioso de propaganda religiosa. Sacerdotes como Mons. Fulton J. Sheen, son escuchados por centenares de miles de personas, a juzgar por las cartas que reciben de sus oyentes. Las recibidas por Mons. Sheen llegan a 4.000 diarias. Al notificar por radio que había compuesto un devocionario para sus oyentes, le llegaron más de 500.000 solicitudes de personas que lo pedían.

Tanto en Inglaterra como en Estados Unidos las prédicas callejeras a cargo de seglares titulados por un secretariado catequístico, reúnen a millares de curiosos a quienes exponen la verdad,

(1) Spes., París, 1928.

mientras otras asociaciones católicas se encargan de repartir folletos de exposición religiosa. Como se ve, la Iglesia gana terreno en estos países de tanta significación mundial, y por lo que se refiere a Estados Unidos, su crecimiento es sorprendente.

Otro movimiento interesante de conversiones es el operado en la India entre los jacobitas, antigua secta separada de la Iglesia desde el siglo IV, que han iniciado su vuelta a Roma precedidos por sus mejores obispos. Tres prelados, encabezados por Mar Ivanios, han dirigido este movimiento de conversiones que ha vuelto pueblos enteros al catolicismo. En Africa, en la región de los grandes lagos, el movimiento de conversiones es también extraordinario y nos recuerda por su intensidad el que iniciara San Pablo entre los pueblos paganos.

El Padre Constantino Lievens, muerto al cabo de siete cortos años de apostolado, bautizó por su mano más de 27.000 paganos, y su misión, a los 40 años de muerto él, cuenta con casi 300.000 cristianos hindúes. En el Congo y en tantas otras regiones, los misioneros atestiguan que nacen hoy a la vida cristiana comunidades que rivalizan en fervor con las que fundaran los apóstoles. ¡Qué lejos está de agonizar el catolicismo, antes por el contrario! ¡Cómo se muestra cada día más pujante, no sólo porque se incrementa sino porque sale vencedor en medio de tan formidables batallas!

MOVIMIENTOS DE JUVENTUDES.—Es la juventud la que va a la cabeza de estos esfuerzos de resurgimiento católico.

Diversos movimientos de jóvenes se han diseñado en el presente siglo, muy diferentes en sus formas externas, pero animados todos de un mismo espíritu: más íntima unión entre la religión y la vida cotidiana.

Uno de los más interesantes de estos movimientos es el de Nueva Alemania, organización de maravillosa frescura y pureza, que logró reunir antes de la era nacional-socialista hasta 25.000 jóvenes y les infundió en esos años críticos de la vida gran amor a la pureza, a la simplicidad, a la lealtad, todo ello dentro de un misticismo cristiano. En sus hogares sociales se reunían a cantar, representar autos sacramentales, a discutir sobre su religión y con frecuencia salían a la montaña a gozar de la naturaleza, en ciudades improvisadas bajo carpas donde reinaba la más franca alegría, dentro de la mayor pureza y presidida toda su vida por el amor a Cristo.

En Suiza la Acción Católica ha tomado formas nuevas: bástenos recordar la acción de Sylvania, simpática asociación de jóvenes que consagran sus vacaciones a la impresión de obras de propaganda y formación religiosa. En medio de sus hermosas montañas en una modesta granja, en pobreza franciscana, viven los improvisados impresores que han impreso y repartido ellos mismos centenares de miles de folletos católicos. Por turnos desfilan esos obreros sin sueldo que duermen sobre sacos rellenos con las tiras de papel, y cantan y ríen alegres de difundir gratis la verdad.

En los países dominados hoy por los regímenes absolutistas como Alemania, la que fué Austria, Italia, existen poderosas corrientes católicas que no pueden exteriorizarse libremente por la presión oficial, pero que no han disminuído en la intensidad de su espíritu y que volverán a manifestarse apenas estos regímenes hayan sido mitigados, como tiene necesariamente que suceder. La Acción Católica Italiana, si bien es cierto que ha tenido que su-

frir en su cuadro nacional no ha perdido nada de su pujanza interior.

LA POLITICA Y EL CATOLICISMO.—Una tendencia general de respeto a la Iglesia se nota en todas partes, de parte de los poderes constituídos. En algunos países como en Austria, hasta la dominación alemana sus dirigentes orientaron la política en un sentido netamente católico. Monseñor Seipel, Dollfus — el canciller mártir —, Schuchnig, el ferviente congregante mariano, lograron dar a la vida nacional un rumbo netamente cristiano, después de haber desalojado al socialismo que se había atrincherado materialmente en más de cien fortalezas en Viena. Esta corriente no pereció oprimida por fuerzas contrarias, sino por la presión política externa y por los sucios enjuagues de la política internacional.

La virulencia anti-cristiana está por todas partes en franca decadencia. Los horribles estallidos de persecución en España y en Méjico han pasado, después de haberse derramado abundante sangre de mártires; mártires tan heroicos como los de los primeros años del cristianismo. En ambos países se han escrito páginas muy gloriosas del fervor cristiano que emulan a las de las épocas de oro de la Iglesia. Hombres como el Padre Miguel Pro, Anacleto González, P. Maduro, Manuel Bollina, mártires de Méjico, ciertamente son dignos de compararse con Ignacio de Antioquía, Policarpo, Sebastián. El mismo genuino amor a Cristo “hasta la sangre”, dada voluntariamente por El.

En Méjico, por primera vez desde hace bastante tiempo, como lo señala el episcopado, un presidente se declara abiertamente católico. El régimen de Frente Popular francés, tan funesto bajo muchos aspectos, se señaló con todo por una franca tolerancia religiosa, y en ese mismo período los movimientos juveniles y obreros alcanzaron su mayor desarrollo, llegándose a ver al sacerdote que penetraba en las fábricas llevando al Santísimo Sacramento, en medio de un respeto general. En Norteamérica un candidato católico ha podido aspirar a la Presidencia de la República; las revistas de mayor circulación en América hablan con gran respeto de las actividades religiosas y sociales de la Iglesia. El Presidente se expresa en sus discursos con un espíritu netamente cristiano y hasta designa un representante suyo ante el Soberano Pontífice. En Inglaterra poco a poco han ido cayendo las leyes anti-católicas, y las escuelas católicas son favorecidas por el Gobierno. Los países sometidos a regímenes dictatoriales son los que ofrecen por el momento menos garantías de libertad sincera y real en el orden religioso, pero una vez pasada la presión, no cabe dudar que los movimientos católicos surgirán espontáneos con más fuerza, mientras más reprimidos han estado, como se ha visto en otras partes.

La autoridad del Sumo Pontífice es cada día más apreciada en todo el mundo. Todas las naciones cultas tienen representación ante el Vaticano; las grandes encíclicas papales son ávidamente transmitidas a todos los países. Periódicos de Norte América han llegado a ordenar la transmisión inmediata de todo el texto pontificio para darlo inmediatamente, aun antes de la recepción del documento. En Inglaterra el éxito de la Encíclica Summi Pontificatus fué sorprendente, debiendo el “Times” reimprimir el texto en folletos, cosa fuera de sus prácticas tradicionales; y habiendo recibido su director enormidad de cartas de gen-

te que se sentía sorprendida del vigor y verdad de la enseñanza pontificia. Toda la prensa mundial está pendiente hasta de las más mínimas palabras pontificias, incluso de aquellas en que se pronuncia sobre asuntos terrenos, sin que nadie pregunte ahora, como hace algunos años, con qué derecho se mezcla el Soberano Pontífice en los asuntos de este mundo. Hay un sentimiento mundial de admiración y de vaga esperanza que de Roma puede venir la luz.

VIDA INTERIOR DEL CATOLICISMO.—El fracaso de las iglesias reformadas es evidente. En los países oficialmente protestantes, la religión no es más que un adorno que sirve para dar esplendor a las solemnidades oficiales y sirve para unir a la nación en una idea común, aunque desprovista de su contenido religioso. Cuando las circunstancias son adversas las apostasías se multiplican en forma alarmante, mucho más que en la Iglesia Católica, como lo demuestra la facilidad con que un sector grande del protestantismo se ha plegado a la nueva Iglesia Oficial Alemana y las 2.100.000 apostasías en 10 años. El protestantismo norteamericano se ha diluído totalmente: un 60 por ciento de la población de Estados Unidos declara que no tiene religión, contrastando esta falta de interés religioso con el vigor de la vida católica fuerte y pujante en el mismo país. Inglaterra, como lo recordábamos más arriba ha pasado a ser un país religioso sin religión, como lo declaran doloridos los directores de grandes asociaciones protestantes.

Frente a esta disolución del protestantismo el catolicismo se muestra en los grupos de selección lleno de espíritu. Uno de los indicios más significativos es el aumento de las vocaciones sacerdotales y religiosas y del espíritu misional en estos últimos años. En Estados Unidos los seminarios y noviciados están llenos de candidatos. En 1936 había en los seminarios 23.579 seminaristas, lo que significa un aumento de 3.114 más que el año anterior. Año ha habido en que 37 alumnos que terminaban su instrucción secundaria en un mismo colegio han ingresado a un noviciado para abrazar llenos de idealismo la vida religiosa. Los católicos norteamericanos tienen ahora un sacerdote por cada 630 fieles.

Inglaterra en 1940 tuvo un aumento de 30 sacerdotes sobre el año anterior, llegando el total de ambos cleros regular y secular a la suma de 5.642, lo que da un promedio de 1 sacerdote por cada 440 católicos, pues estos apenas llegan a 2.375.196 en Inglaterra y Gales (1). En el Seminario de vocaciones tardías para hombres ya formados han ingresado unos mil candidatos al sacerdocio, antiguos combatientes, gente de negocios, etc. En Alemania la sola Asociación "Neu Deutschland" en 15 años dió unas 2.000 vocaciones al sacerdocio, vocaciones de jóvenes entre los 18 y los 25 años llenos de generoso idealismo. En Francia se nota un fenómeno curioso, desplazamiento de vocaciones de los campos a las ciudades, y a un medio superior, y más cultivado, lo mismo que vocaciones tardías en mayor número, todo lo cual revela que los candidatos al sacerdocio tienen una conciencia más clara de su visión. En 1926 había en el seminario de París, 256 seminaristas filósofos y teólogos; en 1930 había 347. En Amiens en 1919, había 47 y 85 en 1930. En Bélgica igual movimiento: en la sola diócesis de Malinas en 1936 había 158 seculares, más que hace cinco años, 221 religiosos y 2.596 religiosas de aumento en el

(1) "Criterio". Buenos Aires, 30-I-1941.

mismo período. En Italia la Acción Católica dió en 1933 más de 300 vocaciones sacerdotales.

El problema sacerdotal que en América del Sur reviste hoy por hoy caracteres gravísimos, ofrece indicios de resurgimiento. En la arquidiócesis de Buenos Aires el número de seminaristas había bajado en 1938 a 80, ordenándose cada año un número que no cubría el número de defunciones. Según datos proporcionados por Mons. Francheschi (1) los seminaristas de Buenos Aires han subido en 1940 a 288, o sea, han más que triplicado en tres años. El resultado del movimiento de vocaciones que ha suscitado la Acción Católica en Argentina es muy consolador: en 10 años han dado 450 vocaciones sacerdotales y religiosas, entregando a los seminarios y noviciados sus mejores sujetos, muchos de ellos, profesionales con brillante carrera en el mundo.

Este movimiento de vocaciones sacerdotales incluso en los países recién ganados al cristianismo, es consolador, y ciertamente muy superior al de nuestros países latino-americanos. En Indochina, donde hay 1.500.000 católicos, hay 1.300 sacerdotes indígenas y 2.600 seminaristas, lo que da la proporción de 1 sacerdote por cada 1 600 católicos y de un seminarista por cada 570. En China en 1935 había 1.745 sacerdotes chinos en una población de 2.818.000 católicos, o sea, 1 sacerdote por cada 1.650 católicos. Los seminaristas chinos llegan a 6.727, esto es, 1 por cada 420 católicos. En 1935 hubo 101 ordenaciones (1).

MOVIMIENTO MISIONAL.— El movimiento misional es también sorprendente y propio del siglo. Holanda tiene actualmente 5.169 misioneros de los cuales 941 son sacerdotes, esto es, por cada 660 católicos hay un misionero. En el último quinquenio han ido a misiones 276 misioneros por año. Estados Unidos tiene 1.500 misioneros. En 1935, 176 irlandeses dejaron su patria para ir a evangelizar el mundo pagano. Francia tiene 3.373 sacerdotes misioneros. Italia 1.251. Bélgica 1.106. Inglaterra 241. Canadá 285... y hasta nuestro Chile ha enviado un misionero a China, dejando sin realizar muchas aspiraciones de almas ardientes que desean también ir a países lejanos a misionar, pero a quienes retienen las imprescindibles necesidades del catolicismo en la propia Patria. Estas cifras son un índice elocuente de la generosidad que despierta el cristianismo. ¡Cómo va a estar el mundo peor que antes!, ¡la fe más dormida!

MOVIMIENTOS LITURGICO, BELICO Y EUCARISTICO.— Por otra parte, es algo innegable que el catolicismo estos últimos años, aun en países que están más alejados de los centros de mayor movimiento religioso, demuestra una pujante renovación interior, numerosos movimientos han surgido en la Iglesia, muchos de ellos nacidos de los mismos laicos que han sentido la inquietud de una vida más conforme a su fe. Se nota ante todo una preocupación por conocer mejor el dogma cristiano: los libros que tal vez mayor circulación mundial han tenido estos últimos años son libros de vulgarización religiosa, obras como el Silabario del Cristianismo de Mons. Olgiati, Sigamos la Santa Misa de Dom Pío Parsh, las obras espirituales del P. Raúl Plus, etc., han sido traducidas a todas las lenguas y los seglares se han enriquecido

(1) "Criterio". Buenos Aires, 23-I-1941.

con ellas. Dogmas hasta hace poco desconocidos del gran público: como la Gracia, el Cuerpo Místico, la Comunión de los Santos, han vuelto a ser en grupos cada vez más numerosos de fieles tan conocidos como lo fueron en los primeros tiempos bajo la influencia de la predicación de los Padres de la Iglesia. Una renovación de la participación de los fieles en el culto divino, una mayor comprensión de los sagrados misterios y oficios divinos, es propio también de nuestro siglo. Centenares, quizás millares de ediciones del misal, del breviario, del ritual en lengua vulgar circulan en manos de hombres y mujeres que han aprendido a seguir su misa, a tomar parte activa en ellos, a comprender la belleza del oficio divino, y el significado profundo de los sacramentos.

Las ediciones de la Sagrada Escritura, hasta hace poco dominio casi reservado a los eclesiásticos, se han repetido innumerables veces en todas formas y juntamente se han publicado comentarios populares y comentarios científicos. Igual cosa puede decirse de las vidas de Nuestro Señor Jesucristo, de una riqueza y variedad inmensa para satisfacer el ansia de sectores cada vez mayores del público católico que anhela conocer a fondo su religión.

La práctica de los sacramentos en el pueblo que permanece fiel ha aumentado en forma consoladora. Cito como muestras las estadísticas de puntos muy distantes. En las iglesias parroquiales de la arquidiócesis de Malinas, se distribuyeron en 1924, 19.921.250 comuniones; en 1930, 22.899.400 comuniones y en 1935, 29.193.370, o sea, en 10 años aumentó en 10.000.000 el número de comuniones. En Junín, provincia de Buenos Aires, antes de organizar la A. C. en 1930, había 25.000 comuniones, hoy 140.000. Estas estadísticas si quisiéramos multiplicarlas; cuántos datos consoladores nos revelarían de aquellas partes donde hay intenso trabajo cristiano!

El interés por los ejercicios espirituales es también algo muy característico del que podríamos llamar "nuevo cristianismo", que no es más que la vuelta al más auténtico cristianismo. Durante tres, cinco, ocho, algunos hasta treinta días, se retiran grupos de seglares a meditar en profundo silencio y soledad la palabra de Dios, a reflexionar sobre el sentido cristiano de la vida, a mirar lo que ha sido su propia existencia, lo que debe ser a la luz del querer divino. Estos últimos años un intenso movimiento de ejercicios se ha diseñado: casas de ejercicios se construyen en todos los países; cada año surgen varias, cada vez más capaces. Se proyecta ahora en Brasil la construcción de una inmensa casa de ejercicios que será una pequeña ciudad. En Alemania estos últimos años han pasado de 100.000 católicos los que se han recogido anualmente a hacer sus ejercicios. Los solos padres de la Compañía de Jesús predicán anualmente unas 24.000 corridas de ejercicios con unos 700.000 oyentes, en todo el mundo. En algunos países se ha recurrido al sistema de arrendar grandes hoteles por algunos días para convertirlos en improvisadas casas de ejercicios. Todos los grandes movimientos modernos: J. O. C., Nueva Alemania, grupo de Acción Católica, renovación universitaria, se apoyan fuertemente en los ejercicios. En nuestra patria no menos de siete grupos simultáneos de hombres, y jóvenes hacen sus ejercicios espirituales. De ellos salen personalidades religiosas conscientes de lo que es su cristianismo y decididos a vivir su fe.

Esta mirada incompleta al panorama espiritual del mundo nos muestra dos hechos claramente significativos.

Un materialismo grande invade las masas y las aleja de las ideas religiosas, llevándolas, en cambio, a la depravación moral, a la pérdida de la noción de pecado y de responsabilidad, a un egoísmo brutal de individuos y naciones que no han trepidado en provocar esta atroz guerra. La civilización con todo su confort, que es la aspiración de la mayoría, no ha satisfecho el hambre de felicidad de nuestros contemporáneos, sino que los ha hecho más exigentes, más envidiosos. Sistemas paganos como son el comunismo, socialismo, materialismo, racismo, positivismo, dominan en muchos países e imprimen rumbos a las multitudes. Todo esto es verdad y no podemos menos de repetir con dolor el pensamiento del gran Pío XI: "La Iglesia ha perdido a la clase obrera"... La masa se aleja externamente de Cristo.

Pero frente a este hecho surge también este otro: allí donde los católicos han despertado de su letargo, donde han acudido a las órdenes del Papa que los ha llamado a adquirir una formación religiosa y a ejercer acción católica y social, un nuevo espíritu cristiano se apodera con entusiasmo de las almas de selección, con el mismo fervor con que se apoderaba de los habitantes de Jerusalén cuando predicaban los apóstoles; produce en ellos frutos de fervor, de virtudes auténticamente cristianas, y su irradiación apostólica está haciéndose sentir. La masa de los que viven según el mundo no ha vuelto a Cristo, ¿acaso alguna vez ha sido de El? ¿Acaso su piedad ha sido algo más que una corteza superficial dispuesta a cambiarse al primer vendaval? Ahora ciertamente su alejamiento toma formas más decisivas; se presenta como un franco abandono de la Iglesia y como una vuelta al paganismo. Y frente a ese repudio franco, una reacción también no menos franca en todas las condiciones sociales de auténticos cristianos que la Iglesia puede mostrar como sus hijos. Han iniciado éstos una campaña de reconquista externa, cuyo resultado final es el secreto de Dios, pero en todo caso, según expresión de San Pablo: van haciendo crecer el cuerpo místico hacia su plenitud.

El Reino de Cristo que estamos obligados a extender y propagar en virtud de nuestra fe, y de los expresos mandamientos de Cristo, supone para su extensión dos elementos: la gracia del Señor, sin la cual nada puede hacerse en el orden sobrenatural y la libre cooperación humana. Donde esta cooperación es negada las almas quedan sumidas en el frío de la indiferencia. Pueblos antes católicos vuelven al paganismo. Donde esta colaboración es prestada la fe renace, los pueblos antes paganos vienen a Cristo, las obras surgen potentes, los seminarios y noviciados son centros de vida cristiana y todas las virtudes que cortejan la caridad florecen en la comunidades de fieles que han comprendido el mensaje cristiano.

Nuestra visión del mundo ¿es optimista o pesimista? ¿Se puede justificar el pesimismo cuando se ve esta reacción católica en los grupos más escogidos? Pero tampoco se justificaría la afirmación de un triunfo social externo del catolicismo, a corto plazo, que signifique una recristianización de las masas hoy alejadas, a menos que intervengan voluntades del Señor fuera del campo de nuestra previsión. Al fin de los tiempos el reino de Cristo, ¿qué sentido tendrá? Es el secreto de Dios... pero sabemos hasta dónde pueden llegar nuestras pobres miradas iluminadas por la fe y aleccionadas por 1900 años de experiencia de vida cristiana, que el cuerpo místico irá creciendo, creciendo entre dolores, pero creciendo en santidad interior cada vez más intensa y más extensa también.

La Iglesia será lo que seamos nosotros, el cuerpo místico tendrá una mayor y más robusta vida, no solo si la cabeza vive sana y fuerte, sino también si cada uno de nosotros acepta su responsabilidad parcial, responsabilidad realísima para el crecimiento y salud del cuerpo de que formamos parte. Nuestra acción o nuestra inacción tienen un sentido social. La Iglesia ganará o perderá algo según que yo cumpla o no cumpla mi papel, el que Cristo me ha señalado. Las repercusiones de mis acciones son inmensas por pequeño que yo sea... y quizás a mi acción tiene reservada el Señor una repercusión que yo no me imagino. Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Francisco de Asís, Damián de Veuster, Juan María Vianney, Bernardo de Claraval ;qué acción ejercieron al aceptar el sitio de apostolado que la Providencia les confiaba!

Nuestra profunda aspiración al escribir estas páginas es mostrar a nuestros hermanos en la fe, sobre todo a los jóvenes, las realidades del catolicismo, e invitarlos a mirar esta realidad sin pesimismo derrotista y sin optimismo beato, sino con un sentido de responsabilidad fundado en la verdad. "La verdad nos hará libres". Si nosotros trabajamos por colaborar con Cristo en la extensión del Reino de Dios, el triunfo será nuestro. Esto no significa que el mal se habrá extinguido; pero sí que nosotros habremos cumplido con nuestro deber cristiano, habremos explotado las gracias que el Señor nos dió para que trabajásemos con ellas, habremos abierto la senda de la vida a innumerables almas y "preparado los caminos del Señor" para que "venga a nos el Reino de Dios". ¡Oh!, si la juventud conociera su responsabilidad de cristianos y su poder de colaboradores de Cristo.

Nos quejamos que los tiempos son malos... Digamos con San Agustín: Seamos nosotros mejores y los tiempos serán mejores. Nosotros somos el tiempo.

ALBERTO HURTADO CRUCHAGA.

"EL CHILENO"

DIARIO POPULAR INDEPENDIENTE

Base ideológico-social: las normas pontificias.

Independiente de todo partido político.

Fiscalista. — Noticioso. — Servicio completo extranjero.

OFICINAS: ROSAS 1281

LIBRERIA

DEL SECRETARIADO NACIONAL DE PRENSA Y
PROPAGANDA DE LA ACCION CATOLICA

Santiago — Huérfanos 1524

ESTUDIOS MEDICOS, jornada católica de estudios médicos	\$ 10.—
EL MANUAL DE LA JOC	10.—
CRISTO HISTORICO, por Mons. Oscar Larson	3.—
DOCTRINAS SOCIALES, por Mons. Oscar Larson	3.—
OREMUS	5.—
LO INDISPENSABLE PARA EMPEZAR LA JOC.. . . .	1.20
COLECCION SPILLMANN. Seis títulos: Los buscadores de oro, Los dos grumetes, Los hermanos coreanos, Los esclavos del Sultán, Los náufragos, Los hijos de María (rústica), \$ 2.40; cartonné	4.80
LA MISA DE LOS QUE NO SON SACERDOTES (F. Desplanques), rústica	7.60
LA MISA DE LOS QUE NO SON SACERDOTES, cartonné	15.—
CARLOS MATHEY, juventud del siglo XX, por Olgiati	7.60
INFANTICIDIOS, por José M. Leonelli	0.80
EL JOVEN DE CARACTER, por Tihamer Thoth.. . . .	7.60
LA EUCARISTIA, por R. Plus, S. I.	4.—
TU MISA Y TU VIDA, por el Abate Dutil	0.80
LA VIDA AFECTIVA EN LA ADOLESCENCIA, por Alberto Hurtado.. . . .	2.40
PARADOJAS DEL COMUNISMO, por José Ledit.. . . .	2.40
IMITACION DE CRISTO, de Kempis.. . . .	4.—
EL IDEAL CRISTIANO DEL MATRIMONIO, por el Canónigo Cardyn	0.80
SILABARIO DEL CRISTIANISMO, de Olgiati.. . . .	6.40
SILABARIO DE LA MORAL CRISTIANA, de Olgiati (empastado)	10.—
CUADROS. PROLETARIOS.. . . .	1.20
LOS DERECHOS DE LOS TRABAJADORES Y EL CORPORATIVISMO, por Paul Chanson	7.—
UN PROGRAMA SOCIAL, de Joaquín Aspiazú, S. I.	0.60
LAS ENCICLICAS SOCIALES CON COMENTARIOS, por Bartolomé Palacios.. . . .	10.—
LOS CUATRO EVANGELIOS, empastados.	1.40
RECUERDO DEL BAUTIZO, el ciento, \$ 12.-; c u	0.20
RECUERDO DEL MATRIMONIO, el ciento, \$ 12.-; cada uno.. . . .	0.20
¿QUE ES LA SANTA MISA?.. . . .	0.20
JESUS, REY DE AMOR, por el P. Mateo Crawley, tela, \$ 15.-; empastado	25.—
LOS AMIGOS DE JESUS, por J. Ollivier.. . . .	2.—
EL DOLOR, por Mons. Bougaud	4.—
EXPLICACION DEL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA, por el R. P. Martín de Cochem, en rústica, \$ 3.-; en cartonné.. . . .	4.—
ENCICLICAS SOCIALES.. . . .	1.80

Letras

“CORRIENTES LITERARIAS ESPAÑOLAS EN LOS SIGLOS XVIII Y XIX”, por Roque Esteban Scarpa, Profesor de Literatura en la Universidad Católica de Chile.

Una visión del movimiento de las letras de España en la centuria pasada.

CRISTAL DE LIBRERIA

Corrientes literarias españolas en los siglos XVIII y XIX

Sentaba Pío Baroja, acertadamente, que una generación es desinfectante respecto a la que le precedió e infecciosa para la que le sigue. Con ello significaba el autor de "El mayorazgo de Labraz" que, agotadas las posibilidades expresivas de un estilo que se identifica siempre con el espíritu de la época, si la generación nueva quería ser creadora, debía postular "su" manera, condicionada por su sensibilidad, por su concepción del mundo, por su sentido social. Adopta, generalmente, ese espíritu nuevo una actitud de beligerancia que entraña afirmación de la personalidad y repudio de las normas y leyes que rigen el mundo viejo. De este modo su posición combativa responde al concepto de "desinfección" previa, que señalaba Baroja, pará, a su vez, lograda la cima expresiva de su espíritu, gastados ya los antes novedosos puntos de mira y postulados estéticos, pasar a ser infecciosos, por carentes de sentido, para la generación siguiente.

La afirmativa rebeldía de una promoción nueva puede responder a un espíritu que se asimila a la evolución histórica. Y que contrasta por ello con la tendencia conservadora de la generación precedente, o no trascender lo histórico, sino más bien estar influido por condiciones creadas por los acontecimientos sociales o políticos. En estos casos, adquiere esta postura rebelde la categoría de necesidad de estructurar la generación en vista de un ideal que puede tender a lo estrictamente cultural — sea científico, filosófico — (comprendiendo estos tres términos en su sentido más amplio), o a lo subjetivo humano. Así se dan los casos extremos de "tono" de una generación: la insistencia en una realidad social, ideológica o retórica, y la captación del mundo en una síntesis emocional, poética. Entre estos puntos hay una rica gama intermediaria en que se sitúan las generaciones que, difícilmente, ocupan los extremos puros.

El movimiento de las generaciones es oscilatorio y su intensidad la marca el alejamiento del punto céntrico muerto: al Siglo de Oro — subjetivo y personal — seguirá, en un lento desplazarse retórico, el clasicismo, afirmación criticista de la existencia, teñida de enciclopedismo francés: "n'aimez donc la raison: que toujours vos écrits — empruntent "d'elle seule" et leur lustre et leur prix"... , dirá el esteta francés del movimiento, y en esta afirmación apasionada de lo racional reside el tono de repudio hacia la entraña demasiado humana de los clásicos. La reacción contra lo normativo del clasicismo irrumpirá de todo un sentido vital que colma a Europa: el romanticismo. La personalidad cobra su fuero contra toda norma: la síntesis la va a buscar Espronceda en el Quijote: "Sus bríos, su fuero, sus premáticas, su voluntad". Es curioso señalar cómo una reacción contra lo precedente se aproxima a lo que antecedió: así el romanticismo resucitará a Calderón, al Romancero, al negar el espíritu clasicista. El exceso romántico inutilizará pronto su fuerza creadora, convirtiendo sus innovaciones en clisés, en formas rígidas. Contra la visión romántica — densamente subjetiva — se impondrá otro espíritu, atento a la época, anti-subjetivo, cientista, poderoso en el detalle y objetivo en la consideración hasta el punto de hacer

desaparecer al autor como por arte de birlibirloque. Sus corifeos dirán que la novela debe ser un espejo que se pasea a lo largo de un camino; o que "L'art est une représentation; nous ne devons penser qu'à représenter". De este modo nace el realismo que agudizará su trascendencia social al hacerse acusación implacable en el Naturalismo: la realidad será vista "a través de un temperamento" (Zola). En cierto modo el naturalismo es un descendiente romántico del realismo: un romántico bastardo concebido en la carne, a diferencia del legítimo, nacido del alma.

Pirandello, desmenuzando en la duda la realidad, como Unamuno que hace objetivas y reales las creaciones literarias suyas, y gime angustiado preguntando por su realidad: "¿Soy como ustedes creen verme, como creo verme yo, o como en verdad e invisiblemente soy?" ¿O las dos y miles vuestras a la vez?, teme que palpita agónicamente, en muchas de sus páginas; a propósito del sueño de la vida; Proust disolviendo lo objetivo de una época en la masa idéntica del tiempo; Joyce introduciendo en la realidad la vida de la subconciencia, el movimiento anímico en todo lo que tiene de revelación de zonas donde la conciencia no conduce su luz, son considerados por unos como reacciones contra el espíritu realista, y por otros como las últimas formas degenerativas de ese espíritu. El plano demasiado próximo a nuestros días impide enjuiciarlos sin aventurar una opinión, no medida ni recomendable dentro de un texto.

En España el anti-realismo pasará por la etapa transitiva de la generación del 98, individualista, crítica, avizora del problema español. El reactivo propio será el "modernismo", con la afirmación rotunda de la personalidad en boca de su creador: "Mi poesía es mía en mí", dijo Ruben Darío. La revisión del pensamiento y la retórica modernista lleva a un período intenso, pero indeciso, donde se dan nódulos de pura abstracción, de neopopularismo, de superrealismo, cuya tendencia final aún no se ve clara. Ejemplar es el caso de la evolución poética de Rafael Alberti.

Situado en este plano valorativo comprendemos los puntos últimos entre lo que se mueve la realización estética: el yo y su negación. Impersonalidad de la obra artística: clasicismo-subjetivismo extremo en lo romántico; la creación-espejo: realismo — "el hombre puede sorprender algunas palabras de un íntimo monólogo, distinguiendo la voz viva de los ecos inertes; puede también "mirando hacia adentro", vislumbrar las ideas cordiales, los universales del sentimiento", el anti-espejo propuesto por Antonio Machado, poeta de la generación del 98 y del modernismo.

EL CLASICISMO.

"Sólo hay originalidad verdadera cuando se está dentro de la tradición; lo que no es tradición es plagio", escribió Eugenio D'Ors. Con estas palabras puede enjuiciarse el clasicismo español: el gran plagio.

España por un proceso de decadencia se ha apartado de aquel gran papel de árbitro del orbe, que hizo exclamar a Guzmán de Alfarache: ¡España yema del mundo! Una monarquía extraña asienta un espíritu extranjero en la península; lo tradicional estaba ya bastardeado, y el sepulcro del Cid no guardaba un cuerpo que podía ganar batallas después de muerto, sino una leve mariposa de cenizas. Vino el viento de afuera y sopló sobre armaduras vacías y esqueletos desvertebrados: una ligera lucha, como si aún quedara médula en los huesos, y la nada. "Comíamos, ves-

tíamos, bailábamos y pensábamos a la francesa”, dirá Quintana. El gran plagio, el vestido sobre la nada.

Francia en el proceso de su literatura, había evolucionado desde el espíritu renacentista — amplio — a una concepción depurada y estrecha del arte, buscando el equilibrio y una finalidad moral de perfección humana, basada en la razón, factor común de todos los hombres. Esta razón aplicada al arte formó el “gusto”, que consiste en la expresión exacta del pensamiento en orden a la verdad,

Rien n'est beau que le vrai; le vrai seul est aimable,

dirá Boileau, su preceptista. “La época clásica alardea ante todo de seguir a la Naturaleza, escribe Paul Van Tieghem, es decir, de atenerse a la verdad que la observación depara: es una literatura francamente realística. El arte debe agradar por su semejanza con la realidad: nada de énfasis, de sutilezas, de arrequives que deformen esa realidad. Si los antiguos son auténticos dechados, es porque han pintado la “Naturaleza” con escrupulosa verdad; hay que aprender de ellos a pintarla tal como ellos la han pintado.

Pensamiento que repite el retórico español Luzán, en su Poética: el arte consiste — y en especial la poesía — en “la imitación de la Naturaleza en lo Universal o en lo Particular, hecho con versos, para utilidad o para deleite de los hombres o para uno y otro juntamente”. La realidad no abarca la naturaleza exterior, sino la abstracción de las cualidades fundamentales del alma — “la reduction a l'Universel” —, y esto en un estilo de pureza aséptica, correcto y frío, cuando no se eleva a la elocuencia para cumplir su fin didáctico. “Su mundo se reduce a la tierra; la tierra a su gabinete de estudio o al salón académico”, dice Taine. Y Menéndez Pelayo en las “Ideas Estéticas: “Escuchar desmesuradamente los derechos de la razón en el dominio del arte y cortar las alas a la fantasía; tal era, en dos palabras, la tendencia de Boileau, la cual viene a ser una especie de “racionalismo” poético, germen de todo proscismo, o, digámoslo más blandamente, de toda “poesía sensata”.

No interesa por tanto el autor-hombre, sino el autor-pensamiento, sujeto a normas de perfección formal, al único elemento decorativo de una mitología, preñada de significaciones, y trabada por géneros específicos, rígidos en su capacidad expresiva: tragedia, poema, comedia, sin contaminaciones entre sí.

Este programa estético se introdujo en España y tuvo su apologista en Ignacio de Luzán, autor de una “Poética”, y su realizador en Nicolás Fernández de Moratín, de escasa significación teatral, autor de las hermosas quintillas de la “Fiesta de toros en Madrid”. “Un pueblo viejo no puede renunciar a su cultura intelectual sin extinguir la parte más noble de su vida, dirá Menéndez Pelayo, y caer en una segunda infancia, muy próxima a la imbecilidad senil”.

La poesía que alcanza significación de época es la de los fabulistas Iriarte y Samaniego, con finalidad didáctica: literaria en uno, moral en otro. Esta poesía corresponde bien al dicho del autor de “Las ideas estéticas”, son para una primera o una segunda infancia.

El aspecto crítico del siglo tiene sus mayores valores: el Padre Feijóo, que se estudia en lugar correspondiente, cuya figura adquiere día a día mayor relieve a través de los estudios sobre su ideario; Juan Pablo Forner, autor de las “Exequias de la lengua

castellana”, que motejó a su época de siglo de ensayo, siglo de diccionario, siglo charlatán, siglo ostentador, defendiendo la tradición literaria, en una época en que se rechazaba, época en que Voltaire podía condensar su opinión sobre España, diciendo que, “el español estaba privado de la facultad de leer y pensar”. Es digna de recoger la obra del Padre Esteban de Arteaga, autor de “Investigaciones filosóficas sobre la belleza ideal”, libro que en sus “Ideas Estéticas” define Menéndez y Pelayo, diciendo: “Presintió y adivinó todo el prodigioso desarrollo que la historia del arte y de la civilización había de alcanzar en nuestros días, ya desde el punto de vista interno y psicológico, ya desde el fisiológico y externo, ya, finalmente desde el punto de vista social, religioso y político. Sin temor puede decirse que el libro del padre Arteaga nos pone delante de los ojos, exactísimamente, aunque en compendio, el estado de la ciencia antes de Kant, con verdaderas adivinaciones de lo futuro”.

En la novela, el padre José Francisco de Isla, entronca con el género crítico, al satirizar las últimas formas degenerativas del barroquismo, usado por Fray Hortensio Paravicino, en la oratoria sagrada. En cierto modo contrapone en esa forma el espíritu clasicista en su “Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas”. En su discurso de incorporación a la Academia Española, el Padre Luis Coloma, analizó el vicio a que se refería Isla, con estas sabrosas palabras y ejemplos: “Creció más y más aquella marea de mal gusto hasta llegar lo ridículo a lo grotesco, lo disparatado a lo absurdo y la insustancialidad y ligereza, a la herejía, material ciertamente, pero, al fin y al cabo, siempre herejía. Aquel silogismo famoso con que probaba “Fray Gerundio” que el Santísimo Sacramento era natural de Campazas no fué invención del P. Isla, sino que se predicó entonces en un célebre panegírico; aquella salutación en que se aseguraba el mismo “Gerundio”, que Santa Ana, como buena madre, enseñaría a la Virgen Santísima a rezar el Ave María, se predicó también en un púlpito muy autorizado, y aquel sermón de rogativas pidiendo lluvias, costeadó por la Cofradía de la Cruz, cuyo Mayordomo era Pascual Carnero, predicóse efectivamente en un pueblecillo de Asturias y mandólo al P. Luis de Losada, maestro de Isla, cierto Canónigo de Oviedo, como prueba de adónde llegaba ya lo depravado del gusto. Una ligera muestra nos dará la medida:

“Despréndase el gran Baco desta bóveda celeste; enseñe a los hombres a compungirse y a implorar las clemencias del Tonante con una rogativa penitente **Te rogamus audi nos**; ofrézcale cultos y sacrificios en futuras aras, y bajará el mismo Júpiter Amón, que es lo mismo que Carnero, y con una patada o debajo de la planta de su pie, **a planta pedis**, hará que broten aguas que apaguen la sed y fertilicen los campos: **Descendit Jesús in loco campestri**. Para el docto no es menester explicación: ¡vaya para el docto! ¿No es así que ha siete meses que las nubes nos niegan sus salutariferos sudores? ¿No es así que a está denegación se han seguido los síntomas de una tierra empedernida? Pues institúyase una devota rogativa; vayan en ella los cofrades de la Cruz de Penitentes; vaya al frente de ella su digno mayordomo Júpiter Amón, Pascual Carnero, que debajo de sus pies, **De sub cujus pede**, brotarán aguas copiosas que fecunden nuestros campos,

Horrida per campos ban, bin, bombardá sonabunt.

Mas, es muy celebrado en las Sagradas Letras el Cordero Pascual: *Agnus Paschalis*. Sabe el discreto que de los corderos se hacen los carneros. Luego nuestro insigne mayordomo Pascual Carnero será cuando niño Cordero Pascual. La ilación es innegable. Pero aún no lo he dicho todo...".

La creación del clasicismo en España fué la Academia de la Lengua. Fundada el 3 de octubre de 1714, bajo la dirección del Marqués de Villena, y a imitación de la francesa, lleva como propósito en su estatuto el de "proponer reglas de buen gusto, así en el pensar como en el escribir". No ignoramos el significado del "buen gusto", ni su raigambre clasicista. Felizmente se redujo su labor a la filología y compuso el apreciable "Diccionario de autoridades", llamado así porque cada voz recogida en él, está autorizada por el uso de algún clásico o de quien haya empleado la lengua con propiedad, elegancia. Su otra obra — reciente fué la controvertida "Gramática", motivo de muchas críticas y opiniones en su torno.

Al margen de este movimiento, despreciado continuaba el espíritu popular alentando. Ya no Diego de Torres y Villarroel que continúa la línea satírica de Quevedo, sino el casticismo popularesco de majas, chisperos y castañeras, del sainete de Don Ramón de la Cruz, que corresponde a una zona viva y animada del pincel genial de Goya, a quien Baroja reputa como el último gran genio de España, es el que predomina entre la gente del pueblo para quien es jerigonza la frialdad esquemática o racionalidad elocuente del teatro clasicista. Tampoco éste pensaba en ellos:

"La literatura clásica, dice Van Tieghem, casi no concede valor al salvaje, al bárbaro, al campesino, al niño, esbozos o pruebas fallidas de la obra de arte que es el hombre", entendiéndose aquí por "hombre" al "ser" suficientemente alto que forma parte de una sociedad, o como quería Leandro F. de Moratín en "La clase media de la sociedad".

También hizo compañía al pueblo conservador de la tradición, un ingenio que con una tragedia vergonzante mantuvo — ya que no en las formas — el espíritu antiguo. Califico de vergonzante a la "Raquel" de García de la Huerta, por su sujeción al dogma de las unidades dramáticas, al empleo de una sola y monótona clase de versificación, y al mantenimiento de un estilo ampuloso y sonoro, como se creía específico y recomendable a la tragedia. No sólo el hálito de Raquel es del aire que sostuvo el fuego de la edad áurea, sino que en su nerviosa viveza, señala un precedente, por lo tradicional del futuro romanticismo. Su defensa apasionada de Góngora y de Calderón, lleva a que sus contemporáneos le motejen de ignorante o de loco. Sin embargo, como dice Cotarelo, Huerta tenía tras de sí a casi todo el pueblo español que no escribía, pero que comprendía a sus grandes poetas mejor que aquellós ilustres literatos atiborrados de artes poéticas.

Las polémicas sostenidas por Huerta en defensa de la escena española, se extienden también a la poesía en uso, poesía arcádica, bucólica, de raíz mitológica, o didáctica, cuyos temas tienen tanto de lírico como sus nombres lo indican: "Filosofía de las costumbres", "Los veinte concilios generales", "Excelencias del pincel y del buril", o el poema "La música" de Iriarte, cuyos versos son de este tenor:

Distribuída así la escala forma
 El modo que mayor se denomina;
 Pero para el menor se la destina
 Diversa progresión, diversa norma.
 Entonces ya es preciso que aquel grado
 De un semitono, que al subir contaba,
 Entre tercera y cuarta colocao,
 Medie entre la segunda y la tercera,
 Y el otro de la séptima a la octava,
 Entre la quinta y la sexta se transfiera...

o los del conde de Noroña, delicado y musical, en su pintura de la parvedad alimenticia de los antiguos españoles:

Su estómago robusto
 con jugoso jamón se contentaba,
 el ajo daba el gusto,
 y la sana cebolla lo excitaba...

Razonablemente se preguntaba Menéndez y Pelayo si los clasicistas sabían el significado de las palabras "poesía y lírica".

El clasicismo artificial no podía durar, construyendo al hombre a expresarse dentro de un mundo marmóreo, frío y lleno de ecos. La disolución del espíritu clasicista se advierte en la introducción de un matiz humano en sus abstracciones, y, por ende, en su literatura. "En un momento dado el pastor ambientado por una naturaleza convencional deja paso al hombre entregado a la contemplación de la naturaleza libre. Una fuerte tendencia a la sinceridad expresiva y al análisis psicológico nos muestra el soliloquio del hombre en la soledad, libre de trabas, en contacto con sí mismo y con el infinito universo. Nace el mito del hombre natural, a quien la pérfida civilización no ha corrompido; del hombre natural, único que tiene una realidad auténtica". (Díaz Plaja). Gessner, un librero y paisajista de Zurich, es quien en "Idilios", funde ambas concepciones: bucólica-clasicista y la del hombre natural roussoniano. Este fenómeno se denominará en literatura: "prerromanticismo".

PRERROMANTICISMO.

"Bajo el nombre de "prerrománticos", escribe Van Tieghem, puede agruparse a una serie de escritores muy diferentes, poetas en su mayor parte, que hacia el final de la época clásica se distinguen de sus contemporáneos por ciertos rasgos que anuncian el romanticismo de la época moderna, bien que sigan siendo clásicos en muchos respectos. Son innovadores, sobre todo, por sus tendencias morales, por sus gustos literarios, por sus fuentes y sus modelos. A la razón, que domina antes de ellos en torno suyo, prefieren el sentimiento y aún el sentimentalismo y frecuentemente se dejan llevar de la melancolía. Prefieren a la vida social el campo, e incluso la naturaleza salvaje; muchos de ellos se forjan un ideal de vida rústica, de vida sencilla, en que ocupan un gran lugar los puros afectos de la familia. Algunos sufren ya con las trabas sociales y aspiran a la libertad, a la igualdad de las diversas condiciones. Creen volver a hallar el sentimiento verdadero, la vida natural y libre en el hombre primitivo, bárbaro o salvaje, y, en nuestros días, en el pueblo. Los recuerdos nacionales son de nuevo reverenciados; la Edad Media empieza a surgir del

olvido y desdén en que la habían tenido los clásicos puros. Estas nuevas tendencias explican ciertos gustos literarios nuevos. Manifiéstase predilección por aquello que los clásicos desconocen o desprecian; una poesía "natural", que es preferida a la poesía "artística"; pónese el genio por encima del gusto. En la novela y en el teatro se buscan los sentimientos enérgicos; empíezase a batir en brecha las reglas. Descúbreanse nuevas fuentes, destinadas a completar o subsistir a los griegos y a los romanos, y, entre los modernos, inspíranse los autores en nuevos modelos.

El prerromanticismo en España estaba ya señalado por la vida y la manera literaria de José Cadalso, el enamorado galán de la actriz María Ignacia Ibáñez, que al morir ésta, quiso desenterrarla para no apartarse de ella y, que dió expresión, influído por el poeta inglés Young, a este pensamiento en sus "Noches lúgubres", escritas en lenguas de tinieblas y en papeles negros con letras amarillas. Cadalso influye en Meléndez Valdés, a quien compara — equívoca, pero decididamente — con Garcilaso. Meléndez tanto como Jovellanos, son hombres sensibles que aún se expresan en una retórica clasicista: están en la zona de doble influencia, en el crepúsculo de su época, en que la débil claridad antigua ya se mezcla con la anunciante noche romántica.

Quintana, en otro tono, en otra esfera de acción, señala el aspecto patriótico; liberal de la escuela ecléctica. No es clasicista por su manera: "sobriedad, serenidad, templanza, mesura y pureza de gusto estaban ausentes de sus versos", dirá un insigne tratadista, pero sí su espíritu, amamantado en la Enciclopedia, aunque dirigido por Rousseau. Esta conjunción de su versificación magnífica y altisonante, con una ideología en camino hacia lo romántico, le coloca también como claro precedente del movimiento oscilatorio hacia la nueva poética y dramática.

En el teatro, Leandro Fernández de Moratín, representa el mismo espíritu: aún se ata a las unidades dramáticas — "una acción sola en un lugar y un día" — y a la finalidad didáctica, pero si ella es visible en "El café" o "La comedia nueva", en "El sí de las niñas", obra perfecta de su edad madura puso lo que en él había de poeta de sentimiento" (Menéndez y Pelayo).

Para no extendernos, nos privaremos de las referencias a otros escritores que agudizan la nota de transición, marcando algunas de las líneas específicas del movimiento romántico.

EL ROMANTICISMO.

En el ambiente mortecino de España, un hecho político histórico transforma el panorama vital de la península: la guerra de la Independencia contra la invasión de Bonaparte. Mientras el bienamado príncipe Fernando, borda y hace labores con un tío suyo e Infante de España, en su involuntario encierro en Valencia y el pueblo que permanece fiel a ese decorativo trono por toda la península. Este movimiento es esencialmente liberal y popular, responde a una exaltación del alma de toda una raza.

"El amor de cada pueblo a su destino, la fe en él, su pasión por la libertad, por la independencia de su país, sentimientos que extreman las invasiones napoleónicas, son románticos por naturaleza: desenfrenados, arbitrarios, alucinados. Del neoclasicismo que es, más bien, neorrenacentismo, de pretender revivir el mundo griego, romano o italiano, se pasa a querer olvidarlo, destruirlo, sin perder la admiración a la antigüedad, eso sí, pero destinándolo principalmente a la antiüedad de cada pueblo, con sus tie-

rras, sus creencias y sus muertos. El amor a la tradición de otros pueblos se transforma en amor a la tradición nacional. "Las palabras citadas anteriormente, además de fijar una de las notas esenciales del romanticismo: el interés por la tradición propia, dan la pauta de la conversión de un espíritu a otro al través de ese enfrentarse con la realidad viva de la patria y esto con el solo milagro de las reservas espirituales y morales de la raza.

En España este movimiento quedará limitado por el absolutismo de Fernando VII, que, una vez en el trono, amparado nuevamente por bayonetas francesas, no imperiales, sino realistas, gobernará con aquellos que sirvieron a José Bonaparte, persiguiendo en cambio a los liberales que le repusieron en el trono. Quintana, Rivas, conocerán el destierro, y no cito sino nombres que tienen relación con nuestro trabajo.

El clasicismo era un movimiento decididamente francés, concorde a las cualidades raciales de ese pueblo, cuya claridad racional ha brillado en todas las singulares manifestaciones de su genio. La exageración misma del espíritu clasicista, provoca las reacciones que hemos señalado en el párrafo sobre el prerromanticismo. Este movimiento de rebeldía acentuará justamente las proposiciones contrarias a las de la escuela que se niega. El romanticismo irá aún más lejos en sus preferencias, y a la simple negación, derivada del clasicismo, opondrá la revolución literaria desde el espíritu.

El Romanticismo, opina en "El espectador" Ortega y Gasset, germinando en las postrimerías del siglo XVIII, significa en la Historia el triunfo del sentimiento. Hasta entonces, dice, había sabido el hombre avergonzarse de sus emociones, demasiado orgulloso de sus ideas.

En nuestra reconstrucción del alma romántica, ya advertimos dos profundas normas: la liberación del yo, sujeto a ser en el clasicismo sólo "la imagen más completa y más pura del espíritu humano", según preconizó Boileau, es decir, la negación de la humanidad del hombre compuesto de alma y carne, la eliminación de la sombra, y, por lo tanto, de su contrario, la luz para dejar en pie sólo un esqueleto de ideas. El hombre capaz de engendrar en su ser pasión y llanto, grandeza y cobardía, violencia y dulzura, vuelve a convertirse en centro de la creación, torna a ser el "ente" agónico en quien combaten su ilusión y esperanza contra la realidad — representada por el mundo —, los prejuicios y aun la fatalidad. Surge lo dramático, impuro para los clasicistas, por envolver mezcla de risa y gemido, y, en seguida, el sueño de la felicidad, y la melancolía y la nostalgia de una vida y una esperanza, inaccesibles en el fondo, irreales como una figura soñada.

Todo se impregna de sentido emocional, todo lleva una primavera en sus venas, todo tiene un tinte subjetivo, hasta los mismos colores: uno se llamará "color araña meditando su crimen". Espíritu que revela delicadamente un autor cuando dice: "Consecuencia de aquella exaltación de la leyenda, del mito, que ahora no podía realizarse o parecía imposible, es la caída a la desesperación, al desengaño. De la alegría arrebatada, insatisfecha, se pasó a una tristeza no menos intensa y constante, en vilo siempre, y la alegría romántica se envolvió en lágrimas. De un extremo a otro extremo, y como puente el llanto, la fatalidad, la desgracia. Detrás del amor la calavera, que no resucitaba nunca, burlona y acerada. Tras el frescor, la vejez; el hastío tras la acción. Al final, en su extremado enamoramiento, los román-

ticos quisieron resolver la eternidad del amor, amando la calavera. Y el cementerio, con un triste susurrar de viento en los cipreses, la belleza amarillenta de los muertos, y un frío tierno en las lápidas, ocupó en los últimos años románticos el lugar que antes tenía la naturaleza desbordada: y los románticos, fueron a morir a los cementerios”.

¿Podía el arte tener una finalidad pedagógica, si el sentido de la vida era personal y el arte, sinceramente, recogía la proyección sentimental de ese sentido de vida? ¿Podía sujetarse la libre inspiración, la desordenada catarata de deseos, de ansias indefinibles, en reglas fijas e inmutables que correspondieran al espíritu de lo “Universal”. El romántico quería llegar, adentrado en sí, a lo común humano, por contraria vía de los clasicistas, que se elevaban a la abstracción, a la Humanidad en función de lo eterno. Los románticos, por intensidad querían comprometer lo humano relacionándolo con lo infinito. Los clasicistas de este modo llegaban a situar sólo la mente del hombre en relación con una divinidad racionalizada en disfraz, muchas veces, de deidad mitológica. Los románticos, admitiendo el cuerpo y el alma, la fe y la blasfemia, el pecado y la virtud, se sitúan en cristianos, y admiten así un Juicio Final, la condenación y el paraíso. Lo eterno clasicista es muerto aséptico; lo infinito romántico es vivo y sujeto a corrupción o a salvación. “La vida es siempre romántica, escribe el poeta Luis Cernuda, como lo son el movimiento y la luz, esos dos magos que dentro del tiempo vital concedido a nuestro destino, juegan con la existencia, produciendo esta fantasmagoría triste y risueña alternativamente que puebla nuestra mente de recuerdos y de olvidos. La muerte, en cambio, es clásica; inmoviliza lo inestable, da constancia a lo inconstante; bajo su inhumano poder lo tumultuoso adquiere la majestad contenida, el furor petrificado que caracterizan ya, por siglos, aquel frágil latido vital que antes se moviera en el aire luminoso”.

De este paralelo fluyen las preferencias del mundo romántico por la Edad Media, de góticas torres sumergidas en la niebla, de pueblos artesanos constituidos en gremios, de luchas en sangre y heroísmo del espíritu feudal y la realeza, símbolo del pueblo. De aquí nace también su nostalgia por la caballerescas cristiana, “la nobleza de sus combatientes, el arrebatado de su vida heroica, su amor desenfrenado”. Unase a esto la aseveración anterior sobre el interés por lo tradicional de cada nación, y el indudable espíritu romántico, de movimiento y fuego, de los clásicos españoles del Siglo de Oro, y tendremos abocetado el conjunto de raíces expresivas del romanticismo europeo.

Si en Alemania nace, propiamente, una conciencia romántica, que se hará europea, el afán de revivir las mayores muestras de ese espíritu, no puede desdeñar el aporte español, que había mantenido en casi todo el curso de su desenvolvimiento post-renacentista “la tradición épica, medioeval, de los romances y las crónicas en el drama nacional”. Calderón prima en Europa: Goethe en las conversaciones que Eckermann recogió, se muestra preocupado por el sentido de “La vida es sueño” y la simbología calderoniana. El romancero, con su contenido poliforme, pasa a ser valioso documento, no sólo literario, sino histórico. El duque de Rivas lo conocerá merced a algunos amigos ingleses: este sólo dato revela cómo el romanticismo viene de fuera de España, cómo la obra del apartamiento de la tradición era lo suficientemente amplia en las clases cultas, como para que se ignoraran los propios tesoros.

La introducción del romanticismo en España, ya hemos visto como era anticipada por algunos escritores que presentaban ligeros rasgos de confluencia con el tono del espíritu nuevo. Larra se situará más en la zona de lucha, más próximo a esa generación que definió Musset como "la generación ardiente, pálida y nerviosa". Su suicidio ante el espejo, que se me antoja símbolo, parece ser el pistoletazo con que se despierta definitivamente la conciencia romántica española, que antes había recibido con extrañeza "La conjuración de Venecia", de Martínez de la Rosa, y aun el "Don Alvaro", del duque de Rivas.

El romanticismo europeo toma vertientes antagónicas, que caben en el concepto de perpetua y fogosa lucha que involucra la insatisfacción romántica: el uno "creyente aristocrático, arcaico y restaurador, y descreído, democrático, radical en las innovaciones y osado en los sentimientos", el otro, mostrando así la supervivencia — sensibilizada diría — de las ideas enciclopedistas.

El segundo aspecto, que resume en Francia, Víctor Hugo, es el que trascenderá en la península dentro de la poesía lírica y el teatro, el primero se expresará en la poesía narrativa; romances y leyendas. Así Rivas, autor de "Don Alvaro y la fuerza del sino", de los "Romances históricos", y Zorrilla, que escribe el "Don Juan Tenorio" y "Las Leyendas".

Espronceda representará en España el tipo vital del romanticismo: ilusionado y escéptico, exaltado hasta la demencia, melancólico hasta la negación, viviendo del "veneno sutil y misterioso que flotaba en la atmósfera", y convirtiéndose en una planta maldita con frutos de bendición.

El teatro, la novela, los cuadros de costumbre, la poesía lírica y la narrativa, se unen a la lírica para expresar en distintos géneros el sentido romántico. La época tiene en España novelistas, pero Larra con "El doncel de Don Enrique el doliente", y "El señor de Membibre" de Enrique Gil, y el "Sancho Saldada" de Espronceda, no significan mayor cosa, por poco estudiadas, en un panorama total de la novelística española, sino un hito histórico.

El costumbrismo, presenta color y anécdota en "Las memorias de un setentón" y "Escenas Matritenses" de Mesonero Romanos y en "Las escenas andaluzas", de Estébanez y Calderón.

La poesía lírica de Espronceda, es la obra musical de Pablo Piferrer, el orientalismo colorista del Padre Arolas; la narrativa, la enjundia dramática de Zorrilla, y el sentido histórico de Rivas. El teatro, que cobra febrilidad se puebla de mentiras apasionadas y seres sombríos como en el "Don Alvaro", o crea una verdad histórica, cuya exactitud hace exclamar a Zorrilla: "En "Cada cual con su razón", atropelló la historia clavándole a Felipe IV un hijo como una banderilla"... , en otra comedia "levanté un chichón histórico o don Pedro de Peralta y otro al príncipe de Viana".

Nace "El Trovador" de García Gutiérrez, sonoro y engorgoritado como una ópera, y la efectista "Doña Mencía" o "La boda en la Inquisición", de Hartzenbusch (esta "o" de los títulos es como uno de los signos de la desorientación romántica: indeterminación con respecto a un orden o fin), aunque el tono de estos dramaturgos se atempera en el "Juan Lorenzo" del primero y en la refundición de "Los amantes de Teruel", del segundo.

"El drama romántico, dirá Cejador, retrataba fielmente la sociedad de la época. Eran uno y otro el perro suelto de la cadena, con sus brincos, carreras, tumbos, su desenfrenada libertad,

pero también con su espontaneidad de vida. Habían sucumbido el absolutismo político y el absolutismo literario. La literatura tenía sus asonadas, sus escenas de barbarie, como la política tenía sus lirismos, sus Don Juanes. Mucho oropel, mucha batahola; pero con un fondo sano político y literario. Lo melodramático o la pasión de relumbrón señoreaban el teatro como la política. De todos modos, el romanticismo enhebró, cuanto al teatro antiguo, la tradición teatral, reconciliando en definitivo abrazo a la crítica y a la erudición con el pueblo".

La legitimidad del espíritu romántico se bastardeó con cierta rapidez: era una violencia sostenida, un exceso que tenía, al cabo de gastar su novedad y su lucha contra lo inmediato precedente, que decrecer y moderarse. Al mundo romántico de Don Alvaro y Don Juan Tenorio o Félix de Montemar, sigue el que fija Valle-Inclán en sus "Esperpentos", y el que Baroja define en su ensayo sobre la generación de 1840: "Las gentes de esa generación de 1840 tomaron en pleno vigor los tópicos del parlamentarismo y de la democracia. Eran, en general, "progresistas"; tenían casi todos "la aspiración de ser oradores, lo que indica una generación de comediantes y de histriones" y un fondo de mediocridad que se advierte en los que tienen la elegancia y la policía en el hablar, como dice nuestro Huarte de San Juan". "Adoraban lo moderno"; pero lo moderno, cuando brillaba. De la ciencia tenía una idea un poco parecida a la que podía tener de la magia". "Esta generación tenía la idea de que antes de ellos no había nada en España; que después de ellos no iba a ver tampoco". "Esta generación de 1840, no guardaba buena idea de sus padres, tendían a ridiculizar el morrión, les pareció que en su tiempo habían avanzado muchísimo en el camino del liberalismo y del adelanto. No veían que sus padres poco más o menos con "la misma mentalidad que ellos, y la misma escasa cultura, tenían mucho más valor y mucha más energía que ellos". "La mujer para ellos era una "realidad vulgar o un tópico de retórica"; la mujer se quedaba en las obscuras funciones familiares". "Las mujeres... les miraban como a "niños farsantes", petulantes a quienes habían que dejar que hablaran en la calle a condición de que obedecieran en casa. El hombre sería anticlerical entre sus amigos, pero los hijos irían al colegio de los Jesuitas; el hombre haría alardes de anticatolicismo, pero la niña sería hija de María y se educaría en el Sagrado Corazón". Sólo se salvan en literatura, la obra sólida de Menéndez y Pelayo y "el tipo raro de lírica de Bécquer", entre "los versos prosaicos de Campoamor, los anti-poéticos de Núñez de Arce y los dramas de Echegaray, con cierta vena dramática, pero llenos de absurdos de disparates". En resumen: "No hay nada sencillo, no hay nada humano".

Hemos prodigado las citas, subrayando aquellos que nos pareció medular y decidor: repárese como entre la generación romántica y la de la decadencia, median algunas similitudes y mucho de agudización vacua y grotesca de algunas características del tipo romántico; "no hay nada sencillo ni nada humano, consideraba Baroja; la legitimidad del pensamiento innovador, liberal en política, se transforma en un progresismo que nada significa, pues la nación seguirá una línea de decadencia hasta culminar en el desastre del 98; el gusto por el gesto en los románticos se convierte en la pose estatuaría para la posteridad, (una pose indica vanidad, un gesto sincero, movimientos expresivos del ser); las mujeres, diosas o barro vil para el romántico Espronceda, serán sólo realidad vulgar o tópico de literatura; y, por no

alargar estas páginas, resumamos que a lo humano de los románticos corresponde el figurón y a lo sencillo — como impulso vital — el casuismo filosófico y moral.

Así el movimiento literario, cuya curva ascendente va desde la sorpresa y la negación primera de los contemporáneos a la aceptación plena y auge del estilo para luego determinarse, agotadas las esencias creadoras, en simple tópico. El primer signo de moderación del contenido espiritual de un movimiento literario, lleva en germen la muerte del mismo y la aceptación de modalidades que pertenecería al tono siguiente.

REALISMO.

“Lo romántico es la belleza indeterminada o lo infinitamente bello”, escribió Juan Pablo Richter, definiendo con la reversión de su sentencia el espíritu de la corriente realista. Cuando la aspiración a esa belleza indeterminada cesó con el agotamiento vital de la generación romántica, vino un período de hojarasca social, que corresponde en Francia al segundo Imperio y en España a los tiempos isabelinos. En Francia, Napoleón II caerá con la derrota de Sedan en 1871, y tres años antes, en España, el trono es derrocado por la revolución de Prim, siguiéndose el efímero reinado de Amadeo de Saboya y la República. La Restauración no modificó esencialmente el espíritu de la época, hasta que acaeció el fracaso español del 98, y una generación se propone averiguar sus causas y el problema de España.

La reacción anti-romántica no se presenta con los caracteres revolucionarios del régimen literario que se proponía destruir, sino más bien como una evolución lenta, un desplazarse de un punto de mira a otro. Contribuye a él cierto despertar del espíritu científico y el cansancio por un mundo ficticio, desprovisto ahora del nervio y la fuerza que le dieron sus creadores. “Taine, el crítico de la época, había preparado el terreno reduciendo los fenómenos psicológicos a la fisiología y explicando la personalidad del artista por el suelo, la raza y el medio ambiente, escribe un tratadista”. Claudio Bernard dió los últimos toques al materialismo biológico. Fundidas ciencia y filosofía en un todo, resultó que el hombre no era en sus actos nada libre, sino como un ser de tantos de la naturaleza, sometido a los agentes exteriores, determinado por ellos en todas sus obras. Así nacerá el “naturalismo” que Zola clasificara entre las ciencias experimentales. Esta forma literaria extrema la nota del realismo, sustentado por Stendhal, Balzac, Flaubert, Maupassant y los Goncourt.

Stendhal, autor de “La cartuja de Parma”, sostenía que la novela realista debía ser un espejo que se pasea a lo largo del camino: el arte básase en la objetividad, en el espíritu de observación proyectado sobre el ambiente; el arte debe ser sólo una representación — como quería Flaubert — de la naturaleza y el medio social. Lo indeterminado e infinito bello, que Richter consideraba como la esencia del romanticismo, ha sido reemplazado por lo exacto y definido, y por lo real próximo. Nada de mundos poéticos vagos y melancólicos, vistos a través de la sensibilidad, nada de subjetivismos despeinados y líricos: el orbe se sujeta a una pasión científica, a un término fronterizo. La ciencia pasa a ser la religión de lo positivo.

El determinismo científico de Zola, su concepción materialista de la vida, tienen que tener una finalidad humana, son como el señor X de una comedia de García Lorca, que sostiene: “Está

entendido, la tierra es un planeta mediocre, pero hay que ayudar a la civilización". Nace de esta manera "la realidad vista a través de un temperamento", que presenta un doble cariz: romántico por su pasión social, y clasista, por una tendencia que a la postre es didáctica.

Si pensamos en las preferencias del realismo podemos ver cómo en la observación del ambiente está involucrado el nuevo predominio de la razón sobre la sensibilidad y la imaginación, cómo el desborde romántico está sujeto a la objetividad que encierra precisión, claridad, orden. Recordamos las palabras de Boileau:

Rien n'est Beau que le vrai; le vrai seul est aimable,

y la glosa de Menéndez y Pelayo a la tendencia del pontífice del clasicismo: "ensanchar desmesuradamente los derechos de la razón en el dominio del arte y cortar las alas de la fantasía". El realismo viene a ser un retorno, por oposición, del espíritu clasicista, aplicado a nuevos tiempos, en condiciones sociales diferentes e ideologías evolucionadas del enciclopedismo.

En España, el realismo francés no influye propiamente. El fenómeno literario que sucede es provocado más que nada por la disolución de la materia artística del romanticismo: "un sentir literario sustituido, por reacción biológica, por un nuevo sentir completamente antitético. El cansancio ante las maneras y el estilo románticos se adivina en una serie de síntomas que, con poca o mucha intensidad, deben de ser interpretados como reacciones contra la vieja escuela. En la literatura general un nuevo concepto realista del arte sustituye al antiguo idealismo. Pero en la lírica, se anticipa este cambio de gusto en el grupo de cultivadores de una poesía que denominamos de "escepticismo ebironía", en los cuales el libre oleaje romántico halla diques de raciocinio; la expresión emotiva y sentimental se convierte en un decir meditado, transformado por el desencanto y por la visión certera de la realidad, que ya no provoca el gesto desesperado de la disilusión, sino un amargo esguince filosófico, de incredulidad irónica; que sonríe con suficiencia, porque se siente sabio y experto; que tiene ante las flaquezas del corazón un amplio gesto de amable condescendencia. Sea cual fuere el valor que otorguemos a esta poesía, es de rigor fijar aquí su existencia, carácter y significado como primer síntoma de la reacción antirromántica".

Bécquer es aun el poeta "más puro del Romanticismo español; la ternura triste de lo galaico hace de Rosalía de Castro un poeta íntimo y delicado, que está dentro de las líneas románticas. El nuevo espíritu lo expresa más bien la filosofía de Campoamor y el ruralismo poemático de Gabriel y Galán. Un poeta, Salvador Rueda, será precedente y pórtico de la renovación modernista.

El teatro no se aparta del tono de época; se quiere darle mayor realismo o menos convencionalidad. A las tentativas de Hartzenbusch, sucederá la comedia urbana de Adelardo López de Ayala, de concepción burguesa, "de una moral más de lo pequeño que de los problemas más hondos", retrato psicológico de una sociedad que corresponde a la de su época: pre-Restauración.

Tamayo es el gran autor de la época y sus obras mayores están fuera de las tesis a que tan propensos eran: "El drama nuevo" y "Locura de amor", son creaciones de arte; Echegaray, representa la mezcla de los residuos románticos con el espíritu positivista del siglo: sus dramas están lejísimo de nuestra sensibili-

dad, y aun de la sensibilidad de la generación del 98, que protestó cuando se hizo pública en Madrid la idea de realizarle un homenaje nacional. Baroja, cuando narra sus sensaciones acerca del estreno de "Malas herencias" de Echegaray, incurre en exageraciones evidentes, pero testimonia fielmente el concepto que merecía al 98 la obra del autor de "El gran galeoto": "Figúrense ustedes el estado de un salvaje ante el cual un prestidigitador hace sus juegos de manos, traga cintas que luego las escupe ardiendo, saca una pecera de un sombrero de copa, y otra porción de diabluras. Pues un estado parecido al de este modesto salvaje es el mío, después de haber presenciado el estreno de "Malas herencias", de don José Echegaray.

Yo, ahora lo confieso, tengo los nervios de punta, como si hubiera oído chirridos desagradables, gritos de mujeres histéricas y otra serie de cosas por el estilo; pero no encuentro en mí mismo una impresión del alma, ni el cerebro asombrado por la idea grande, ni el corazón conmovido por un sentimiento hondo de ternura, de dolor o de pena.

En lo narrativo la transición del cuadro costumbrista del romanticismo a la novela realista se hace paulatinamente, mediante la personalidad desleída e ingenua de Fernán Caballero (Cecilia Bohl de Faber). La autora de "La gaviota", sostenía que "el objeto de una novela de costumbres debe ser ilustrar la opinión por medio de la verdad, sobre todo lo que se trata de pintar; no extraviarla por medio de la exageración", pero esa verdad, también contemplada a través de su sensibilidad y temperamento, rechazaba las durezas de la existencia para complacerse sólo en lo ameno y lo sentimental. Pedro Antonio de Alarcón, es un serio aporte para la evolución de la novela española: "El escándalo", es una obra de mérito, juzgada solamente a través de su tendencia, que necesita una seria revaloración crítica: sus "Historietas nacionales" preceden a las galdosianas, su "Sombrero de tres picos", deriva de lo picaresco español. El arte narrativo de Alarcón es denso y simpático, popular e intenso. Don Juan Valera representa la finura casuística, cerebral, en la novelística hispana: sus novelas dan la impresión de una ciudad pequeña, limpia, en la soledad del alba. Hay mucho de crítico en su temperamento: crítico que se alza con las ideas antes que con la realidad viva; escéptico y artista, su "Pepita Jiménez", es la anti-mística. Su estilo es elegante de un lirismo blanco y musical.

El costumbrismo tiene en Pereda un egregio representante, pleno de vitalidad creadora. La afición a la observación y el detalle le vienen al autor de "Sotileza", que de influencia externa, de su espíritu sagaz y amante de su tierra. El espíritu de su obra y de la de Galdós, el más grande novelista de este tiempo, se realizan con extensión en el texto.

"En los naturalistas vió doña Emilia Pardo Bazán una posibilidad que se hermana con su concepto tradicional, español del arte literario", dice Valbuena Prat, y agrega: "por eso su naturalismo es de un Zola adaptado a la tradición de nuestros clásicos: "La Celestina, El Quijote, Tirso". Zola, rechazó esta mezcla que señala Valbuena, sosteniendo que el naturalismo de doña Emilia, no tenía hondura, era mero naturalismo literario. Valera, se burla de la autora de "Los Pazos de Ulloa", escribiendo en su "Nuevo arte de escribir novelas", que "la moda más extravagante y absurda que en mi sentir se puede imaginar, es esta del naturalismo. Me afligí, me consterné, cuando ví que mujer de tan altas prendas como doña Emilia Pardo Bazán se había vuelto naturalista... En

realidad, yo no puedo ni debo combatir contra doña Emilia. Las damas deben ir vestidas según la moda. ¿Por qué he de tomar yo a mal que doña Emilia se vista de naturalista? Casi todo su naturalismo me parece tan sensato, tan ortodoxo en todos los sentidos, y tan razonable, que yo tengo que aceptarle sin vacilar". Lo que queda de la condesa de Pardo Bazán es su tierra gallega que alienta poderosa en "Madre Naturaleza", en "Morriña", en "Los Pazos de Ulloa", "Páginas de la Quimera", de gran emoción y veracidad psicológica y quizás "La sirena negra".

Palacios Valdés, ofrece una obra desigual, de escasa hondura psicológica y de un costumbrismo superficial. Su novela "La hermana San Sulpicio", si bien tiene algo de gracia, mira lo andaluz por un lente mezquino, turbio, que da la sensación de hallarse el lector delante de una novela sucia de espíritu. "En toda la producción de Palacios Valdés encontramos una forma de novela burguesa, casi — sin acentuar lo peyorativo — una bella receta de novela aparentemente naturalista, sin grandes problemas ni inquietudes... Aunque no falten desenlaces y momentos dolorosos, la novela de Valdés es más paños de lágrimas que acicate de pasiones intensas. Una visión agradable de la vida o por lo menos resignada". "El mundo en él es a medias bueno, a medias malo, pero hay siempre recurso de la resignación o el contraste placentero. Chistes, gracia, pero sin lo desmesurado ni hondamente humorista. Naturaleza, sí, pero un poco achicada y adulzada. Psicología, pero sin llegar a héroes ni demonios. Una novela "tibia". (Valbuena Prat).

Blasco Ibáñez acierta poderosamente en lo que toca al costumbrismo valenciano. En él había un novelista, cuya obra en parte se malogró por la premura de su realización y la abundancia y extensión que tuvo a bien tratar. Cita Valbuena Prat un juicio de John Dos Passos, respecto a nuestro novelista: "Así como en el mito de Midas, cuanto tocaba éste se convertía en oro, Blasco Ibáñez y Wells, Midas al revés, cuanto tocan convierten en lugares comunes". Tiene Blasco Ibáñez, como otros escritores levantinos, un ávido sentido del color, de lo plástico, una sensualidad marítima, que no aprovecha en su integridad por lo descuidado del estilo.

Otros novelistas que entroncan con la novela realista, son el Padre Luis Coloma, autor de la sátira novelada "Pequeñeces" y el academicista Ricardo León, que presenta "un leve idealismo" frente a las últimas formas naturalistas.

En España, el desastre del 98 engendrará una nueva generación, bautizada por Azorín, con el nombre del año que le dió su espíritu característico: la generación del 98.

LA GENERACION DEL 98.

La generación nacida hacia 1870, tres o cuatro años antes o tres o cuatro años después, escribe Pío Baroja, fué una generación lánguida y triste; vino a España en la época en que los hombres de la Restauración mandaban; asistió a su fracaso en la vida, y en las guerras coloniales; ella misma se encontró contaminada con la vergüenza de sus padres.

Fué una generación excesivamente literaria. Creyó encontrarlo todo en los libros. No supo vivir. La época le puso en esta alternativa dura: o la cuquería, la vida estúpida y beocia o el intelectualismo.

La gente idealista se lanzó al intelectualismo y se atracó de

teoría, de utopías, que fueron alejándole de la realidad inmediata.

A pesar de esto, fué una generación más consciente que la anterior y más digna; pretendió conocer lo que era España, lo que era Europa, y pretendió sanear el país. Si al intento hubiera podido unir un comienzo de realización hubiese sido de esas generaciones salvadoras de una patria. La cosa era difícil, imposible.

Los caracteres morales de esa época fueron: el individualismo, la preocupación ética y la preocupación de la justicia social, el desprecio por la política, el hamletismo, el anarquismo y el misticismo. Las teorías positivistas estaban ya en plena decadencia y apuntaban otras ideas antidogmáticas.

En política se marchaba a la crítica de la democracia, se despreciaba el parlamentarismo por lo que tiene de histriónico y se comenzaba a dudar tanto de los dogmas antiguos como de los modernos.

La gente de esta generación más ávida de lectura que la anterior, leyó mucho libro extranjero, y también libros españoles; hubo cierto entusiasmo por los primitivos: Gonzalo de Barceo, el arcipreste de Hita; entusiasmo por Gracián, Huerta de San Juan, los místicos; se saltó por encima de la generación anterior y se buscó el formarse una idea de lo que era España dentro de sí misma y de cómo se representaba fuera de ella.

Con relación a las ideas religiosas y políticas se empezó a creer que todo lo profesado sinceramente y con energía estaba bien; de ahí que en ese tiempo se intentara hacer justicia a San Ignacio de Loyola y a Lutero, a Zumalacárregui y a Bakunin. Esta época nuestra fué una época confusa de sincretismo. Había en ella todas las tendencias menos la de la generación anterior, a quien no se estimaba.

En este tiempo, parte por su timidez y parte por haber sido rechazada de las actividades a la vida pública la juventud tuvo una tendencia al germanismo, al misticismo, un apartamiento del espíritu latino; en esta época hubo joven en Madrid y en provincias que hizo un libro o dos bien, y que sin embargo, quedó en la obscuridad, sin intentar el reclamo ni el ruido. Estos tipos de solitarios, tímidos, con opiniones arraigadas, contrastaban con la audacia de charlatanes de feria de la generación anterior."

En esta larga descripción de Baroja apuntan los rasgos característicos de esta promoción; su desaliento, su interés crítico por lo que se llama el problema de España, por conocer la realidad íntima de lo racial a través de la literatura y de la gente de acuerdo con el testimonio de sus directores, Angel Garivet: "Una restauración de la vida entera, España no puede tener otro punto de arranque que la concentración de nuestras energías dentro de nuestro territorio." Esta generación amará los viejos pueblos, tornará su vista hacia los primitivos. Azorín glosará a Barceo, al Arcipreste, y Antonio Machado dirá de sus preferencias poéticas.

El primero es Gonzalo de Barceo llamado
Gonzalo de Barceo, poeta y peregrino...

se quejará de la descomposición de España, y sentirá identificado su espíritu con el de Larra, que decía: "Escribir en España es llorar, es buscar una voz sin encontrarla como en una pesadilla abrumadora y violenta...", a cuya tumba irá a depositar un ramo de violetas, y se declarará romántico en el banquete ofre-

cido a Pío Baroja, con motivo de su novela "Camino de perfección".

El realismo de la época anterior se atenúa en ellos con esa muestra de sensibilidad y entusiasmo que manifiestan para con todo lo que se aparte de la realidad próxima. Esta generación es romántica como antídoto; tiene la melancolía, a igual que lo romántico, que produce la ruptura del mundo de los sueños cuando se superpone la realidad inmediata; crea su obra contra el espíritu en vigencia: el conservadorismo ambiente se burla del estilo cortado de Azorín y sus repeticiones lentas, y sisea a Benavente. Y los jóvenes, agresivamente, repudian a Echegaray, símbolo de la época.

Finalmente "en la literatura española la generación del 98 representa un renacimiento, escribe Azorín; un renacimiento más o menos amplio; más o menos reducido — si queréis —, pero, al cabo, un renacimiento. El término se presta a vaguedades: será preciso, para que nos entendamos, definirlo. Un renacimiento es sencillamente la fecundación del pensamiento nacional por el pensamiento extranjero." La renovación poética de Darío, a juicio de Alfonso Reyes, consiste en traer a la masa de la lengua española, a la atmósfera del alma española cuanto el mundo tenía entonces que aprender a Francia. Esta última característica se ve en los juicios particulares de los escritores del 98 que incluimos en el texto: Valle-Inclán, Unamuno, Benavente, Baroja, Maeztu, Azorín. En Valle-Inclán influye D'Annunzio, Casanova, Barbey D'Aurevilly; y en Unamuno, muchos, entre ellos Kierkegaard, Carlyle y a contrapelo, Nietzsche; en Benavente, Shakespeare, los franceses modernos y Musset; en Baroja, Dickens, Tolstoi; y más tarde Dostoiewsky, también Balzac y Poe; en la etapa anglicana de Maeztu, Nietzsche y los sociólogos ingleses; en Azorín Taine, Flaubert, quizá Francis James.

Giménez Caballero habla de los hijos del 98, refiriéndose a Ortega y Gasset: "el cual bien se cuidó de testimoniario, piadosa y reverencialmente, al colgar en sus primeros escritos los retratos o manes de un Baroja, de un Azorín," y aun de los nietos del 98, la nueva generación que por boca de José Bergamín, escribió bajo el título de "La literatura difunta": "Dijo "noventa y ocho", y, al decirlo, su voz doblaba a muerto, lánguidamente, como una campana," con que se inició la reacción que estamos viviendo.

Es difícil enfocar una generación presente y definirla: sus límites son imprecisos y variables. Lo único fijo que muestra es el espíritu anti-98, y, por lo mismo, de tendencia contraria a ese romanticismo realístico, y al modernismo que acompañó a esa generación.

El modernismo tenía en España el precedente de Salvador Rueda, que creó nuevos ritmos e impulsó la poesía con un nuevo sentimiento, aunque exuberante, del verbo poético. Su modesto papel de precursor, le reduce a un segundo plano con la aparición de Rubén Darío, que anima la poesía de un nuevo sentido vital, concordando con los del 98 en su raíz extranjera, francesa en especial: Hugo, Verlaine, "padre y maestro mágico", Leconte de L'Isle, Laurent Tailhade, y muchos más, no perdiendo por ello lo racial español: "En el fondo de mi espíritu, a pesar de mis vistas cosmopolitas, existe el inacabable filón de la raza; y mi pensar y mi sentir continúan un proceso histórico y tradicional". También con ellos confluye en el sentido emocional romántico: ¿Quién que ES no es romántico? afirmó, después de haber fun-

dado su poesía en esta arrogante y segura afirmación de su ser: "mi poesía es mía en mí".

Díaz-Plaja esquematiza el aporte de Darío a la poesía, diciendo que sobre las renovaciones léxicas, estróficas y retóricas, intenta crear una nueva manera poética de base sensorial, rompiendo con los moldes antiguos, y no constriéndose a un mundo sólo, sin presente o pasado, sino que deje confluír en él la emoción de todas las épocas: la rudeza medioeval, la finura versallesca, el mundo de la tradición greco latina, el mundo presente.

"Esta libertad con que construye el poeta su visión lírica del pasado le sirve para perfilar su atlas de enamorado de todos los horizontes: la América nativa, sensual y violenta; un Oriente libresco y vago lleno de princesas nostálgicas y de reyes soñados; la dulce Francia y la armoniosa Italia; España, preferentemente Mallorca y Andalucía. He aquí las líneas esenciales de su mapa lírico. Añadiremos a este esquema de historia y geografía poéticas, el sentido suntuario y manierista de estas evocaciones, en las que lo rico, lo sonoro y lo grande cautivan sobre manera."

El modernismo como tendencia general se funde con el espíritu de la generación del 98, hasta que en poesía, la reacción se hace presente con Juan Ramón Jiménez. El modernismo, según lo definió Díaz-Plaja — presenta evidentes puntos de contacto — aunque con libertad y con el sentido de otra época — con el romanticismo y con el clasicismo: los antagónicos se amalgaman momentáneamente, para luego, en las consecuencias del modernismo, separarse en una poesía depurada, abstracta, y en otra, popular, artística, quizás nuevas formas que toma la eterna oscilación que en esta época se hace tan continua que se confunde para nuestros ojos sin perspectivas, en un renacer poético.

Radio Carrera

(C.B. 126)

LA ONDA DE LOS MEJORES
PROGRAMAS

"Estudios" transmite su hora cultural los
segundos y cuartos domingos de cada mes.

a las 21 horas.

“OLVIDO APASIONADO”. Poemas de José María Souvirón. — Editorial Nascimento.—Santiago de Chile, 1941.

Misteriosa realidad es aquella relación del hombre y la mujer en que ésta es un espejo donde se reflejan todos los caudales disonantes de aquel. Misteriosa realidad que lleva al hombre a encontrar la nostalgia de sus aguas, siempre derramadas, unidas. La mujer, también, es un cántaro que recibe. Son sonrisas, actitudes de las manos, miradas y movimientos plásticos, los que ella recibe y guarda tras sus ojos que ni siquiera tienen necesidad de observar. El hombre ante la presencia del ser amado se transforma en un suave caudal que no tiene necesidad de manifestar sus oscuras piedras por que ha sido recibido más allá de su propio conocimiento. El hombre y la mujer irán siempre juntos reanudando el misterio de Eva naciendo de la costilla de Adán por la gracia de Dios.

Pero hay un principio caótico en la actitud del hombre hacia la mujer producido por el ardiente deseo, en el hombre, de buscar otros paraísos, nuevas aguas de su espíritu y querer ver en la mujer reflejadas, esas ambiciones, esas sombras inconscientes de orgullo y omnipotencia. En su mirada habrá una luz equívoca y angustiosa buscando siempre lo que no posee, como aquella manzana del conocimiento del bien y del mal.

Es la “Elegía de Otoño” de la obra “Olvido Apasionado” de José María Souvirón, un grito desesperado y potente del hombre cuyas aguas se han visto derrumbadas por otras fuerzas. Su “sombra alargada por la melancolía” se despliega horrorizada y sombría buscando “lentos pianos que sueñan”:

“Voy a decirte ahora mi alta verdad de hombre,
mientras mi sangre corre quemándome las venas.”

Su alta verdad es el canto de todo lo que ha entregado, de todo lo que ha sido recibido “cuando apenas sonaban lentos pasos de amor sobre alfombras queridas”. Su alta verdad es el guante lanzado a la cara, es el grito arrancado de cuajo y es también la llama que alimenta su esperanza. Porque aunque el invierno puede ser tan largo como una vida, esta vida puede estar alimentada por la primavera que llegará más allá del Invierno. Esta alta verdad de hombre es la sangre quemando las venas, sangre fuerte y suelta que lanza los brazos a las alturas y, sin embargo, sangre que necesita otra para ser renovada.

José María Souvirón ha escrito este poema como una plegaria viril de amor y recuerdo. No cabe en una nota bibliográfica ni en nada, sólo en un canto, el sintetizar y recibir ese lazo de almas, ese símbolo pequeño y tenue de un Amor eternamente derramado a los hombres, porque es el canto perenne y respetable de los hombres.

C.

“LECCIONES PRELIMINARES DE FILOSOFIA”, por Manuel García Morente. — Editorial Losada. Buenos Aires, 1941.

Imposible querer entrar en el alma de un autor, o de un hombre cualquiera si primero no se ha simpatizado con algo de él. Y si es relativamente fácil experimentar esa simpatía con un artista o un poeta, hombres verdaderamente humanos, resulta un milagro de voluntad o de gracia, simpatizar con un filósofo, sospechoso siempre de amar demasiado el círculo de su pensamiento y despreciar lo que no se deja envolver en ese círculo.

García Morente ha sabido impregnarse de esa vasta y difícil simpatía y ha ido reviviendo el esfuerzo de los grandes pensadores desde Heráclito hasta Heidegger, para dar una significación a ese mundo enigmático que aborda la filosofía. Encontramos en sus páginas, una apreciación generosa del aporte personal de cada filósofo a la obra del saber, y al mismo tiempo un sentido casi siempre exacto de la continuidad espiritual que unifica la historia de la filosofía occidental.

La obra de García Morente quiere ser antes que nada una obra de exposición objetiva, tanto de los problemas capitales de la Metafísica como de las soluciones intentadas. Y esta exposición no quiere permanecer para una elite de escogidos: sino que busca derramarse sobre todo espíritu abierto a la verdad. Así García Morente ha sabido desarrollar los temas más abstrusos con sorprendente claridad y amenidad. Son pruebas de esto, sobre todo, las lecciones donde aborda las doctrinas de Aristóteles y de Kant.

Este contenido expositivo se acompaña de un ensayo de solución a uno de los más grandes problemas de metafísica: el del conocimiento. García Morente junto con examinar ese problema en su trayectoria histórica, quiere dar también su personal opinión. Estima que tanto el idealismo como el realismo deben considerarse superados por el existencialismo tipo Heidegger. Es esta la parte de la obra que merece más reparos, tanto desde la perspectiva del planteamiento de los problemas como de la exacta significación de realismo e idealismo. Creemos que el autor ha simplificado demasiado los múltiples problemas referentes al conocer y no ha conseguido evitar confusiones y malentendidos. Es sobre todo patente esto, en lo que toca a la noción de "cosa en sí".

Lo dicho no disminuye la significación y la utilidad de estas lecciones preliminares de filosofía. Pueden ser consultadas con fruto por todos los aprendices filósofos que quieren penetrar en ese temible recinto sin enredarse en una jerga hostil de vocablos nuevos e incomprensibles. La voz paternal de García Morente les señala acogedora una puerta y un camino por donde puedan adentrarse en esa zona de emocionantes peripecias que ha engendrado el pensamiento filosófico en su aventura por la verdad.

P.

"LAS DOS CRUCES", por Alberto Duhau. — Editorial Ideas
Buenos Aires, 1941.

Valiente por su actitud, claro por su lenguaje y preciso en suscitaciones, "LAS DOS CRUCES" no se unce al carro de la literatura tendenciosa que desde el comienzo de la guerra polemiza con propósitos políticos.

El libro de Alberto Duhau abriéndose paso entre la confusión reinante, señala la posición de los católicos frente al régimen nazi. Para esto le basta presentar en una abundante pero sintética documentación de fácil lectura, el resumen de la doctrina nacional-socialista.

El mito de la sangre, la divinización del Estado, la abolición de la patria potestad, la educación de los hijos, el culto de la guerra, en una palabra todos los principios nazis son analizados a través de sus corifeos Rosenberg, Goebbels, Goering e Hitler.

Por otra parte en "LAS DOS CRUCES" oímos también la voz de los católicos de Alemania desde el humilde cura de una aldea hasta la palabra augusta del Cardenal Faulhauber, Primado de la Iglesia Germánica.

El libro culmina con la encíclica "Mit brennender sorge" de S. S. Pío XI, que condena los fundamentos y principios del nacional-socialismo.

El libro del señor Duhau ha sido prologado por una carta de Monseñor Barrere, Obispo de Tucumán, que dice así:

"Esta obra contribuirá a abrir los ojos de los católicos sinceros, engañados por una tenaz y hábil propaganda en favor de una doctrina que es uno de los más temibles enemigos de la doctrina cristiana y por ende de las almas".

La crítica le ha sido sumamente favorable. El 15 de junio "La Nación" en su sección bibliográfica, dice: "...el señor Duhau analiza espléndidamente las condiciones de oposición esencial, fundamental y formal entre el cristianismo y el nacional-socialismo".

Se vende en todas las buenas librerías al precio de \$ m/n. 1.50.

"EL LIBRO DE CRISTOBAL COLON", por Paul Claudel.—Editorial Losada.—Buenos Aires, 1941.

"El Libro de Cristóbal Colón" de Paul Claudel, es una inmensa tentativa de cantar al hombre hecho a imagen y semejanza de Dios y creado para manifestar escondidamente la soberana gloria del Padre Creador. Por eso es que el drama se desarrolla tras las múltiples voces de lo insinuado; son imágenes, ritmos, sonoridades, planos superpuestos, voces, nombres, diversas melodías disonantes, que suscitan en nuestra conciencia el más vivo esplendor, como si en un único tiempo supiéramos todos los caminos para realizar, en su totalidad, un árbol.

Claudel ha necesitado la música, no sólo de los instrumentos musicales, sino de las palabras y las imágenes, esa que consiste en imprimir un ritmo incalificable a cada frase, del cual nace la sinfonía perenne de la pregunta y la respuesta, lenguaje de los humanos.

Toda obra polifónica está compuesta de cierto número de melodías entrelazadas que pueden ser reconocidas en cada frase. Todas ellas juntas producen la unidad melódica que es una obra polifónica. Claudel por medio de las imágenes y las palabras ha hecho una obra polifónica, siendo cada melodía una suave canción de un hombre y de muchos hombres; todas unidas dan nacimiento a la polifonía de los humanos. Claudel, en su drama, intercaló un Coro y dice en el prólogo "toda voz, toda palabra, toda acción, todo acontecimiento determina un eco, una respuesta. Provoca y propaga esa especie de mugido colectivo y anónimo como el mar de las generaciones, una tras otra, que miran y escuchan. Es lo que llamo el Coro".

Claudel ha necesitado también el cinematógrafo por que ha querido expresar sensaciones, las sensaciones desconocidas. Y entre las palabras y las sensaciones hay un abismo. El cinematógrafo es como el retrato de un paisaje cuyos árboles, cuyas casas, cuyos hombres se mueven, adquieren acción para entrar en el tiempo con toda su plasticidad, es decir, con toda la belleza clavada estática en una obra pictórica. Claudel hace en el prólogo de su libro estas preguntas fundamentales: "¿Por qué no utilizar la pantalla como un espejo mágico en que toda clase de sombras y sugerencias más o menos confusas y dibujadas pasan, se mueven, se mezclan o se separan? ¿Por qué no abrir la puerta de ese mundo turbio en que la idea nace de la sensación y el fantasma

del futuro se mezcla con la sombra del pasado? ¿Por qué no utilizar para la expresión de los matices más finos del sentimiento, del recuerdo y del pensamiento la relación infinitamente delicada de las sombras? Movimientos, valores, ramilletes de formas y de apariencias incesantemente descompuestas y reanudadas; eso es todo el cinematógrafo, y también la música”.

Cristóbal Colón, el protagonista, era un hombre a quien Dios encargó un trabajo. Pero este hombre era de corazón duro y orgulloso y Dios, entonces, efectuó su obra escondido en este corazón duro y orgulloso. Colón trazó una senda por el Océano que no tenía fin hacia el Oeste, por el Océano cuyo fin era “la Voluntad de Dios”. Colón trazó esta senda por la voluntad de Dios y volvió cargado de cadenas y con su conciencia quebrada por haber sacado un mundo de la Nada, con el temor angustioso de haber infringido la ley de Dios y Su plan por averiguar su Misterio. Colón volvió a España con sus cadenas, un retrato de Isabel y una mula. Volvió solo. Sin embargo tenía aún los símbolos de la desgarradura de su corazón, la cadena, el retrato y la mula. Tenía hambre y sueño y ofreció sus cadenas, las entregó. Isabel ha muerto. En la escena que Claudel nombra: “En el Paraíso de la Idea” se manifiesta con exquisita ternura, el amor sobrenatural, la unión en el Corazón de Dios de dos seres unidos para ejecutar una obra por ellos desconocida. Isabel pregunta por Cristóbal Colón, por su hermano Cristóbal Colón, por el que ama, por su Paloma Porta-Cristo. ¿Cómo sin él va a dirigirse al Nuevo Mundo, al nuevo mundo del Reino de Dios? Y Cristóbal Colón le entregó su mula porque ya nada tenía, ni su corazón. Isabel atraviesa el Océano guiada por el Apóstol Santiago y montada en la mula de Cristóbal Colón, su último bien. El Coro canta Alleluya.

A Cristóbal Colón se le dió una paloma; debía devolverla con una rama verde en el pico. Lo hizo y su corazón murió.

“Si la semilla no muere no da fruto”. “Quien pierde su alma, la ganará”.

El Cristóbal Colón de la posteridad, el genio, el que descubrió la América, solicita humildemente unirse en un abrazo al que murió en una pobre posada de Valladolid, porque la posteridad ni nadie podía hacer nada por ese anciano que muere solo y abandonado. Por ese anciano que perdió su alma y su reino.

C.

“ SOQUINA ”

Cera para pisos: “PRESERVOL”

Mata moscas, etc.: “INSECTOL”

Limpia metales: “METALOL”

Desinfectante: “CRESOFENOL”

En almacenes, mercerías y en

AGUSTINAS 1121



PARA TODAS
LAS EDADES
ES
LA EXQUISITA
COCOA PEPTONIZADA

M. **PAFF** R
RINDE MAS

EN EL MANEJO DE NEGOCIOS O EN LA ADMINISTRACION DE BIENES SIGNIFICA UN APORTE VALIOSO SERVIRSE DE UNA EXPERIMENTADA Y EFICIENTE ORGANIZACION

NOS ENCARGAMOS PRINCIPALMENTE DE:

Cumplir órdenes de compra-venta de valores mobiliarios.

Atender al registro de accionistas de sociedades anónimas.

Pagar dividendos sobre acciones o debentures.

Tramitar la compra o venta de bienes inmuebles y efectuar remates de propiedades.

Urbanizar y lotear terrenos.

Controlar o dirigir la formación de sectores urbanos o barrios residenciales.

Atender a los señores CORREDORES DE PROPIEDADES en nuestro carácter de liquidadores de negocios de compra y venta ya formalizados, para los efectos de servir de depositarios del precio de compra y destinarlo a la cancelación de los gravámenes del inmueble.

Servir de depositarios en la formación de comunidades que tengan por objeto la construcción de edificios para venta de pisos y departamentos.

Administrar edificios de departamentos y en general propiedades de renta.

Administrar los inmuebles a que se refiere la Ley 6071 que dispone que los pisos o departamentos de un edificio pueden pertenecer a distintos propietarios.

Fiscalizar el cobro o la inversión de rentas de arrendamiento de propiedades cuya administración está confiada a tercera persona.

Tramitar conversiones de deudas hipotecarias y otras operaciones de la misma índole.

Atender solicitudes de préstamos a largo plazo, en bonos, sobre predios urbanos o agrícolas, como representantes del Banco Hipotecario-Valparaíso.

Desempeñar los cargos de albacea con o sin tenencia de bienes, depositario o secuestre, liquidador de sociedades civiles anónimas y comerciales o de cualquiera clase de negocios. Síndico o delegado de síndico en juicios de quiebra. Guardador testamentario general, conjunto, curador adjunto, curador especial y curador de bienes.

De acuerdo con disposiciones especiales de la Ley, podemos administrar los bienes que se hayan donado o dejado a título de herencia o legado a capaces o incapaces, pudiendo sujetarse a esta forma de administración los bienes que constituyen la legítima rigurosa durante la incapacidad del legitimario.

Disponemos permanentemente para la venta, de sitios en los mejores sectores residenciales de Santiago.

SOLICITE INFORMACIONES Y FOLLETOS EXPLICATIVOS

DEPARTAMENTO DE COMISIONES DE

Banco de Chile - **CONFIANZA** - Segundo Piso

"GUTENBERG"
San Diego 180, Casilla 13258.

Precio: \$ 5.00

